



LOS TCHINGHIANÉS DE TURQUÍA

ENTRE las muchas razas que pueblan el Imperio turco, la última y más original es la india á que pertenecen los *tchinghianés*, extensa familia oriental de que se ven algunas ramas nómadas en Occidente, conocidas con el nombre de *bohemios* en Francia, de *gipsies* en Inglaterra y de *gitanos* en España. Extranjeros en medio de los pueblos donde residen, huyen su sociedad y su civilización y no presentan rastro alguno de historia política ó literaria, fuera del que ofrece el estudio de su idioma. Religiosos por conveniencia, sometidos á las leyes por su misma debilidad y por el temor de los castigos, hacen verdadera vida de salvajes, esplotan á los pueblos donde residen ó ganan con lo poco que les producen sus rudimentarias industrias, lo poco que también necesitan para su subsistencia.

Sin jefe, excepción hecha del que algunas veces les fija el Gobierno turco para reglamentar sus impuestos anuales, se pasean con sus tiendas y sus caballos estenuados, de uno á otro extremo de aquel vasto imperio, acampando en los alrededores de las poblaciones, donde encuentran fácil despacho para los utensilios de cocina y algunos instrumentos de labranza, que hacen de hierro, cuya primera materia

suelen tomar donde quiera que la encuentran, sin consideración alguna á los sagrados derechos de propiedad. En esto, como en otros muchos detalles de la vida de aquellas gentes, se parecen á sus hermanos de España. Las mujeres, y principalmente las viejas, se pasean por las ciudades ó pueblos diciendo la buena ventura, y los niños, en camisa (cuando la tienen), sucios y asquerosos, juegan delante de las tiendas de sus padres ó piden limosna á los pasajeros. Apesar de tan extrema pobreza, el *tchinghiané*, bajo su tienda, y en la intimidad de los suyos, se burla de todos los hombres civilizados, y reniega de cuantos no pertenecen á su raza. Contribuye á este alejamiento, preciso es confesarlo, el desprecio con que en todas partes son tratados, si bien se observa, que apesar de estar establecidos muchos de ellos con domicilio fijo en las poblaciones, apenas han variado las condiciones que les distinguen.

La religión que profesan es tan superficial, que tanto los musulmanes como los cristianos, les tienen prohibido formar parte de toda jerarquía religiosa. Su inclinación al robo, su astucia para el engaño, su vida errante de músicos ó de chalanes, sus festines y su propensión á la embriaguez, les tiene alejados de toda sociedad medianamente culta.

Esta familia excepcional, cuyo origen es la India, según lo ha demostrado el estudio de la filología comparada, rechaza el nombre de *tchinghianés* que se da á sus individuos, y se denominan romíes ó hijos de la mujer (romní), pues así como nosotros nos llamamos hijos de Adán, ellos se llaman hijos de Eva. El origen de este nombre acaso se encuentre en el Dios índico, Râma, cuyo culto tendrían en el Indostán, tomando de él dicha denominación para distinguirse, después de su salida de la India, de los demás pueblos y de las demás religiones. Esta conjetura, propuesta por el diligente y erudito orientalista Alejandro G. Paspati, tiene más visos de verosimilitud que la que supone proviene aquel nombre de rumí, daño por árabes y turcos á los romanos ó cristianos, y con el cual por ampliación designan también los indios á los turcos en general, aplicándoles el antiguo nombre *romaioi* de los bizantinos. El nombre de *tchinghia-*

nés, que les dan los turcos, tiene su raíz en *zenghi*, sustantivo y adjetivo pérsico, que significa en etiópico, negro ó negra, así como *zungée*, de donde ha nacido el alemán *zigeuner*, el valaco *zigano* y *zingano*, el búlgaro *tchiganin* y el *zingaro* ó *zingano* italiano. Los griegos los llaman *gyphtos*, palabra con que designan á toda persona despreciable y avara, derivada de *agyptios*, de donde procede el español gitano y el inglés *gipsy*, siendo probable que el color de su piel les haya hecho dar aquel nombre más bien que su pretendido origen del Egipto, porque todo induce á creer que los *tchinghianés* se introdujeron en Turquía y de ella en Europa por tierra. Los griegos llamaron también á los *tchinghianés* *catzibelos*, mercaderes de toda clase de utensilios, de tejidos de mimbre, hierro, lata y sus análogos.

No es nuestro propósito referir en este lugar la historia de las emigraciones de aquel pueblo, sobre lo cual puede consultarse el gran trabajo de Grelmán y sus continuadores. Apuntaremos, sin embargo, que este autor, después de haber expuesto de una manera clara y precisa su primera aparición en Alemania en 1447, las costumbres y los hábitos nómadas de tan extrañas gentes, determinó su afinidad con los pueblos índicos por la comparación de la lengua de los *tchinghianés* con las indias, y principalmente la indostánica. Sobre la época de su llegada al Imperio turco, se cree que entraron por la Tracia poco antes de la conquista turca, puesto que los historiadores bizantinos Crisoloras, Khaleocondylis, Juan Ducas, Juan Cantacuceno, y Phrantzes, no hacen la menor mención de ellos.

Aunque numerosos en todas las comarcas de la Turquía, así de la Rumelia y de la Anatolia como del Asia menor, puede asegurarse que, en la antigua Tracia, propiamente dicha, es donde se encuentran en mayor número; y aun cuando se carece de datos estadísticos acerca de tan extraños seres, se cree pasan de 200.000 los que hay en Turquía. Obedeciendo á su carácter nómada, hacia la mitad de abril ó más tarde, si se atrasa la florida estación, dejan sus *gyshlas*, ó cuarteles de invierno, y se dispersan por todas las comarcas cercanas, bajando algunos por el Norte de los Balkanes, hasta el Asia

menor, mientras suben otros hacia el Norte de aquellas célebres cordilleras, para bajar de nuevo á la mitad de octubre. Muchas familias hay que jamás salen de una provincia, la cual recorren, conociendo hasta en sus menores detalles todo el territorio, y lo que pueden necesitar sus labradores é industriales, que procuran proporcionarles, valiéndose de cualquier clase de medios; pues para ellos es un axioma aquella inicua frase: de que todos son buenos si conducen al fin.

Los *tchinghianés* que, abandonando su vida errante, viven en las ciudades, son muy poco numerosos en relación con los nómadas, existiendo entre unos y otros tal antagonismo y tal desprecio mutuo, que los sedentarios ó de las ciudades llaman bárbaros á los nómadas y se burlan de su pronunciación ininteligible, ruda y áspera, de su desnudez y de su crasa ignorancia, mientras los nómadas á su vez llaman á los sedentarios *kalb tchinghianés*, ó sea falsos romíes, vasallos ó esclavos, y otras frases no menos despreciativas. Este antagonismo no es sólo debido al cambio de vida de los sedentarios, sino principalmente á la diferencia de religión, porque los nómadas son en su mayor parte musulmanes, y los sedentarios cristianos, aunque ni unos ni otros tienen gran fe en su respectiva creencia, porque la verdad es que apenas practican ni menos comprenden sus ceremonias y dogmas, aceptando tanto unos como otros únicamente los principios de una ú otra religión, cuando creen que de ello pueden sacar algún partido.

Como no hay regla general sin excepción, algunas veces se encuentran *tchinghianés* cristianos entre los nómadas, que viven en mejor armonía que sus compañeros con los sedentarios, y que hasta llegan á contraer matrimonio con las mujeres de éstos; pero, aunque errantes, viven separados de los otros nómadas.

Entre éstos forman un grupo especial los llamados *zapari*, que son las gentes más feroces de su raza, los cuales siguen la religión musulmana, y son toscos herreros durante el invierno, y saltimbanquis que enseñan osos y monos en las ferias y en las grandes ciudades. También de ellos salen la mayor parte de los verdugos que hay en el Imperio. Se les

distingue entre todos los demás, por sus enormes tocados y sus anchos pantalones, que recuerdan los de sus congéneres de Andalucía. A los caracteres físicos de todos los *tchinghianés*, delgados, de negros cabellos, de color moreno, casi verdoso, de ojos negros y brillantes, agregan los *zaparis* mirada salvaje, andar provocativo y fiero, y la más completa ausencia de todo sentimiento de moral, siquiera sea la que el Supremo Hacedor marcó con indelebles caracteres en la conciencia humana. Hay entre sus sanguinarias costumbres, una sobre la cual deben meditar los arqueólogos, pues se encuentran, en nuestro país sobre todo, muchos cráneos humanos que revelan la misma práctica. Los *zaparis*, después de arrojar á sus víctimas en tierra, les atraviesan la cabeza con un clavo, generalmente de madera, si no lo tienen á mano de hierro. Los *tchinghianés* sedentarios, más civilizados, son los que viven en Constantinopla, donde hay cerca de 140 familias que viven repartidas en Teni-Baghtche, Tchivar, Tchechuse, cerca de la iglesia de los Claquernos, en Scutari, y en Kassiun-Pachá.

Hállanse también otros muchos en poblaciones cercanas á la capital y en las diversas provincias del Imperio; pero como ya indicamos, los nómadas abundan mucho más, teniendo, por decirlo así, su cuartel general en la Rumelia.

Algunos sedentarios de las cercanías de Constantinopla suelen casarse con mujeres del país, lo cual también se observa entre los gitanos de Andalucía; pero sus casas presentan el mismo aspecto que las tiendas de los nómadas, en cuanto al escasísimo mobiliario. Bien es verdad que no les hace gran falta otra cosa, puesto que los inquilinos de aquellas pobres moradas, con el amor al aire y á la vida libre que les distingue, viven en medio de la calle con sus mujeres, de flexibles caderas, abigarrados trajes de colores vivos, principalmente rojo y amarillo, y negras y rizadas cabelleras, adornadas ordinariamente con flores, siendo lo más común verlas sentadas, aun en los momentos de reposo, á la puerta de la casa, como si ésta no tuviera otro objeto que el de darles abrigo durante la noche. Poco aficionados á la cultura, apenas envían sus hijos á la escuela, más para desembara-

zarse de ellos que por deseo de que cultiven su inteligencia; y los hombres, por punto general, viven dedicados á la vida de saltimbanquis, recorriendo las aldeas, tocando y cantando, sobre todo en las festividades públicas y en las ferias, al compás de cuya música bailan sus mujeres lujuriosas danzas, siendo los menos los que se dedican al oficio de herreros ó al comercio de paja, carbón y leña, á trabajos de vendimia ú otros del cultivo de la vid, y muchos los que ejercen el repugnante tráfico de zurcidores de voluntades. En parte alguna se les permite ejercer ninguna clase de cargo, por modesto que sea en las iglesias, á no ser por rara excepción el de cantores, y aunque fueran cristianos, hasta hace algunos años, no se les enterraba en los cementerios de éstos; costumbre que todavía continúa para los *tchinghianés* que no están casados con mujeres griegas, si bien los que han contraído con ellas matrimonio, ó los que proceden de estas uniones, que ya forman una raza mestiza, se entierran al lado de sus compañeros de comunión religiosa.

Pero el tipo de verdadero *tchinghiané* es el nómada, aunque no pertenezca al grupo de los zaparís. Familiarizado con la vida de las poblaciones, sufre, sin embargo, las inclemencias de los elementos bajo su tienda, antes que avenirse á encerrarse entre las paredes y bajo los techos de las casas, dentro de las cuales parece que no encuentran sus pulmones y sus ojos aire que respirar y espacio por donde dilatar sus miradas. Aunque vea tiritando de frío á sus pobres hijos, casi desnudos ó desnudos completamente; aunque el calor sofocante del estío les abraza bajo la frágil y con frecuencia agujereada lona, preferirá morir con ellos bajo su tienda, á vivir más cómodamente en las moradas con que le brindan las cercanas ciudades. Algunos suelen labrarse una especie de cabaña con ruedas, cubierta con cortezas de árboles, la cual conducen de un lado á otro tirada por bueyes, mientras la familia va detrás de su ambulante morada; y otros son tan pobres, que ni para esto ni para tiendas tienen, y acampan á la sombra de un árbol ó de una casa. ¡Cuántas veces al verlos agrupados de este modo recordaba los gitanos pobres de mi patria, que de la misma manera van recorriendo diferentes lu-

gares, formando el rancho á la luz de las estrellas ó bajo los ardores del sol canicular!

La lengua hablada por estos *tchinghianés* nómadas, difiere también de la de los sedentarios, que olvidándose de muchas palabras, las sustituyen con otras turcas ó griegas, pudiendo considerarse la que hablan los *tchinghianés* de la Rumania como la lengua madre de las que usan las diferentes familias de estas gentes, esparcidas por Europa y por América.

Apesar de que ciertas prácticas parecen indicar entre ellos el recuerdo de una religión indostánica, no puede decirse que los *tchinghianés* profesan más religión que la musulmana ó la cristiana, aun cuando en realidad, más de nombre que realmente, pues los que se llaman cristianos mueren sin haber sido bautizados, y sin haber sufrido la circuncisión los musulmanes, cambiando de religión con tanta facilidad como de domicilio, y burlándose con frecuencia de ella, como se burlan de todo lo que les es extraño. Es probable que en un principio conservaran el recuerdo de su religión índica al venir á la Tracia, que se convirtieran bien pronto al cristianismo, religión imperante en aquella comarca á la época de su inmigración, y que después de la conquista del Imperio por los musulmanes, muchos abrazasen el mahometismo; pero repetimos que ni unos ni otros sienten el menor interés por el conocimiento ni la práctica de sus respectivos dogmas, mirando todo esto con una glacial indiferencia. Sólo durante los meses de primavera, cuando los *tchinghianés* salen de sus cuarteles de invierno, se reúnen en medio de un prado ó de un campo, procurando que haya cerca una fuente, para celebrar, lejos de los griegos y de los turcos, la fiesta característica de su raza, su *kákkava* ó *fiesta de los caldeos*. En ella, y durante tres días consecutivos, se entregan en medio de sus tiendas á festines, regocijos, danzas y cantos, teniendo obligación cada uno de ellos de inmolar un cordero y de invitar á todos los pasajeros á su mesa, cubierta de flores y bien provista de vinos. Toda discordia, toda contienda, les está severamente prohibida durante esta festividad. Los bailes, los gritos, los cantos, constituyen su sola ocupación en

aquellos tres días de verdadero vértigo y delirio, al terminar los cuales pagan su impuesto anual, ó tcharébachí, arreglan sus litigios y se marchan á recorrer el país en diversas direcciones, con sus tiendas y sus animales. Semejante festividad, sin embargo, es más propia de los nómadas que de los sedentarios, muchos de los cuales apenas la conocen, y aun hasta entre los primeros de las cercanías de Constantinopla, va cayendo en desuso, desde que la percepción de su impuesto se cobra ya por los agentes del Gobierno de una manera más ordenada. La época en que comienza dicha festividad generalmente es el 23 de abril.

Los *tchinghianés* no tienen la más pequeña noción de ciencias, de artes ni de letras; se curan cuando están enfermos con algunos remedios empíricos que conservan las viejas de su raza, y llega á tanto su avaricia ó su pobreza, que entre los nómadas es práctica muy seguida la de enterrar sus muertos durante la noche, ocultando cuidadosamente el lugar del sepelio, para no pagar á los imanes ó á los sacerdotes. Su literatura está reducida á algunos cuentos que suelen relatar sus músicos y cantores, cuentos en los que se nota la influencia de la fantasía oriental, pero en los que no se halla ningún indicio de sus orígenes índicos ni de su antigua religión.

Como muestra de estos cuentos, transcribimos á continuación los siguientes, narrados por ellos mismos:

CUENTO

NARRADO POR EL TCHINGHIANÉ LEÓN ZAFIRI (1).

«En aquel tiempo vivía un hombre rico que tenía un hijo á quien su madre y su padre amaban mucho: fué á la escuela y aprendió cuanto había que aprender.

Un día se levantó, tomó tres ó cuatro bolsas de dinero y por aquí y por allá las gastó.

(1) Hay en las grandes ciudades de Oriente personas que se ganan la vida narrando cuentos en los cafés, á cuyas narraciones, siempre de asuntos fantásticos y maravillosos, tienen grande afición los musulmanes.

Al día siguiente, muy temprano, acudió á su padre y le pidió más dinero; lo tomó, se levantó, salió y en la noche del mismo día lo gastó.

Poco á poco fué gastándolo todo.

Volvió nuevamente á su padre y le dijo:—Yo quiero dinero.

—Hijo mío, no me queda más; ¿quieres las cacerolas? Tómalas, véndelas y gasta.

Las vendió, en efecto, y en uno ó dos días gastó el dinero.

—Quiero dinero.

—Hijo mío, no tenemos; toma los vestidos y véndelos.

En uno ó dos días gastó lo que le dieron por ellos.

Acudió otra vez á su padre:

—Quiero dinero.

—Hijo mío, no nos queda más; si quieres, vende la casa.

El mancebo vendió la casa y en un mes gastó lo que dieron.

—¡Oh, padre mío, quiero dinero!

—Hijo mío, no nos queda dinero, ni nos queda casa; si quieres, llévanos al mercado de esclavos y véndenos.

El joven los llevó á vender y los vendió.

Y el padre y la madre le dijeron:

—Que vengas por aquí para que te veamos.

El Rey compró á la madre y al padre.

El mancebo con el dinero de la madre se compró vestidos y con el del padre un caballo.

Los servidores del Rey vieron que los padres lloraban y fueron á decirle al Rey:

—Los que comprasteis están llorando muy afligidos.

—Condúcelos á mi presencia.

El Rey les preguntó:

—¿Por qué llorais?

—Tenemos un hijo: lloramos por él.

El Rey les preguntó de nuevo:

—¿Qué gentes sois?

—Nosotros no éramos de esta condición ¡oh nuestro Rey! teníamos un hijo: vendió nuestras riquezas, nos vendió á nosotros mismos y lloramos por él. ¡Que venga para que le veamos!

Mientras estaban hablando con el Rey llegó el hijo.

El rey se puso á escribir una carta y se la dió al mancebo:

—Lleva esta carta á su destino.

Dentro de ella el Rey había escrito: «En cuanto recibáis esta carta cortad el cuello á su portador.»

El mancebo tomó sus vestidos, montó en su caballo, guardó la carta en su seno y se puso en marcha.

Atravesó una provincia. Le abrasaba la sed y vió un pozo.

—¿Cómo me compondré para beber el agua de este pozo? Ataré esta carta, la bajaré al pozo y luego refrescaré siquiera mi boca con el agua que coja.

La dejó caer, tiró de ella y la estrujó sobre su boca.

—Quiero ver lo que esta carta tiene dentro. ¡Qué veo! «En cuanto recibáis esta carta cortad el cuello á su portador.»

El mancebo se quedó inmóvil.

En cierto paraje vivía la hija de un Rey. Si proponiéndola un enigma lo resolvía, cortarían la cabeza al proponente; pero si no podía resolverlo, tendría que casarse con él.

El mancebo se levantó y se dirigió al palacio del Rey.

—¿A qué has venido, mi mancebo?

—Quiero hablar á la hija del Rey.

—Le hablarás. Si resuelve tu enigma, cortará tu cuello; pero si no lo explica, te casarás con ella.

—A eso he venido. Y se presentó á la hija del Rey.

Esta le dijo:

—Di tu enigma.

El mancebo dijo:—Yo me he puesto á mi madre, monté sobre mi padre y he bebido agua de mi muerte.

La joven acudió á su libro y no pudo descifrar el enigma.

—Dame un plazo de tres días.

—Te lo doy, dijo el mancebo.

Después se fué á una posada donde se acostó.

La joven se convenció de que no podía descifrar el enigma.

Y á seguida hizo un subterráneo por donde llegó á la habitación en que el mancebo dormía.

• A media noche se levantó, se dirigió á él y le abrazó.

—Yo soy, le dijo: yo soy para ti y tú para mí. ¿Me lo dices?

—No puedo decírtelo. Quítate tu túnica interior.

—¿Y me lo dirás?

Después que fué dueño de la hija del Rey le explicó el enigma.

La joven empezó á dar palmadas, llegaron sus servidores y se marchó con ellos. Pero al tomar la túnica se puso la del mancebo por la suya.

Llegó el día. Llamaron al mancebo.

El mancebo montó á caballo y llegó al palacio. Los hombres le miraban.

—Es triste—se decían;—le van á matar.

Llegó frente á frente del Rey.

—Mi hija ha descifrado tu enigma.

—¿Cómo lo ha explicado, Rey mío? Cuando yo dormía esta pasada noche, un pájaro llegó á mí, á mi seno, le cogí, le maté, le mandé cocer y cuando iba á comérmelo se marchó.

El Rey dijo:—Le matarán. Habla fuera de tino, se pierde.

—No: yo no desatino ¡oh Rey mío! Yo he sido el que ha explicado el enigma á tu hija. Tu hija ha hecho un subterráneo y ha llegado por él hasta mi habitación mientras yo dormía. Se arrojó en mis brazos. La estreché entre ellos, la hice dejar su túnica y la expliqué el enigma. Dió entonces palmadas, acudieron sus servidores y se volvió con ellos. Si no me crees, yo llevo su túnica interior y ella lleva la mía.

El Rey vió que decía la verdad.

Y celebraron bodas que duraron cuarenta días y cuarenta noches. Y casado el mancebo con la Princesa, rescató á su padre y á su madre.»

CUENTO

NARRADO POR UNA TCHINGHIANÉ VIEJA DE LAS CERCANÍAS DE ANDRINÓPOLIS.

«Un Rey tenía tres hijos. Dió al menor cien mil piastras y otro tanto al mayor y al segundo.

El menor se levantó y anduvo por donde quiso; pero don-

de quiera que encontraba pobres los socorría, y así de acá para allá gastó el dinero.

Su hermano mayor hizo barcos para buscar ganancia.

El segundo puso tiendas.

Vinieron cerca del padre.

—¿Qué has hecho, hijo mío?

—Yo he hecho barcos.

Al menor:

—Y tú, ¿qué has hecho?

—Yo, á todos los pobres que he encontrado les he dado limosnas, y á las doncellas pobres dotes para casarse.

El Rey dijo:

—Mi hijo menor cuidará bien de los pobres. Toma otras cien mil piastras.

El mancebo se fué. De acá para allá gastó el dinero. Sólo le quedaban doce piastras.

Los judíos desenterraron un muerto.

—¿Qué queréis por él? ¿Por qué le maltratáis?

—Queremos doce piastras por él.

—Tomad las doce piastras y dejadle.

Dió el dinero, los judíos lo dejaron y el mancebo se alejó.

Pero el muerto le seguía, y le dijo:

—¿Dónde vas?

—A pasearme.

—Yo iré contigo, nos pasaremos, seremos compañeros.

—Bueno.

—Ven, te llevaré á cierto paraje.

Y le condujo á una población donde había una joven que se casaba, y á la mañana siguiente amanecían los maridos muertos en el lecho.

—Espérame—le dijo el muerto;—buscaré para ti una joven; pero estaremos reunidos siempre.

Y buscó á la joven.

—Cuando á la noche os acostéis, yo me acostaré también en el mismo sitio.

Tomó su espada y se colocó cerca de ellos; pero el mancebo dijo:

—Eso no es posible. Si quieres toma para ti la joven.

—¿No estamos asociados? Duerme tú con ella, que yo me quedaré por aquí.

A media noche observó que la joven abría la boca y que un dragón salía por ella.

Tiró de la espada, le cortó las tres cabezas, se las guardó en el seno, se acostó y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, la joven se levantó y vió que su compañero estaba vivo á su lado. Y le dijeron al padre de la joven:

—Tu hija ha visto amanecer el día con su marido.

—Ese será mi yerno—dijo el padre.

El mancebo fué con la joven en casa de éste.

—Ven—le dijo el muerto;—partamos las riquezas.

Y se pusieron á partirlas.

—¿No hemos repartido los bienes? repartamos también la mujer.

El muerto la cogió, ató cada uno de sus pies, y dijo al mancebo:

—Ten tú el uno; yo tendré el otro.

Levantó la espada para dividir á la joven, que aterrada abrió la boca, dió un grito, y de ella cayó el dragón.

El muerto dijo al mancebo:

—Yo no existo ni para la mujer ni para las riquezas. Estas cabezas de dragón eran las que devoraban á los hombres. Tómallo todo. Que la joven sea para ti, que los tesoros sean para ti. Me has dispensado un beneficio, y te he correspondido con otro.

—¿Qué beneficio te he dispensado?—dijo el mancebo.

—Me librate de manos de los judíos.

El muerto se volvió á su sepultura, y el mancebo con su mujer y sus riquezas volvió á casa de su padre.»

CUENTO

NARRADO POR LEÓN ZAFIRI

«En aquel tiempo había un hombre que hizo un galeón y embarcó gente que le tripulase, é iba del mar Blanco al mar Negro.

Llegó á una aldea para hacer aguada, y vió cuatro ó cinco jóvenes, que jugaban, y entre ellos uno que era calvo.

Llamó al calvo.

—¿Dónde está el agua?—le preguntó.

El calvo se la mostró, y el hombre hizo su aguada.

—Vente conmigo.

—Yo me iría, pero tengo á mi madre.

—Vamos á casa de tu madre.

Y fueron á su casa.

—¿Me dejas á tu hijo?

—Te lo dejo.

El marino le dió algún dinero para vivir y se llevó al joven. Se dieron á la vela y fueron á otra gran población, donde también desembarcaron para hacer aguada.

El hijo del Rey salía á pasear y vió un derviche que vendía un retrato.

El hijo del Rey lo compró. Era de una mujer muy hermosa. Su padre trabajaba en el retrato hacía siete años. El joven lo colocó sobre la fuente y dijo:—De los que vengan á beber agua, alguno habrá que diga: Yo he visto á esta doncella.

Salió el marino, fué á beber agua, levantó los ojos, y vió el retrato. ¡Qué hermosura!

Volvió al barco y dijo á su gente:

—Hay en tierra una belleza, que igual no la he visto nunca.

El calvo dijo:

—Quiero verla.

El calvo bajó á tierra, y así que la vió se echó á reír.

—Es la hija del derviche. ¿De dónde ha venido este retrato?

Apenas había dicho estas palabras, cogieron al calvo y le condujeron al palacio. El calvo no sabía lo que le pasaba.

Dos días después otros hombres llegaron á él y le dijeron:

—¿Conoces á esa doncella?

—Sí la conoco, somos paisanos; su madre murió y nos dió de mamar á ambos.

—Si te presentan ante el Rey, no temas.

Y llegó delante del Rey.

—¿Conoces á esta joven?

—La conozco; somos paisanos.

—¿Puedes traerla aquí?

—Puedo. Hacedme un galeón adornado con oro; dadme veinte cantores y músicos que toquen; dejadme que me acompañe vuestro hijo, y que nadie me hable de lo que yo haga. Así iré por ella, pero tardaré siete años en ir y volver.

Tomaron víveres para siete años y se hicieron á la mar.

Y llegaron al país de la doncella.

Y al rayar el día dió fondo el galeón cerca de su casa, porque la casa de la doncella estaba cerca del mar.

El calvo dijo:

—Yo saldré á pasearme sobre cubierta. Que ninguna otra persona se presente en ella.—Subió y se paseó sobre el galeón.

La hija del derviche se despertó. El sol alumbraba el galeón y la casa.

La doncella salió y se lavó los ojos. Un hombre se paseaba, la doncella se inclinó mucho y vió á nuestro calvo, reconociéndole. ¿Qué buscará aquí?—se dijo.

—¿Qué buscas aquí?

—He venido por ti. Hace muchos años que no te veía, he venido á verte. Vístete y ven al galeón. ¿Dónde está tu padre?

—¿No sabes que mi padre estaba haciendo mi retrato? Ha ido á venderlo, y le estoy esperando.

—Ven acá, y hablaremos un rato.

La doncella fué á vestirse y adornarse.

El calvo dijo á su gente:

—Ocultaos, que no se vea á nadie, y así que la tenga en un camarote, cortad los cables mientras hablo con ella.

La joven entró en el camarote. Se sentaron; hablaron; el galeón partió, y el calvo hizo que entrase al instante el hijo del Rey.

La doncella dijo:

—¿Quién es este hombre? Yo me voy.

—¿Estás loca, hermana mía? Tomemos un poco de dulce.

Lo dió á la doncella, y la doncella se mareó.

El calvo dijo:

—Que venga música á tocar para ti.

Entonces los músicos principiaron á tocar.

La doncella, levantándose, dijo:

—Me voy, mi padre viene.

—Siéntate un poco, y que los músicos toquen para ti.

Los músicos tocaron, y la doncella no comprendió que el galeón partía.

—Me voy—dijo nuevamente la doncella.

Salió de la cámara y vió dónde quedaba su casa.

—¡Ah, hermano mío! ¿Qué has hecho?

—¿Qué quieres hacer? El que se sienta á tu lado es el hijo del Rey y he venido á llevarte para él.

La doncella lloró.

—¿Qué haré?—decía.—¿Me arrojaré al mar?

Se sentó cerca del hijo del Rey y tuvieron en abundancia música, alimentos y bebidas.

El calvo iba sentado arriba en el puente, solo, como capitán. Aquéllos comían y bebían, pero él no abandonaba su puesto.

Faltaban sólo dos ó tres días de viaje.

Al amanecer de uno de ellos, tres pájaros se posaron sobre el galeón. Nadie había cerca del calvo.

Los pájaros empezaron á hablar.

—¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo?

—La hija del derviche come y bebe con el hijo del Rey, y no sabe lo que la espera.

—¿Qué la espera?—dijeron los otros pájaros.

—En cuanto llegue, una pequeña embarcación saldrá para conducirlos á tierra. La embarcación zozobrará, y la hija del derviche y el hijo del Rey se sumergirán. Y si alguno lo sabe y lo dice, se verá convertido en piedra hasta las rodillas.

El calvo lo entendió. Estaba solo.

Al día siguiente, por la mañana, los pájaros volvieron de nuevo y empezaron á hablar entre sí.

—¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo?

—La hija del derviche y el hijo del Rey comen, beben y no saben lo que les espera. En cuanto salgan y entren por la puerta, la puerta se hundirá, los aplastará y los matará. Y

si alguno lo sabe y lo dice, se verá convertido en piedra hasta la espalda.

Al nuevo día los pájaros volvieron.

—¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo?

—La hija del derviche come y bebe y no sabe lo que la espera.

—¿Qué sucederá?—dijeron los otros pájaros.

—En la noche de su boda, un dragón de siete cabezas devorará al hijo del Rey y á la hija del derviche. Y si alguno lo sabe y lo dice, quedará convertido en piedra hasta la cabeza.

El calvo dijo para sí:

—No dejaré acercarse embarcación alguna.

Y llegó con su galeón frente por frente del palacio.

Llegaron embarcaciones para conducir á la joven á tierra.

—Yo no quiero embarcaciones. Atrás.

Y desplegó sus velas y pasó de largo. Los que miraban decían:

—¿Por qué se alejará el galeón?

El Rey dijo:

—Que se detenga.

El calvo dijo al Rey:

—Cuando fuí á buscar á esta joven, ¿no te dije que haría lo que me pareciese? Que nadie me hable de este asunto.

Condujo á la doncella y al Príncipe á la puerta, y al llegar ante ella dijo:

—Demoled esa puerta.

—¿Y por qué demolerla?

—¿No se dijo que nadie me hablaría de cuanto se refiera á este asunto?

La demolieron, subieron, se sentaron, comieron, bebieron, rieron y hablaron.

El gusano del temor consumía al calvo.

Llegó la noche. Se casaron. El calvo dijo:

—Tengo que dormir cerca de ellos.

—Tú no puedes dormir con los recién casados.

—¿Qué fué lo convenido?

—Haz lo que quieras.

Fueron, se acostaron, el calvo tomó su espada y se acostó.

Se tapó la cabeza. A media noche sintió que un dragón se acercaba, le cortó las cabezas y las puso bajo su almohada.

El hijo del Rey se despertó, lo vió con la espada en la mano y gritó:

—El calvo va á matarnos.

Vino el padre, preguntóle por qué gritaba, y el Príncipe insistió:

—El calvo iba á matarnos.

Le ataron los brazos.

Cuando fué de día el Rey le llamó.

—¿Por qué has hecho eso? ¿En siete años has ido, has vuelto, has traído á la joven y ahora quieres matarlos?

—No podía hacer otra cosa que la que hacía.

—Ibas á matar á mi hijo y yo te mataré.

Le apretaron las cuerdas de los brazos y se lo llevaron para cortarle la cabeza. Conforme iban andando, el calvo iba diciendo:

—Me van á cortar la cabeza, y si lo digo me veré transformado en piedra. Vamos, conducidme de nuevo ante el Rey: tengo que decirle dos palabras.

Le condujeron ante el Rey.

—¿Por qué lo habéis traído?

—Tiene dos palabras que decirte.

—Dilas, mancebo.

—Cuando fuí á buscar la hija del derviche estaba sólo, sentado sobre el puente del galeón. Tu hijo con la doncella comía en tanto, y bebía. Una mañana vinieron tres pájaros y empezaron á hablar entre ellos.—¡Oh, pájaro, pájaro! ¿Qué hay de nuevo? La hija del derviche come y bebe con el hijo del rey, y no sabe éste lo que les espera. Y si alguno lo sabe y lo dice, se verá convertido en piedra hasta las rodillas. Nadie más que yo lo entendió.

Cuando el calvo acabó estas palabras, quedó convertido en piedra hasta las rodillas. El Rey, al ver esto, le dijo:

—No digas más.

—Sí lo diré, continuó el joven.

Dijo también lo de la puerta, y quedó convertido en piedra hasta la espalda.

—A la tercera vez llegaron los pájaros y hablaron entre ellos, y por lo que les oí fué por lo que quise dormir cerca de los desposados. Un dragón de siete cabezas debía salir y devorarlos, y si no lo crees, mira debajo de mi almohada.— Fueron y hallaron, en efecto, las cabezas.—Yo fuí quien lo mató. Tu hijo vió la espada en mis manos y creyó iba á matarlos. No puedo decirte más.

Quedó convertido en piedra hasta la cabeza.

Le hicieron un sepulcro.

El hijo del Rey se levantó, se puso en camino y marchó.

—Por espacio de siete años él anduvo por mí y debo hacer otro tanto por él.

Y marchaba. En cierto paraje encontró agua, bebió y se acostó. El calvo se le apareció en sueños.—Toma ahora un poco de esta tierra y ve y arrójala inmediatamente sobre mi sepulcro.

Durmió mucho. Cuando se levantó, tomó la tierra y la arrojó sobre el sepulcro.

El calvo se levantó.

—¡Cuánto he dormido!—dijo.

—Tú anduviste por mí siete años y siete años he andado yo por ti.

Le tomó de la mano, le condujo á palacio, y le hizo un gran personaje.»

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.





COSAS DE MADRID

Continuación (1).

INFORMES DE UN TESTIGO.

1830-1840.

A la manera que un sosegado río al aproximarse á terreno más desigual, apresura su corriente unas veces, ó bien forma remanso para continuar su curso con mayor rapidéz antes de confundir sus aguas con los afluentes que han de enriquecerlas dándolas nuevo nombre, así las costumbres de Madrid en el punto en que estamos, habían cambiado apenas, por más que avanzando unas veces hacia lo desconocido, deteniéndose otras como á su pesar, demostraban con indicios seguros no estar lejano el tiempo en que hubieran de variar por completo, ó mejor dicho, desaparecer en el tráfago de acontecimientos fundamentales que alteraron la faz de la nación, sin dejar espacio á otros usos que, sustituyeran á los pasados. Vendrán después. Por ahora marchan sin carácter y á la ventura; cuando le tengan, no faltará quien forme su abolengo.

(1) Véase la pág. 315 de este tomo.

Deseando buena suerte á quien tal hiciere, prosigo mi tarea bosquejando la índole social de la noble villa en 1830, deteniéndome un tanto en las diversas condiciones de sus habitantes, comenzando por la clase media, pues de la nobiliaria he dicho lo suficiente.

Imposible parecerá la envidiable tranquilidad de espíritu de los honrados vecinos de Madrid á quien no los haya oído decir de continuo: «Para cuatro días que hemos de pasar en el mundo, no hay que afanarse; vivamos lo mejor que se pueda, pues nos sobrará con siete pies de tierra.»

Y no quedaba en dicho esta filosofía, al parecer triste y desconsoladora, sino que la reducían á práctica en absoluto en cualquier circunstancia difícil, confiando en la Providencia algo más de lo debido, con perjuicio tal vez de sus intereses, pero con notoria ventaja de su sosiego y consiguiente buena salud.

Los padres de familia, si tenían hijos varones, su aspiración era colocarlos en alguna dependencia del Estado, llegados á edad competente, de meritorio sin sueldo, si acaso con doscientos reales de gratificación por Navidad, época feliz para el funcionario en agraz, vanidoso de antemano al pensar las galas que tal suma había de proporcionarle.

Con este motivo eran de cajón las disertaciones del padre á su querido Benjamín, recomendándole, en vista de tan agradable resultado, la conveniencia del buen proceder, la asistencia puntual á la oficina y sobre todo la obediencia á los jefes, estimulándole con la perspectiva de ganar mil y quinientos reales pasados algunos años, que era el ascenso inmediato.

Pero esta situación no se lograba sin dificultades, siendo la primera encontrar relaciones para algún covachuelista ó Director general, empresa á que solía dar cima tal cual señora de buen ver interesada por el joven, ó bien lejano pariente de íntimas relaciones con la servidumbre palaciega.

Lo demás era de cajón: con un poco de paciencia y algún regalillo, pues con las manos vacías no se acostumbraba emprender solicitudes de semejante naturaleza, se allanaba cualquier obstáculo.

—Mire V.—decía el padre al protector ó protectora,—el muchacho no sabe nada y su letra es mala, pero en la oficina irá aprendiendo.

—Hombre—le contestaba maliciosamente ella ó él,—es usted muy escrupuloso y para poco; ¡cuántos hay que sin saber leer ni escribir se encuentran en gran candelero!

Y allí entraba la enumeración de jefes de oficina que para firmar el parte diario se encontraban en grande aprieto.

La cosa era muy cierta, por inverosímil que parezca, con especialidad en determinados centros oficiales mecánicos.

Como las aspiraciones eran cortas y el novel funcionario estaba muy lejos de considerarse un genio malogrado, según suelen imaginar de sí propios algunos de tan poco valer como nuestro conocido, el noviciado iba pasando sin dificultad.

Reducíase á entrar el primero en la oficina, si posible fuese antes de verificar la limpieza, pues según opinión del jefe, no era bueno dejar solos á los porteros, alcanzar los legajos, quitarles el polvo é ir formando la letra á fuerza de garrapatear en el papel, para lucir su aptitud cuando se le encargase alguna copia.

Este caso llegaba por fin, y vencidos los inconvenientes de cortar la pluma, doblar el pliego y proporcionar las márgenes, daba comienzo la operación, á veces interrumpida por el aspirante para dirigir al jefe (cabecera de mesa era el más inmediato) consultas por el estilo:

—Diga V., Sr. D. N, y V. perdone, ¿*colchonero* se puede dividir por *colchón*?

Sin extrañar la pregunta el superior, antes bien con aire paternal y cierta sonrisita inteligente y protectora, le contestaba:

—No, muchacho, no; acostúmbrate á marcar bien las sílabas, y aunque veas al público divisiones por el estilo hasta en los azulejos donde se pintan los nombres de las calles, no te fíes; sobre todo has hecho bien; cuando no se sabe se pregunta, que ninguno hemos nacido enseñado.

De esta manera pasaba el tiempo, el aspirante llegaba á ser un empleado práctico de provecho, y las cosas no marchaban peor que ahora.

Si era una hija á quien había que colocar, bastaba con mantenerse á ver venir; misión que las madres desempeñaban á maravilla.

Las tertulias diarias en que las señoras hacían labor al principio de noche, oyendo leer en algún libro entretenido, antes de comenzarse el juego de lotería ó de la *peregila*, en que todos los concurrentes tomaban parte, malo había de ser que no proporcionasen alguna conveniencia á la niña, y si no frecuentes eran los bailes de confianza, comedias caseras y otras diversiones familiares que abundaban como llovidas.

Asombraría hoy seguramente, y apenas se me daría crédito, si refiriese los pocos recursos con que se concertaba una boda; mas para justificar mi dicho podría traer á colación que la vida costaba una tercera parte que ahora; que las mujeres vestían con suma economía, desempeñaban las haciendas caseras sin tenerlo á mengua, ni por sueños se les ocurría buscar nodriza para sus hijos, y que los hombres, cumplido el deber de asistir á la oficina de nueve á dos, pasaban el resto del día en sabrosa holganza, esperando la próxima fiesta en que solían hacerse la ilusión de que pescaban ó cazaban, pues ilusión y nada más era en los alrededores de Madrid suponer tales entretenimientos.

Hubieran aquellas buenas gentes considerado fábula que por el derecho á ocupar un asiento durante tres horas se pagasen las cantidades que hemos visto dar en ciertas diversiones; como tampoco hubiesen creído que alcanzase fama europea un autor que ha escrito que los padres tienen derecho para abandonar sus hijos en cualquier situación de la vida, si les consideran estorbo para el divorcio y contraer nuevos esponsales.

Paso de largo ante las reflexiones á que se presta la diferencia en el modo de pensar, pues ya he dicho que no soy censor de costumbres. Observo, refiero, advierto y nada más.

El comercio constituía parte muy importante de la clase media en Madrid.

La historia de los que á él se consagraban es muy breve de contar. Tenía la condición que César Cantú encuentra en los anales de las naciones más felices: ofrecer poco interés.

Venían aquéllos á la corte, de las montañas de Santander

ó provincias del Norte, por lo común, recomendados á un pariente ó paisano, y desde luego entraban en ejercicio. Levantarse con el alba, barrer y arreglar la tienda, no sentarse sino para comer en familia con el principal á la una, hora en que se cerraba el despacho, hasta las tres; costumbre que no recuerdo haya conservado otro establecimiento hasta reciente fecha sino la librería de Viana en la calle de Carretas, y á las diez ó las once acostarse.

Las fiestas de guardar, largos paseos desde bien temprano, á casa al toque de oraciones y por ferias ó pascuas al teatro cuando se anunciaba *La pata de cabra* ó alguna otra comedia de magia ó las llamadas de *figurón*.

Pero en tanto sus salarios habían estado á participación de ganancias y beneficios en el tráfico, y con el interés compuesto y el crédito adquirido resultaba en pocos años capital suficiente para establecerse el que vino á la corte atravesado en un tercio, como dice Bretón en una de sus buenas obras dramáticas.

La satisfacción de vivir y trabajar por su cuenta, y la no escasa de ver aumentarse sus utilidades, la libertad de sentarse y tener el gorro puesto en la tienda, privilegio que también solía concederse al mancebo mayor, eran los importantes cambios que traía consigo la mudanza de fortuna; por lo demás, igual retraining, metódico sistema y asiduo desvelo, aumentado con los cuidados de vigilar á los demás.

Todo lo que tal conducta pecaba de concentrada y oscura tenía de expansiva la de los artesanos y artistas, por lo común hijos de Madrid, pues su carácter independiente nunca se prestó á la austeridad y sujeción del mostrador.

El aprendizaje era duro, pero sin humillación. Ciertamente que desempeñaba el aprendiz buena parte de las faenas domésticas; mas en ellas solía acompañarle el dueño del taller, ó cuando no, su mujer y sus hijas; vivía en familia, se sentaba en la mesa con el amo, habitaba bajo el mismo techo, y únicamente existía la natural diferencia entre el superior y el súbdito que nunca se quebrantaba.

Podía el trabajo ser grande, pero el amor propio quedaba salvo.

Esto era lo común: por medio de excepciones no puede discurrirse.

Así llegaba el caso de recibir el aprendiz su patente de oficial, hasta que, previo examen, le declaraban maestro los veedores del gremio, y se establecía á quinientos pasos, lo menos, del taller donde había aprendido.

Estas dos últimas circunstancias no rezaban con los discípulos de las escuelas de artes, en cuyo número estaban incluidos los impresores, como pertenecientes á un arte libre y nobilísimo, según declaró Carlos III al visitar la Imprenta Real.

La vida de los artesanos y artistas, pues no es lo mismo una clase que otra, era alegre y bulliciosa, propia de legítimos madrileños; pero arreglada en medio de su expansión. Aguardando el suspirado domingo, que tenían seguridad que nadie había de escatimarles, trabajaban con afán toda la semana, si bien el lunes no se extrañaba hubiese alguno menos activo, ya con motivo de los toros, ya en recuerdo de las distracciones del día anterior.

Acudían con frecuencia á los teatros, contribuyendo en primer término al buen ó mal éxito de las representaciones, y sin remontarnos á las famosas parcialidades de *chorizos* y *polacos*, había en la clase trabajadora inteligentes y apasionados defensores de la Cruz ó el Príncipe, ó de la actriz ó actor de su gusto, y aun quizá de escuela determinada.

En las fiestas populares de San Isidro, San Antón, verbenas, etc., allí estaban con sus ocurrencias oportunas y animado regocijo amenizando la solemnidad, y hasta á las procesiones y aniversarios del santo patrono del oficio llevaban los menestrales madrileños la animación pintoresca que les era propia, confundidos en democrático consorcio, sin que á nadie se le ocurriera semejante clasificación social, con la más distinguida nobleza, y hasta con la familia real en ocasiones.

Todo esto ha concluído. Los bailes al aire libre en las meriendas y días de campo, tan convenientes á la salud por el ejercicio higiénico que proporcionaban, y otros hasta hora conveniente, donde la expansión era tal, que con la puerta

franca se admitía á quien lo solicitaba en términos corteses, se han reemplazado por otros á deshora, donde se respira un aire infecto, que aumenta la fátiga de una vigilia pasada en danzas exóticas, bien distantes del garbo y gentileza que lucían los artesanos de Madrid en nuestros antiguos bailes nacionales y característicos.

Las perniciosas tertulias de café, ú otras peores, han sustituido á las que de ordinario mantenían los oficiales en casa del maestro, donde se jógaba á la *brisca* ó el *tute* hasta reunir con las ganancias para un día de diversión, y gracias si tan sencillas costumbres no se han abandonado por el club político, de que el mismo Proudhon aconseja á los trabajadores se aparten como de su mayor perjuicio, cualquiera que sea el nombre con que se disfrace. Y en verdad que el voto es de persona bien práctica en la materia, y nada recusable.

Como un hecho es la demostración más elocuente, he de contar algunos que, á falta de circunstancia mejor, tienen el mérito de habérmelos referido sujetos que en ellos tomaron parte, y que prueban el carácter original y resuelto sin malicia grave de los artesanos antiguos.

Apareció una mañana en el escaparate de cierto taller de obra prima una bota sin costura, con un letrero, ó más bien cartel de desafío, en que se leía: «Se da una onza de oro á quien presente la compañera.»

Cundió la nueva entre los del oficio, y era de ver cómo se agrupaban ante la pieza en cuestión, volviéndose mohinos y cabizbajos sin acertar con el problema.

Por fin hubo quien dió en la dificultad. Se averiguó que la bota estaba hecha de la piel de una pata de caballo, arrancada sin abrir, que bien curtida y amoldada á la horma, daba el resultado de no necesitar costura.

Yo no ví la obra, ni creo fuese muy perfecta; pero ello es que era una bota, que hicieron la compañera con la mayor reserva, que una comisión la llevó en una calesa al taller del envanecido y confiado maestro, que éste pagó la onza prometida, retiró del escaparate el provocativo reto, y todo el gremio celebró el suceso con huelga hasta el día siguiente.

En otra ocasión se apeó de su carruaje á la puerta de uno

de los principales establecimientos tipográficos un conocido autor, cuando al poco tiempo acertó á entrar en la casa uno de los operarios, é incidentalmente dijo que el coche de don N. estaba abandonado en la calle, y el cochero y lacayo metidos en una taberna inmediata.

No lo dijo en vano, pues tan pronto como le oyeron los presentes, determinaron que subiese al pescante el más experto y condujera á los demás á dar un paseo, que duró hasta media noche, en que abandonaron el carruaje en las Vistillas de San Francisco.

Ninguna consecuencia tuvo el lance, sino una fuerte reprimenda del principal, que por cierto tenía fama de saber darlas.

El último que me toca referir, entre muchos que por no cansar omito, fué de consecuencias y carácter de mayor gravedad, pero también el más significativo.

Dos compañeros del mismo arte, que nada importa saber, salieron ya bien avanzada la noche, mano á mano y en buena compañía, de cierto despacho de vinos establecido en la calle ahora llamada de Santo Tomás.

Llegados al medio de la Plazuela de Santa Cruz, dióles en el rostro la tabla colgada en la puerta de la iglesia con el sumario de indulgencias concedidas á los que rogasen por los sentenciados á muerte, puestos en capilla.

Era indudable que un reo se hallaba en el último trance.

—¡Válgame Dios!—exclamó el más sensible.—¡Mientras nosotros salimos de divertirnos, ese infeliz se halla sufriendo las agonías del suplicio!

—Tienes razón—respondió el compañero;—así es el mundo. Pero una cosa me se ocurre que podemos hacer.

—Dila, pues, y que por mí no quede.

—Pedir al Rey el indulto del reo.

—¡Caracoles! ¿Y en qué sitio nos permitirán ver á S. M. á estas horas?

—En casa del Duque de Híjar, donde asiste á un baile.

Así era, en efecto. Fueron allá solicitando hablar al Monarca para un asunto importante y urgentísimo. Lo raro del caso, la insistencia y serenidad de los pretendientes, su as-

pecto y traje, que tanto contrastaban en los ricos salones de uno de los primeros magnates, obligaron al capitán de guardias á participar al Rey lo que sucedía, que recibió á los dos compadres en un gabinete, donde el más determinado comenzó su petición diciendo:

—Señor: el pueblo pide el indulto del reo.

Atajóle el Soberano como acostumbraba cuando quería tomarse tiempo de pensar, mandándoles acudir de mañana al Ministerio de Estado á saber su resolución. Con esto salieron á la calle sin dificultad, donde se despidieron decididos á reunirse al día siguiente á terminar su empeño.

Pero como la almohada es tan buena consejera, persuadió á uno de ellos que podía ser lance serio en el que se aventuraba á ciegas, resolviendo en consecuencia disuadir á su amigo de llevar adelante el arriesgado proyecto que en mal hora concibieron, ó dejarle correr solo la mala fortuna, caso de que la obstinación no hiciera lugar á la prudencia.

Así aconteció. Tan puntual á la cita como sordo á toda reflexión, el más incauto acudió solo al Ministerio, del cual le trasladaron á la cárcel de Corte para ser conducido á uno de los presidios de Africa á extinguir algunos años de condena por haber tomado la voz del pueblo.

Respecto al compañero prudente, tuvo á gran ventura que se contentaran con el susto é imponerle unos cuantos meses de prisión.

Las costumbres que sobrevinieron en pocos años no pueden menos de guardar analogía con los acontecimientos políticos ocurridos en la cuarta década de nuestro siglo.

Asombra, por cierto, cambio tan radical en tan corto espacio, á los pocos que pueden considerarle. Ó el terreno se hallaba muy dispuesto, ó valían mucho los que le prepararon á su antojo, ó fueron sólo instrumento en manos de la Providencia, árbitra del porvenir de los pueblos.

Todo cambió; hasta las nociones de lo justo y lo injusto, hasta la manera de discurrir, hasta lo que pudiera dar al semblante aspecto y forma diversa á la que antes tenía, sin excluir el lenguaje en giros y acepciones desconocidos.

Fué aquello para los contemporáneos una especie de acli-

matación rápida é intelectual (permítaseme la frase, que otras más extravagantes corren con fortuna), en que las imaginaciones de muchos perdieron sus facultades; pero los hubo que, admitiendo las nuevas ideas como á huéspedes á quienes hace largo tiempo se tiene dispuesto albergue en la propia casa, aprovecharon la ocasión que les ofrecía el deseo general é instintivo de reformas indispensables, de lo que, unido á la excelente maña de los menos en número y superiores en valer, para encaminar á la multitud por los derroteros que venían preparándose, resultó un cambio en la vida íntima de Madrid, de cuyo origen político no me será fácil prescindir.

El matrimonio de Fernando VII con D.^a María Cristina de Borbón verificado en 11 de diciembre de 1829, fué para los liberales de España un suceso de que auguraron felices resultados.

Ya fundasen sus esperanzas en la probable sucesión directa que alejaría del trono al teocrático Infante D. Carlos, tan querido de los apostólicos, ó bien en la fama de Princesa de superior talento que precedió á la de Nápoles, lo cierto es que el partido liberal la recibió con aplauso, contribuyendo á realzar los festejos celebrados en su obsequio, notables por su esplendidez, aun entre los de aquel reinado, el más caro en sangre, dinero y aceite, según la voz pública le calificaba.

El célebre Quintana desarrugó el ceño, y para solemnizar el regio enlace, pulsó la potente lira, callada hacía largos años, anunciando á los dichosos cónyuges abundante prole, cual convenía á la feliz España.

Es cierto que se tuvo á gran maravilla entre los íntimos de la corte que pudiera el Soberano montar á caballo para asistir al estribo derecho del carruaje de su desposada en su tránsito de la puerta de Atocha á Palacio; pero al fin sus achaques, hartos graves á la sazón, se lo permitieron, y una vez más acreditó la fama de bizarro jinete, adquirida con justicia desde su primera juventud.

No podían menos los atractivos de la joven Reina que alcanzarle grande ascendiente popular, y subió de punto cuando, en los primeros meses de su advenimiento, corrió la nueva de notarse síntomas en Cristina de próxima maternidad.

El bando apostólico se preparó á la rebeldía, y los oprimidos en 1823 aumentaron su entusiasmo y esperanzas. Todo era para ellos preferible á la calamidad de que subiera al trono D. Carlos. Los colores que vestía la Soberana se adoptaron cual divisa de civilización y adelanto, su nombre dió título al partido opuesto al absolutismo, y cristinos se llamaron los liberales, en tanto que pudieran adoptar su apellido de origen.

Pronto se desvanecieron por completo temores, esperanzas de feliz porvenir, y hasta la tranquilidad relativa que desde años atrás se disfrutaba.

La revolución de París en 1830 dió al traste con los Borbones de la primer dinastía; la rama de Orleans alentó á los emigrados españoles, que, mal aconsejados, pasaron la frontera para caer mucha parte en manos del verdugo, después de sufrida azarosa persecución. Pocos y destrozados volvieron para ser blanco de los desdenes y menosprecio del Gobierno francés, que, reconocido ya por Fernando VII, miraba como carga enojosa las obligaciones contraídas con los patriotas constitucionales, esmerándose en faltar á ellas, como antes puso empeño en contraerlas.

Con efecto, en pleno consejo de personas notables, presididas por el Monarca, se acordó reconocer á Luis Felipe Rey de los franceses, circunstancia eficaz para destruir las tramas de los emigrados.

Disuelta la solemne conferencia, platicaba en un corro el Ministro Zambrano con otros sujetos de calidad, y como su parecer fué siempre contrario al reconocimiento, decía para justificarle: «Temen la guerra porque no saben que yo, con los cuatro regimientos de caballería de la Guardia, soy capaz de llegar hasta París.»

—Sr. D. José—le dijo Castaños, que fué su contrincante en el consejo, y á la sazón pasaba,—avíseme V. cuando emprende el viaje, que tengo que hacerle algunos encarguillos.

Una época de verdadero terror comenzó en España: la horca alzó su terrible silueta en la plaza de la Cebada de Madrid, sin perjuicio de los fusilamientos que podían verificarse donde pluguiese al capricho de los tribunales de sangre.

Narrador verídico, compendio con sentimiento lo referente

á tan aciagos días, y buscando medio de llegar al término, no encuentro resumen que mejor pinte la situación que la copia del art. 5.º de un draconiano decreto, publicado en 1.º de octubre.

Dice así:

«Por el solo hecho de tener correspondencia epistolar con cualquiera de los individuos que emigraron del Reino á causa de hallarse complicados en los crímenes políticos del año 20 al 23, se impondrá la pena de dos años de cárcel y doscientos ducados de multa, sin perjuicio de que si la expresada correspondencia tuviese tendencia directa á favorecer sus proyectos contra el Estado, se procederá conforme al art. 2.º (que imponía la pena de muerte).»

Así se reprodujeron, por la impaciencia de algunos, los tiempos horribles de la reacción absolutista, cuando sin violentar los sucesos había motivos de prometerse días de grato porvenir.

No cejaban un punto las conspiraciones, aunque tomar parte en ellas fuese poner un pie en el primer escalón del suplicio.

Cierta mañana apareció en la Plaza Real una bandera tricolor, y el desgraciado que la puso expió su maldad de un modo pronto y terrible.

He dicho maldad teniendo en consideración que el delincuente resultó ser un individuo de las antiguas tropas constitucionales, agente del Gobierno después, comprado para denunciar á sus compañeros, á quienes quiso comprometer en el asunto de la bandera y repartición de proclamas que por aquellos días circularon.

Por fortuna salvó á los conjurados, para no caer en el infame lazo, la desconfianza que hacía tiempo inspiraba el renegado, apesar de sus antecedentes. Delatado como propagador de impresos subversivos, trató de pintar su conducta como meritoria; pero el tribunal no admitió sus descargos, sentenciándole á morir en la horca cual promovedor de la sublevación.

Raro era el día que la autoridad no arrancaba de los sitios públicos pasquines alarmantes. Uno de los que hicieron más

fortuna, y apareció en las mismas puertas de Palacio, estaba concebido en los siguientes términos:

«*Cristina:*

Este palacio es de Mina,

Y para el mes de febrero

Vendrá á ocuparle el casero.»

Los conspiradores dedicaban las noches á exparcir por las calles impresos excitando á la sedición, cuyo origen se afanaba la policía por encontrar sin conseguirlo.

Muy cerca estuvo de la pista, pero su lujo de precauciones se la hizo perder.

Calculando que, una vez sorprendida la imprenta, todo lo demás era llano, convocó á unos cuantos impresores para que reconociesen las fundiciones empleadas en la impresión de los papeles subversivos, y declarasen los establecimientos de donde salían.

Todos los conocieron; mas no hubo ninguno que aceptase el oficio de denunciador. El más autorizado, realista puro hasta la muerte, apenas concluído el reconocimiento, corrió á prevenir al comprometido compañero lo que ocurría.

Ya era tiempo. Apenas dió lugar á deshacer los moldes, ocultando algunas impresiones de iguales tipos á los que se perseguían (por cierto, cubriendo la puerta del aposento en que se escondieron con un armario lleno de muñecas, que se dedicaba á vestir por oficio una de las mujeres de la familia), cuando se presentó la justicia á practicar un escrupuloso registro, deteniendo preventivamente á cuantos entraban en la casa.

No todos imitaron al honrado impresor. Un miserable denunció á Calomarde, por mezquino precio, varios sujetos comprometidos, y en una misma noche (17 de marzo de 1831) fueron presos D. Francisco Bringas, el oficial de Artillería Torrecilla, el librero Miyar, D. Rodrigo Aranda, D. Salustiano Olózaga y el arquitecto D. Agustín Marcoartú, si bien éste logró salvarse descolgándose por un balcón á la calle, donde le detuvo una patrulla. Sin perder su serenidad el fugitivo, se puso á merced de la hidalguía del jefe militar, como

un amante desgraciado reducido á tal situación por no comprometer la honra de una dama. Su talante distinguido y puro lenguaje persuadieron al oficial que no podía ser un malhechor quien así se producía, y sin más averiguaciones le dejó marchar.

Olózaga consiguió huir de la cárcel, gracias á los auxiliares que dentro de ella le proporcionaron una chaquetilla, una gorra de cuartel de voluntario realista, un farol y franca la puerta del calabozo. Llegó hasta la salida, encargó al centinela que cuidase del farol mientras volvía y tomó la calle abajo con la mayor calma, apareciendo á la mañana siguiente en la diligencia con hábito de fraile francisco y pasaporte para Roma, encargado de asuntos de la orden.

Esto se dijo entonces por los bien enterados en el asunto.

Bringas libró la vida á costa de perder la inteligencia, Miyar sufrió la pena de muerte; los demás lograron entretener su causa hasta el advenimiento de tiempos mejores.

Excusado es decir, que donde tales cosas ocurrían, la franqueza en el trato era imposible. Cada uno se congregaba con los de su misma opinión: los realistas altivos, intolerantes, amenazadores: los liberales recelosos, vigilados aun en lo íntimo de su hogar, mal conteniendo en su pecho el odio profundo contra sus perseguidores.

La censura de teatros y obras continuaba implacable; mejor dicho, la última no existía por falta de objeto en quien ejercitarse, y únicamente logró boga un periódico publicado en la capital de Guipúzcoa, bajo el título de *Estafeta de San Sebastián*, favorable al Gobierno, como es de suponer, pero al cabo decía algo más que la *Gaceta de Madrid*.

Por fin, desvanecidas las causas que produjeron la situación violenta, se estableció una especie de tregua, pues tranquilidad sólida no podía esperarse.

Volvieron las fiestas públicas á revestir su carácter especial; las tradicionales vueltas de San Antón se verificaron con la misma concurrencia de siempre; mutuamente se chasqueaban los madrileños con panecillos de harina y acíbar, se mandaban por el correo cartas de trueno, procurando asustar al descuidado con carretillas y petardos, y durante el Carnaval

era gran diversión acudir á los barrios bajos, donde las manolas y allegados empolvaban á los transeuntes con harina, manteaban el pelele ó mataban el gallo, cuando no establecían columpios de una acera á otra donde lucir su gentileza, y aun algo más que nunca debe lucirse, concluyendo la fiesta en la Pradera del Canal el miércoles de Ceniza con el famoso y nunca bien ponderado regocijo bárbaro, llamado Entierro de la Sardina, entre las merendonas de escabeche y buñuelos humedecidos con el brebaje á que se da el nombre de vino en las afueras de Madrid.

Por los primeros años de la década de 1830 pensar en máscaras hubiera sido conjurar en contra del que lo intentase todas las potestades de la tierra; disfraces torpes y ridículos abundaban como ahora; á la carátula se la preparaba la época de gloria y esplendor que veremos en adelante; mas á la sazón llevaba consigo anatema político.

Pasando por alto las felicitaciones de San José, con su obligado obsequio de vino y bizcochos á los visitantes, las arengas laudatorias de éstos al señor de los días, las tarjetas con la historia de Pablo y Virginia ó Cupido disparando la flecha, que remitían los absolutamente impedidos de visitar personalmente; la romería de San Isidro, sin más diferencia de la actual que haber desaparecido las campanillas de barro que le daban carácter, llegamos, á través de las verbenas, de cuya animación no podemos formar idea por las turbulentas y peligrosas que hoy día conocemos, á una de las fiestas más pintorescas y animadas de la corte.

Quiero hablar de la feria de San Mateo, que bien puedo hacerlo sin empacho cuando Goya no creyó rebajar su inimitable pincel inmortalizándolas en admirables y característicos cuadros.

Se verificaron en diversos parajes; bien en la calle de Atocha, en la plaza de la Cebada, y por lo común en la calle de Alcalá.

A pasear en ellas se reunía la población elegante. Era de ver á los jóvenes de buen tono (lechuguinos se llamaban entonces) obsequiar á las damas con sendos pañuelos henchidos de melocotones, avellanas y acerolas, que las favoreci-

das, por su parte, no desdeñaban de probar debajo de la mantilla, mientras los niños ensordecían los oídos con toda clase de pitos é instrumentos de ruido, de que se hallaba tan provista la feria como exhausta de cosa rara ó de valer.

Mas lo pintoresco, lo apreciable y original de las ferias de Madrid se hallaba en todas partes menos en el sitio destinado oficialmente á ostentar su utilidad.

El contraste no es nuevo: en otros casos y centros de grave importancia acontece lo mismo con las personas, y cuando á nadie se le ocurre extrañarlos por muy frecuente, mucho menos debe admirar sucediera con los juguetes y trastos viejos. Perdónese la ligera observación en gracia del propósito de seguir sin meterme en contrapuntos, pues según opinaba Maese Pedro, suelen quebrarse de sotiles.

Todo vecino tenía derecho á poner en venta á la puerta de su casa cuantos objetos le convenía. De ahí resultaba una mezcolanza tan original y extraña, que sólo viéndola puede comprenderse.

En una obra recientemente publicada por D. Enrique Dupuy de Lome, bajo el título *De Madrid á Madrid* dando la vuelta al mundo, dice el autor que en los mercados del Japón lo que más le sorprendió fué la multitud de cosas cuyo uso no comprendía. Lo mismo pudiera decirse de la feria antigua de la capital de España; con la circunstancia favorable de que muchas veces se encontraban objetos muy convenientes que estaba uno lejos de pensar hallarlos en ninguna parte.

Aquello era una exposición retrospectiva de prendas de varias edades, caprichos y circunstancias, en su verdadero carácter, usadas, rotas y revueltas en confuso montón; algunas en su genuina integridad; no pocas magnífico modelo de arte; otras recuerdo precioso de tiempos antiguos. Libros raros, fáciles de adquirir sin la interesada gestión del librero, y todo ello á la mano del curioso, que de seguro no volvía á su casa sin caer en la tentación de llevar consigo algún trastajo, según los calificaban las señoras, poco dispuestas, por lo común, á cederles sitio que no fuese lo más remoto de la guardilla ó desván.

No hay duda que una prendería en cada puerta intercepta-

ba la circulación; razones aceptables son las que han hecho retirar la feria lejos de la vista; pero Madrid ha perdido un espectáculo *sui generis*, y no pocas ventajas á cambio de transitar quince días con mayor desembarazo.

En el mismo tiempo se verificaba la Exposición de Bellas Artes en la Academia de igual título. Escasa en lo general, no pasaba el número de obras del patio, sala del trono y alguna otra; mas podía visitarse la colección de la Academia, riquísima en preciosos originales, vaciados antiguos, bajo-relieves y estampas en cobre, famosas por la delicadeza del buril.

Ya que de costumbres trato, algo he de hablar del arreglo de la barba y cabello por entonces, pues á fe si alguno me tachase de nimio podría citarle autores graves que no han desdenado ocupar su péñola con semejante cuestión, de suma importancia desde los primeros tiempos.

No era poca la que se concedía á la forma de las patillas y el bigote por el Gobierno absoluto y sus patrocinados. Si las primeras crecían largas, sospechoso era de fracmasonismo el que las llevaba; y en cuanto al bigote, prohibido estaba con severas penas á la clase civil dejarle crecer, pudiendo darse por satisfecho el sorprendido en la calle con el masculino adorno si un alguacil ó esbirro se contentaba con llevarle á rasurar á su costa en la barbería más próxima.

De los militares, sólo á los granaderos, cazadores y la caballería se les autorizaba para usar mostacho, y barba larga no había que pensar en verla en otra gente que los capuchinos y gastadores de los regimientos, que si no la tenían la usaban postiza para los actos de servicio.

En cambio de tan reglamentario rigor con el aspecto del rostro, se gozaba completa libertad en la disposición del cabello, y en verdad que los madrileños usaban de ella con amplitud. Dos grandes *bandós* á los lados, un alto tupé que se procuraba cayese con gracia, era el tocado más común en el sexo masculino, sin excluír por eso el rizado á lo Petibón. Llevar el pelo corto, apenas se comprendía hubiese quien lo adoptara. Nadie quería ser calvo, ni aun á riesgo de sufrir la suerte de Absalón. Tres pelucas eran de necesidad para los escasos de cabello: una aparentando corte reciente; otra en estado me-

dio, y la tercera larga, cual si reclamase el oficio de la tijera.

Pequeñeces disculpables, propias de todas épocas y condiciones.

Acercábase en esto el día de la jura de la Princesa Isabel, nacida en 10 de octubre de 1830, después de publicarse como ley del reino la pragmática-sanción de 1789, consignando en las hembras el derecho de suceder en el trono. Con este motivo se dispuso acercar tropas á Madrid bajo pretexto de un simulacro, que se verificó en los campos de Vicálvaro y Ventas del Espíritu Santo, seguido de un desfile militar ante los Reyes. Estos espectáculos marciales eran frecuentes para los antiguos madrileños, que acudían gozosos á presenciar el bélico aspecto de las tropas, engalanadas todavía según la usanza del primer Imperio francés.

Con efecto, los arreos lujosos de infantes y jinetes, las plumas, cordonaduras y alamares; las altas gorras, shakós y morriones, tan incómodos y costosos en campaña, constituían en parada un conjunto guerrero y magnífico que atraía irresistiblemente.

Abrían la marcha las dos compañías de zapadores-pontoneros y del tren de la Guardia Real, con sus bruñidos útiles ó herramientas, mandiles de cuero y estatura escogida. Seguía una brigada de granaderos, compuesta de dos regimientos de la Guardia Blanca, así llamada por ser blancos los vivos de su uniforme. Las altas gorras á la sajona de aquellos soldados realzaban su elevada talla, y el primer regimiento era el único del ejército que ostentaba el pendón morado de Castilla.

Caminaba en pos otra brigada de granaderos de la Guardia Real provincial, que apellidaban los militares Guardia Amarilla, por usar, como distintivo, alamares de estambre de aquel color, anchos y unidos sobre el pecho de la casaca.

Los oficiales usaban galón de oro, y de plata los de la Guardia Blanca. Las gorras de pelo de los granaderos y los shakós de otra brigada de cazadores provinciales, que seguían en el orden de marcha, llevaban largos plumeros del color de las ginetas.

Los regimientos de línea parecían después sencillos en extremo, comparados con los hermosos batallones que llevo enu-

merados, sin embargo de sus casacas azules, y verdes en las tropas ligeras, pantalón blanco y plumero de varios colores.

En lo que todos rivalizaban era en el lujo y vestimenta del tambor mayor, que marchaba al frente de la banda de tambores del primer batallón, después de la escuadra de gastadores. Su adorno quedaba al capricho del cuerpo á que pertenecía. Se le buscaba, si era posible, de talla gigantesca, cruzándole del hombro derecho á los pies con una bandolera enorme, cubierta de bordados, distintivo de su cargo, á más del gran bastón que llevaba en la mano. Era, puede decirse, la muestra y figurante del regimiento.

Tanto lujo y aparato se eclipsaban al aparecer la división de caballería de la Guardia, subdividida en dos brigadas, compuesta la primera de un regimiento de coraceros y otro de granaderos, y la segunda de cazadores y lanceros. Especialmente los dos últimos regimientos eran un modelo de buen gusto en tropas ligeras, que no recuerdo, ni de vista ni por referencia, haya excedido nadie.

Después de esto avanzaba en orden la caballería de línea, con casco y botas altas, antecediendo á los escuadrones más sencillos de cazadores á caballo, tras de los que llegaba el escuadrón de artillería de la Guardia, de tres compañías con seis piezas cada una, cerrando la marcha los batallones de artilleros á pie, las compañías montadas y la del tren.

¿Deberé mencionar los tres batallones de voluntarios realistas, su batería rodada servida, muy bien seguramente, por las mulas y jornaleros de la limpieza de la villa, y los escasos jinetes de su caballería que prescindieron de la música al ver que excedía en número al grupo que los jefes llamaban escuadrones á voz en grito?

Sí: ¿por qué no he de hacerlo? Su coronel, D. José M. Villamil, era un excelente organizador que los trataba como á reclutas: el uniforme nada tenía de ridículo, por más que así le pinten en novelas y teatros, y sus oficiales de nombramiento real, bastante trabajo tuvieron en no ver cumplidas sus aspiraciones á un hábito de las órdenes militares que se les prometió por reglamento, cumplidos diez años de servicio.

Como no hay gloria cumplida en el mundo, ocurrió un in-

cidente en la fiesta que vino á formar como si dijéramos su parte jocosa para los testigos del lance.

Las compañías desfilaban por mitades ante las personas reales al grito ¡viva el Rey! oyéndose siempre que este grito resonaba una voz clara que decía: *¡Por dos cuartos tres!* Volvíase á dar el viva á S. M., y de nuevo se dejaba oír: *¡Tres doy por dos cuartos: no vale más!* La insistencia y lo inoportuno hizo que se detuviera al voceador, que averiguado el caso, resultó ser un oficial indefinido á quien su estrecha situación obligaba á vender yesca y papel de fumar, del que daba tres libritos con el retrato de Fernando VII, por dos cuartos.

Si fué gracia pudo costarle cara en otra ocasión menos propicia á la benevolencia con los antiguos liberales, de los que nadie dudaba habría pronto que valerse contra el bando apostólico.

Antes de esto, el célebre decreto de amnistía, permitiendo á los emigrados volver á su patria, hizo que afluyesen á Madrid multitud de personas cuyas ideas, trato y la distinción con que eran recibidas, influyeron en el estado social de un modo notable. Las relaciones íntimas fueron menos estrechas, divididas profundamente hasta las familias por las ideas políticas; mas en lo exterior creció la expansión entre todas las clases á beneficio de la amplitud otorgada á las reuniones públicas y particulares.

No se concedió permiso para celebrar bailes de máscaras: en las calles y paseos siguieron proscritas con rigor, pero en casas, cafés, y á poco en los teatros, se bailaba con frenesí, como deseando recobrar el tiempo perdido en diez años de prohibición.

Era una tolerancia que llegaba al extremo de cruzar las alegres cuadrillas ante las patrullas y rondas impunemente, y hasta con aplauso por el hecho de tomar parte en una diversión considerada cual protesta viva contra las ideas antiguas.

Todos se disfrazaban: para jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, era indispensable la careta, si habían de asistir á las fiestas de Momo. El punto de vista que ofrecían mil ó dos mil personas, que bailes había donde se contaba este número, con trajes diversos, ridículos muchos, apropiados y elegantes otros,

pero todos de colores vivos y aspecto original, se puede mejor comprender que describir. Nadie pensaba que Fernando VII había muerto, que su viuda gobernaba el reino y que la guerra civil amenazaba por varias partes. Se bailaba verdaderamente sobre el cráter de un volcán, y ¡cosa rara! hasta los voluntarios realistas establecieron su sociedad de baile, allá por las calles del barrio de la Morería.

El café de Neptuno, en la calle del Caballero de Gracia, se convirtió en una especie de casa de contratación de billetes y trajes. El que no estaba satisfecho con los suyos acudía á cambiarlos por otros, ofreciendo dos por uno, v. gr., ó un dominó y un billete por un vestido de arlequín ó payaso.

Se entiende los billetes de convite, repartidos con profusión, sin cuidarse de las manos en que podrían caer. Procedimiento que hoy causará extrañeza y entonces dió muy pocos motivos de arrepentimiento.

El afán de enterarse y tratar de las novedades, que cada día eran más importantes, llevó á los cafés numerosa concurrencia, aunque no tanta ni con carácter de sociedad deliberante como en la primer época constitucional.

El café Nuevo, en la calle de Alcalá, era el centro de los noticieros, de los declamadores y donde se daban ó quitaban reputaciones al capricho del más hablador, auxiliado de los que nunca acertaron á discurrir por cuenta propia, raza abundante en todos tiempos.

El café de Lorencini le disputaba algún tanto el monopolio, autorizado por su antigua historia bullanguera y azarosa; pero su concurrencia habitual, compuesta de cesantes y retirados de varias épocas y por diferentes causas, formaba un coro de desdichas, capaz de ahuyentar al más intrépido y amaestrado contra relaciones infaustas y peticiones á quemarropa.

No pudo sostener la competencia. Era la generación que se iba en pugna con la que venía.

Al café de los Realistas, en la plaza de Santo Domingo, le bastó el nombre para arrastrar una existencia precaria desde que los asuntos políticos tomaron otro rumbo, apesar de haber cambiado de título y aun logrado verse favorecido por

los milicianos nacionales del primer batallón que se reunía á sus inmediaciones.

Los demás aumentaron en concurrentes, se establecieron otros nuevos, y la costumbre de formar en ellos tertulias comenzó á propagarse.

El del Príncipe, conocido más bien por *El Parnasillo*, fué el centro de reunión de los mejores literatos: su historia sería la de los escritores cuyo justo renombre durará tanto como el habla castellana, y si pudieran saberse las opiniones emitidas en aquellas estrechas piezas, tendríamos la crítica más autorizada de las obras modernas en poesía y arte dramático.

En este período se iniciaron las mejoras locales de Madrid.

El corregidor D. Domingo María Barraón, aquel de quien se dijo guardaba bajo un fanal la bocamanga de un uniforme que tocó amistosamente el Rey en cierta conferencia á solas, aumentó el arbolado y comenzó á cambiar el alumbrado de candilejas por excelentes reverberos, ensayados en la calle de Carretas. El inolvidable Marqués de Pontejos reformó las aceras como hoy día se hallan, cambió el irregular sistema de numerar las casas por manzanas en numeración correlativa por calles, comenzando el número más bajo por la parte inmediata á la Puerta del Sol, orden que permite al forastero volver al centro con facilidad si una vez se extravía, é hizo poner á la entrada de las calles títulos que pudieran leerse, cambiando los nombres de algunas repetidos, ridículos ó nada decentes.

Ya se había colocado en la plaza de Santa Catalina, hoy de las Cortes, la estatua del príncipe de los ingenios, costeada por el comisario de cruzada D. Manuel Fernández Varela, primer homenaje permanente consagrado en la corte á los hombres célebres de España, y se dió grande impulso á las obras del monumento del Dos de Mayo, en memoria del heroísmo nacional.

Una calamidad nunca pensada sobrecogió á Madrid á mediados de julio de 1834. El cólera morbo, ese terrible azote que desde las playas índicas venía señalando su caprichoso rumbo con largo rastro de luto y orfandad, desplegaba sus

negras alas sobre la capital, arrebatando víctimas sin cuento á todas las clases de la consternada población. Hasta los días 15 y 16 las seguridades del Gobierno pudieron mantener los ánimos tranquilos; mas en aquella fecha los montones de cáveres hacinados en los hospitales y conducidos á granel en carros descubiertos á su última morada, por no ser posible otra cosa; desvanecieron toda esperanza.

Faltaban médicos, faltaban los medicamentos más indispensables; no siempre se encontraba un sacerdote que ayudase á bien morir á los enfermos ni un sepulturero que les diese tierra sagrada. La emigración no reconocía más límites que los pocos medios de transporte que había entonces. La epidemia, sin moderar su violencia, continuaba sus estragos, y todo, hasta el pernicioso influjo de una temperatura sofocante daba pábulo á los temores, redoblaba la consternación y prolongaba el malestar del numeroso vecindario. Horribles, los más horribles acaso que vió nunca, fueron para Madrid aquellos días.

Aprovechándose unos cuantos malvados de la consternación general y explotando la exaltación de los ánimos, divulgaron que á instigación de los frailes había quien envenenaba las aguas y los alimentos. Algunas personas perecieron víctimas inocentes de la calumnia, y en los conventos fueron degollados sin piedad por las turbas cerca de ochenta religiosos.

Tampoco se ha visto jamás Gobierno alguno en situación tan difícil como aquella. Todo en tan anormales circunstancias debió ser, y todo fué en efecto, desorden y confusión. Encontrar una autoridad de suficiente calma de espíritu para sobreponerse á lo grave de los acontecimientos era difícil; hallar varias, imposible, y muchas y prudentes y enérgicas se necesitaban para atender al mismo tiempo á toda nueva tentativa de trastorno, á la averiguación de las causas que provocaron los ya reprimidos, á la formación de proceso contra los sujetos culpables ó inculpables de haber tomado parte en ellos, á la distribución de socorros á las clases menesterosas, al establecimiento de las reglas de orden y hasta de decencia que debían observarse en la conducción de los enfermos á los hospitales y de los muertos al campo santo, y todo esto con un presupuesto con enorme déficit, cuando el Pretendiente pene-

traba en España, la guerra civil tomaba incremento, y los preparativos para la sesión regia de la apertura de Cortes distraía el ánimo de los gobernantes.

El 24 de julio se verificó. Triste y solitaria estuvo la carrera que alfombró de rosas la milicia ante el coche de la familia real; pero la muerte se respiraba con el aire, y el cielo semejaba bóveda de cobre enrojecido interpuesta á las plegarias de los hombres. Varios soldados en la misma formación cayeron atacados de la horrible enfermedad como heridos de un rayo; otras personas lo fueron en las calles y paseos. Para el descarnado huésped del Ganges no había preservativos ni método cierto de curación, ni manera igual de acometer. Siempre implacable, no lo ha sido tanto en sus visitas posteriores.

Sin embargo, tan inmensa como era la plaga, fué el valor en Madrid para resistirla en cuantos por deber ó conveniencia esperaron á pie firme su acometida. Nada de amilanamiento, menos de alarde temerario se notaba en la población; los amigos y conocidos, los vecinos que nunca se trataron, acudían presurosos á socorrer á los atacados. Era una obligación sagrada, y ni el rostro hipocrático de los enfermos apartaba á los asistentes de su lecho, ni menos los repugnantes síntomas del mal. Hubiérase creído bajeza culpable proceder de otro modo, y sin extrañar en nadie el caritativo celo no se tenía por meritorio acompañarles en su buenas obras.—Auxiliemos á los demás, decían, pues quizá en la hora inmediata tendrán que auxiliarnos á nosotros.—¿Y el contagio?—¡Bah! Por miedo al contagio no se han de dejar morir las gentes.

Unos seis meses duró la influencia colérica. Los horrores de la invasión, que dejó deshabitadas casas enteras, no excedieron de quince días.

Dos años después (1836), adquirió triste celebridad el proceso formado contra la monja Sor Patrocinio, en averiguación de los milagros atribuídos á dicha religiosa.

Al citar sus principales circunstancias no lo hago por el deseo de satisfacer la curiosidad pública; causas de tal naturaleza nunca debieran salir del estrecho círculo de los tribunales de justicia; mas no siendo esto posible, habiéndose

impreso la de que se trata repetidas veces, sin contar los comentarios y hablillas que han alterado su exactitud, creo más bien conveniente restablecer la verdad de los hechos, dejando aparte el interés que por sí misma inspira.

El origen y primeras diligencias de esta causa se hallan en una real orden, que acompañada de una información sumaria hecha por la policía, dirigió el Ministro de Gracia y Justicia al Sr. D. Modesto Cortázar, á la sazón juez de primera instancia de Madrid, previniéndole procediese á formar sumaria atendiendo al doble carácter con que se consideraba esta ocurrencia extraordinaria de una impostura artificiosa y fanática y de una tentativa para subvertir el orden.

Resultó de las declaraciones de D.^a María Dolores Caco-pardo, madre de la expresada religiosa, que hallándose aquélla sumergida en el más profundo dolor por la muerte de su esposo D. Diego de Quiroga y Losada, administrador de Rentas de Chichilla, que en 1825 fué víctima de las más negras persecuciones por sus ideas liberales, y por la pérdida lamentable de su hijo D. Juan Quiroga, teniente del regimiento de Calatrava, muerto en los campos de Guardamar, con toda la expedición del malhadado D. Juan Bazán, cedió á las instancias de varias personas que le aconsejaron, pretextando humanidad, que colocase á su hija mayor, D.^a María Dolores, en las Comendadoras de Santiago.

Allí permaneció tres años, notándosele al poco tiempo algo de trastorno y como poseída de una fiebre mística que alarmó á todos sus parientes, y en especial á su madre, la cual intentó en vano reducirla á que volviese á su compañía.—Dios,—le contestó su hija, por última vez,—me manda en el Santo Evangelio dejar á mi padre y á mi madre y seguirle á Él.

Que los manejos de las personas que la rodeaban, interesadas en formar una santa moderna con el sacrificio de la hija de un patriota, se impusieron á la infeliz viuda de éste, y á despecho suyo fué trasladada la joven al convento de religiosas del Caballero de Gracia, dotándola pródigamente para tomar el santo hábito, el cual tomó, en efecto, y con él el nombre de Sor Patrocinio, siguiendo en aumento sus milagros y profecías.

Que se cuenta como uno de los milagros de más bulto, que

habiéndola sacado una noche el diablo de su celda, la llevó al camino de Aranjuez, donde le hizo ver que María Cristina era una mala mujer, y que su hija no era ni podía ser Reina de España; que en seguida le hizo ver desde el puerto de Guadarrama otras picardías de igual especie, y que después de tan peregrina visión la restituyó á su convento; pero dejándola en el tejado, de suerte que las monjas tuvieron que recogerla por una buhardilla.

Que de este modo sigue prediciendo tempestades, batallas, triunfos del Pretendiente y pronto trastorno del trono de Isabel II, circunstancias todas que divulgadas con maña atraen cerca de sí á varias personas que la consultan sobre materias políticas, y producen cuantiosos regalos y donativos de consideración al convento. Que se le habían abierto cinco fuentes, haciendo creer que no las tiene naturalmente abiertas, y dicen que son las cinco *llagas*, añadiendo su madre que ella misma se las ha visto abiertas, por cuya razón siempre tiene las manos vendadas.

Que lamentándose su madre con la priora del convento del estado de languidez y abatimiento en que por días se iba consumiendo su hija, le dijo aquélla que todo era efecto de la mucha sangre que derramaban sus heridas, hechas ó regaladas por Dios.

Que la Princesa de Beira acudió á la santidad de Sor Patrocinio para que la enviase un cabezalito suyo, á fin de neutralizar con su virtud los accidentes que padecía, en lo que no se la pudo complacer, por haber negado su permiso el director espiritual.

Que cuando solicitan verla algunas personas que son de notoria confianza, se les dice que es imposible por hallarse extasiada, como le ha sucedido á su madre diferentes veces; que entonces se la consulta por comunicación, y el resultado es una respuesta acomodaticia al carácter de la persona que la solicita.

Terminada la declaración, el profesor de medicina D. Mateo Seoane, por mandato del juez y á su presencia, reconoció las llagas de las dos manos, declarando que existían; mas que á fin de proceder con acierto, necesitaba nuevo reconocimiento con asistencia de otro profesor.

Una vez acreditada la existencia de las llagas, era indispensable proceder á la investigación de su origen y naturaleza, y curarlas con los medios de la ciencia; pero evitando al propio tiempo que pudiera oponerse á su cicatrización una causa extraña.

Con este objeto mandó el juez que Sor Patrocinio fuese sacada del convento y constituída en una casa decente, donde se procediera á su curación; mas las protestas, llantos y congojas de la interesada, madre abadesa y toda la comunidad fueron tantas, que, por evitar un resultado desagradable, se dispuso colocar á Sor Patrocinio en la enfermería del convento, al cuidado de su madre y de su hermana D.^a Dolores Quiroga, sin comunicación con las monjas.

Pero esto no era suficiente, y se quiso librar por completo á Sor Patrocinio de las influencias del convento, para lo que se autorizó al juez por real orden de 8 de noviembre, y en su consecuencia dispuso el tribunal que fuese trasladada la enferma á casa de D.^a Manuela Peirotet y Cortés, calle de la Almodena, núm. 119, cuarto bajo, dejándola en ella en compañía de su madre y hermana.

El día 9 de diciembre los cirujanos D. Diego Argumosa, D. Mateo Seoane y D. Maximiliano González, certificaron que las grietas, úlceras y heridas de Sor Patrocinio eran curables todas, aunque con más ó menos prontitud, según su procedencia y mayor ó menor antigüedad, en términos que las grietas palmares de las manos podrían hallarse completamente cicatrizadas antes de seis días, las heridas de la frente antes de quince, la úlcera al dorso de la mano derecha antes de un mes, y la de la izquierda, dorsal también, antes de cincuenta días.

Las heridas de las manos y la del costado apenas ofrecían señales de haber existido.

En efecto, el 20 del próximo enero manifestaron los facultativos que Sor Patrocinio estaba completamente curada, y en su consecuencia se verificó un reconocimiento general á presencia del jefe político D. Salustiano de Olózaga y los médicos autorizados, del que resultó pleno convencimiento de la perfecta salud de la enferma, declarándolo así ella misma, de lo que se extendió acta, que firmaron los concurrentes.

Mas la religiosa no volvió á su convento. El día 26, acompañada del juez instructor y de su director espiritual, D. Esteban Herrero y Villanueva, fué trasladada al establecimiento piadoso llamado de las Recogidas de Santa María Magdalena, donde quedó encargada á la madre ministra.

Esta determinación debió influir de una manera eficaz en el ánimo de la procesada, pues habiéndosela vuelto á llamar á la presencia judicial en 7 de febrero siguiente, amplió su declaración manifestando, que llamada un día al locutorio, se encontró con el P. A., religioso capuchino, el cual, en tono de sermón, la exhortó á la penitencia, sacando en seguida de la capilla una bolsita, en que dijo conservaba una reliquia que, aplicándola á cualquier parte del cuerpo, causaba una llaga, que debía mantenerse abierta para seguir padeciendo, y teniendo tal mortificación, ofreciendo á Dios los dolores como penitencia de las culpas cometidas y que pudiera cometer, alcanzaría perdón de ellas. Sobre esto la hizo un terrible encargo, mandándola que la aplicase á las palmas de las manos y al dorso de ellas, en las plantas de los pies y parte superior de ellos, en el costado izquierdo y alrededor de la cabeza, en forma de corona, encargándola muy estrechamente, bajo de obediencia y las más terribles penas en el otro mundo, que á nadie manifestase, ni á la abadesa, ni al confesor, cuál era la causa que había producido aquellas llagas.

La declarante obedeció este precepto, atemorizada por las amenazas del P. A., no revelando el secreto ni á su confesor, ni á la abadesa, ni á nadie, y si ahora lo hace es por no quebrantar la religiosidad del juramento, y persuadida que debe hacerlo.

Señalado el día para la vista, leída la acusación fiscal, por no haber asistido el promotor, el distinguido jurisconsulto, D. Juan Manuel González Acevedo, pronunció un breve, elocuentísimo y razonado discurso en defensa de Sor Patrocinio, que llevó á todos los ánimos el convencimiento de que se la había elegido por víctima de una superchería.

El 25 de noviembre de 1836 pronunció su sentencia definitiva el juez de la causa D. Juan García Becerra.

Por ella se condenaba á Sor Patrocinio á ser trasladada á

otro convento, que estuviese al menos cuarenta leguas de la corte; con encargo para su vigilancia á la superiora del mismo, nombrándosele á la sentenciada un confesor virtuoso é ilustrado. Se previno al exvicario, expriora y exvicaria del convento de religiosas del Caballero de Gracia, que en lo sucesivo se comportasen con reflexión, cordura y prudencia, con apercibimiento de ser tratados con mayor rigor si reincidiesen en faltas de este género. Y en cuanto al capuchino Fr. A., se mandó que luego que la sentencia mereciese ejecución, se formase pieza separada, llamándole y emplazándole para que se presentase á dar sus descargos.

Confirmada esta sentencia por la de vista en la parte relativa á Sor Patrocinio y reformada en la de las demás personas comprendidas en ella, á quienes se impusieron penas más fuertes que el simple apercibimiento, el 26 de abril de 1837, á las siete y media de la noche se presentó el juez en el beaterio de Recogidas, de donde sacó á Sor Patrocinio, dejándola en la habitación del capellán director, con quien debía salir para Talavera á las cinco de la mañana siguiente. Llegada esta hora, Sor Patrocinio, acompañada del indicado sacerdote, del juez y del escribano, subió en un coche de colleras, y llegaron todos juntos hasta el puente de Segovia, donde se apearon los dos últimos, continuando el coche su camino.

A las ocho de la noche del día 28 de abril, Sor Patrocinio, cumpliendo la sentencia del tribunal, entraba en el convento de religiosas de la Madre de Dios de Talavera de la Reina.

Dicho esto, pasemos al estado de la literatura, que bien merece alguna consideración.

Sustituída la vergonzosa censura que pesaba sobre las producciones del saber, por otra templada y culta, el cambio fué tan grande como repentino, y tantos fueron los diarios y revistas que salieron á luz, que apenas podré recordar algunos de los principales. Entre ellos no son para olvidados *El Boletín del Comercio*, *La Estrella*, *El Siglo*, *El Compilador*, *El Espectador*, *El Cínife*, *La Revista Española*, *El Forobado*, y más tarde ó más temprano, *El Eco del Comercio* y *El Correo Nacional*.

Entre las publicaciones literarias se distinguió *El Artista*,

descollando sobre todos *El Semanario Pintoresco*, dirigido por D. Ramón de Mesonero Romanos, que aun cuando no hubiera proporcionado otro beneficio que propagar y perfeccionar en nuestro país el grabado en madera, sería lo bastante para inmortalizar su nombre.

Los centros de honesto recreo, unido á la instrucción y estímulo á las bellas artes, fueron muchos y superiores en mérito digno de alabanza.

La Academia filarmónica, el Instituto español, y sobre todo el Liceo Artístico y Literario, han dejado recuerdos imperecederos en cuantos á ellos asistían.

En el último se oyeron los suaves acentos del tenor Rubini, se establecieron los juegos florales, se representaba con suma perfección, y la pintura, escultura, canto y poesía encontraban aplauso y premios de valor.

El teatro, sobre todo, sufrió un cambio favorable é inesperado, no sólo merced al mayor ensanche que se otorgó al ingenio, sino á consecuencia de la escuela romántica puesta en boga, verdadera y exagerada protesta contra las reglas clásicas, pero que á vueltas de sus grandes absurdos, permitió á la imaginación volar sin trabas hasta lo fantástico y legendario.

Antes de escribir algunas breves palabras de la lucha entre ambas escuelas, debo mencionar la obra en que se iniciaron más de lleno las reformas teatrales aparecidas como por ensalmo.

Logró esta preferencia *El Edipo*, de D. Francisco Martínez de la Rosa, tragedia clásica, con su sencillez severa, sujeta á la fatalidad inevitable; modelo del arte antiguo, que por más variaciones que la moda introduzca, arrancará aplausos en todo tiempo, siempre que los encargados de su ejecución sepan interpretarla.

Lo hicieron á maravilla en sus primeras representaciones la Concepción Rodríguez, los hermanos Latorre y el excelente barba Noren.

No hubo llamadas al autor, aun no puestas al uso, ó mejor dicho, al abuso; de corona sólo se creía digno á un Tasso ó un Petrarca; mas en cambio serían muy escasas las gentes

cultas que no retuviesen en la memoria largas tiradas de sus rotundos versos.

Era de oír, y aun de ver, pues oído sólo no bastaba, á los aficionados procurando imitar á Carlos Latorre, cuando decía, refiriendo su visita al panteón:

Fuera, profano, fuera repitiendo,
Confuso el eco, ¡fuera!! retumbaba.

El último *fuera* le declamaba el eminente actor de un modo especial, simulando el zumbido del viento, y lo que aun hecho por aquél, daba lugar á variedad de pareceres entre los críticos, ocasionaba á sus imitadores tales atragantos y ahogúos, que la tragedia concluía en parodia la más divertida y difícil de inventar.

El aparato escénico fué inmejorable. Decoración cerrada, figurando la plaza de Tebas, con el templo del dios á la izquierda del espectador y postrados ante sus gradas coros de niños, hombres y mujeres implorando clemencia.

Pronto siguieron los dramas románticos: traducciones al principio de Víctor Hugo, Casimiro Delavigne y Bouchardy; mas no tardaron los autores españoles en presentarlos mejores, hechos con mayor juicio y ajustados á la historia patria.

Una mañana sorprendió á los curiosos el anuncio de un drama caballeresco, titulado *El Trovador*, compuesto por un soldado de Isabel II. Lo era en efecto, acuartelado en el depósito de Leganés, de donde vino á Madrid sin licencia á presenciar el estreno de su obra.

El éxito sobrepujó toda esperanza; los aplausos unánimes fueron tantos, y tanto el pedir la salida del autor, que el joven recluta se presentó en las tablas sacado de la mano por D. Carlos Latorre y D.^a Concepción Rodríguez; distinción otorgada por primera vez en nuestra escena. A sus pies cayó una corona, la empresa le concedió un beneficio y Mendizábal la licencia absoluta.

Autores no menos recomendables siguieron la misma senda. *Doña María de Molina*, de Roca de Togores; *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch; el siempre admirado D. Alva-

ro, del Duque de Rivas; *El Zapatero y el Rey*, de Zorrilla, alternaban en competencia con las comedias de Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega, todas representadas con el esmero, lujo y propiedad que desde entonces se ha cuidado de mantener, salvo algunas excepciones dignas de olvido, incluyendo en ellas cierta sala decorada al gusto del renacimiento en el drama *Guzmán el Bueno*, y unos actores que hace poco vestían botas altas hasta la rodilla disponiéndose á un baile aristocrático de principios del siglo.

Sin embargo, estamos muy distantes de los días en que un cómico preguntaba al célebre Máiquez, que le hacía vestir un traje á la romana: ¿en dónde he de guardar en esta ropa mi pañuelo y la caja del tabaco?

El romanticismo pasó con sus melencólicos apasionados, sus damas pálidas y ojeras, llevando colgado al cuello el frasquito con agua de colonia, á falta del tósigo que les contaron llevaba Lucrecia Borgia.

Muchos impugnadores tuvo la nueva escuela; de los principales D. Santos López Pelegrín, conocido por el seudónimo de Abenhamar, D. Ramón de Mesonero Romanos y D. Modesto Lafuente.

Todos escribieron razonadas parodias contra el romanticismo; pero entre ellas, cual muestra de las demás, y por menos conocida, copiaré una en que el Sr. Lafuente supone á un versificador romántico leyendo cierta composición á una madre y dos niñas, entretenidas en sus labores domésticas de costura, añadiendo las interrupciones, marcadas de cursiva, con que ya la mamá, ya las jóvenes, ya la criada, salpicaban la lectura, resultando un diálogo sumamente original:

¡Mujer! ¡Mujer! ¡Oye mi triste acento!

Que llaman, Celestina.

Dime quién es ese rival odioso,

El aguador, señora.

que de beber su sangre estoy sediento,

Dí que traiga otra cuba,

y en ella ¡sí! me bañaré gustoso.

Y llene la tinaja.

¡Mujer! ¡Mira mi pecho desgarrado!
¿Se cose esto á pespunte?
¡Mira mi rostro en lágrimas deshecho!
Jesús, ¡qué hilo tan gordo!
¡Mujer, ó ten piedad de un desdichado,
Corta sin duelo al viés,
ó el duro acero clavaré en mi pecho!
¿Dónde están las tijeras?

Sin embargo, el romanticismo ha producido obras de primer orden, y aún sus extravíos nunca serán tan perniciosos como los de la que hoy se llama escuela *realista*; es decir, exposición al desnudo de cuanto hay malo en la naturaleza humana.

DIONISIO CHAULIÉ.

(*Se continuará.*)





LA CIVILIZACIÓN PERFECTA



NTRA Lausing, entra; llegas en buen hora á distraerme de una impresión penosa.

—¿Cómo, señor, puede haber algo que te contraríe?

—El ambiente abrasador de este desierto rindió mi voluntad; quedé dormido no sé cuánto tiempo y han trabajado mi cerebro visiones horribles. Mírame; aun baña todo mi cuerpo el sudor; siento erizado el cabello, los nervios contraídos, el pulso febril: respiro con dificultad y me cuesta trabajo discernir si sueño todavía ó si realmente estoy en mi tienda, y son mis gentes las que distingo en el campamento.

—Sosiega, señor; un sorbo de agua fresca acabará con los efectos de la pesadilla, producida sin duda por el calor sofocante.

—¡Producida por el calor! ¿Es decir que tú crees que los sueños tienen explicación natural?

—Mi creencia con respecto á los sueños no es la del vulgo; por ella casi casi me atrevería á decir que en las visiones de que has hablado había algún negro...

—Eres sabio, Lausing.

—Sabio; ese es mi título oficial, como lo fué de mis antepasados. Sabio sería aprovechando con las lecciones tuyas las que de ti recibo cada día.

—Me hace reír la lisonja.

—No lo es; el que como tú, señor, rige millones de guerreros y gobierna un pueblo cuyo número así se podría contar como las arenas de la playa ó las estrellas del firmamento, verdaderamente posee la sabiduría de la tierra, condensada en el conocimiento del hombre.

—Dejemos entonces mi saber en reposo por ahora, para que luzca el tuyo; va desapareciendo el malestar, gracias al agradable vientecillo que llega de la sierra; el sol descende al ocaso y el ejercicio disipará por completo las impresiones del sueño. En tanto me dirás qué gentes poblaron estos lugares en otros tiempos, si gente alguna ha podido vivir en paraje tan poco favorecido de la naturaleza.

—Mejor opinión tuvieron de su tierra los que efectivamente la habitaron; lo que tú encuentras, y es en realidad desagradable, tan delicioso les parecía, que, á darles crédito, tenía incomparables condiciones, cuyo atractivo y reclamo atraían multitud de personas, trocando de buen grado la perspectiva de las montañas, el abrigo de los valles ó la brisa de las playas, con los mayores encantos de la vegetación, por la vista del regato arenoso que allá abajo corre pobremente, los pelados tesos que nos rodean y el polvo que de continuo levanta el viento seco, lo cual indica que algo habría por aquí preferible á la contemplación de las maravillas naturales, que en tus aficiones ocupan predilecto lugar. Aquí, en este mismo sitio fué la capital de un reino; la población acaso más agitada y bulliciosa de Europa aunque no tuviera las almas, ni la extensión, ni los recursos que otras. Más de medio millón de individuos se movían sin cesar por las ondulaciones del terreno, que viene á ser aproximadamente punto céntrico de la península ibérica. De aquí, apareadas, salían unas cintas de hierro que atravesando montes, salvando cuencas y cruzando ríos daban paso á convoyes movidos por un humo blanco con más rapidez que la saeta, y por el aire arrancaban también hilos conductores de la palabra, del fuego y de la luz.

—Me asombra lo que dices, Lausing; apenas si he comprendido otra cosa que nos hallamos en las inmediaciones de

la que fué centro, corazón y vida de España, nación de que tengo idea confusa entre las de los pueblos occidentales que venimos atravesando. Por de pronto, ni descubro ruinas, ni en cuanto alcanza la vista hay vestigio de monumento ó señal de habitación que para tanta gente había necesariamente de extenderse mucho. Si no me equivoco, tuvo España importancia; corrió su nombre por el mundo é influyó en los destinos generales, siendo natural que lo muestre la residencia de los que la regían.

—España tuvo ciertamente larga historia; épocas de grandeza y de miseria, de dominio y de humillaciones; en las últimas destruyó lo que en las primeras había levantado; pero aunque no lo hiciera, jamás fabricó en Madrid cosa que dejara memorias como las que has visto en Asiria y en Egipto y echas aquí de menos. Observa entre las retamas los montones rojizos que asoman: esos son los restos de la villa; fragmentos de los ladrillos con que estuvo edificada. Su extensión no alcanzó tampoco las proporciones que te figuras, porque, como en las plantas, se verificaba el crecimiento hacia arriba, y como las colmenas, albergaba veinte ó más familias cada casa, haciendo la gente, salvo en la labor, la vida misma de las abejas, por no estar privada de aire y de luz en las celdillas más que el tiempo indispensable á las necesidades que no era costumbre satisfacer en público.

—Esas costumbres, el gobierno, religión y modo de ser de pueblo tan curioso, quiero me refieras, que por lo dicho entiendo ha de ser noticia entretenida.

—Gobierno y costumbres variaron mucho en la existencia de la nación española; habría mucho que hablar si tratara de bosquejar las alteraciones que con el trascurso del tiempo se siguieron, y bastará á tu solaz que por ahora limite el relato del cuadro que presentaba en sus postrimerías. Por entonces tenía muchos puntos de semejanza con los otros pueblos bárbaros de Occidente, como que ponía gran empeño en imitarlos: trajes, comidas, carruajes, muebles, instrumentos, adornos, traía de los del Norte, y ya que no trajera, copiaba saludos, frases, ideas y aun tonterías. Conservaba, sin embargo, el idioma propio, bien que bastante mezclado y corrom-

pido, á la par que un cierto sello de originalidad que podría decirse atmosférico y que servía para distinguir á un español entre cien otros bárbaros. Usaba como todos fundas estrechas en las piernas y en los brazos; una especie de cola partida en dos; en el cuello y puños tubos blancos muy duros y brillantes; en la cabeza otro tubo largo, negro. Hablaba como ninguno, á gritos, con interjecciones rotundas; escupía; echaba humo por narices y boca y algunas veces sapos y culebras, al decir de ellos mismos. La mujer seguía igualmente el modelo general europeo de vestimenta; muchas varas de tela colgada de la cintura; gran apéndice posterior oculto; el cuerpo entablillado y una esportilla en la cabeza, componían el atavío ordinario, variando en grandes ocasiones con dejar al descubierto cuerpo y brazos y colgar de las orejas y el cabello objetos relucientes, pero como los hombres, resaltaba entre las hembras por lo diminuto de los pies y manos, la gracia inimitable y una mala educación encantadora.

Naturalmente, tenían que obrar y obraban las diferencias esenciales en determinados gustos y aficiones: los españoles pasaban por exclusivos en comer ajo, en el espectáculo considerado nacional de destripar caballos y en el más ordinario de mirarse unos á otros, en la calle, en el paseo, en el teatro á que servía de pretexto la representación. Tampoco había otros que supieran como ellos hacer tiempo, matar el tiempo y cambiar la noche en día.

—¿Tan poco entretenidas eran las representaciones teatrales? ¿Repetirían asuntos históricos de todos sabidos?

—No tal. Sacaban á las tablas lo más oculto de los domicilios con rápida novedad: adulterios, incestos, homicidios, estafas, y en la noche del estreno se aplaudían con frenesí, colmando de caricias á los autores, ó más bien, á los copistas; porque dicho sea en descargo de los madrileños, tiempo hacía cuando acabaron, que carecían de autores y actores, parodiando las producciones de sus vecinos.

—Tendrían en cambio sabios que aprovecharan mejor la inteligencia.

—Sabios como los de tu reino; sabios oficiales, sí tenían, empleados en traducir libros ajenos y seguir con interés el

adelanto de las ciencias: si no inventaban ó descubrían, estaban al menos al tanto de los sorprendentes progresos en otras partes realizados: unos daban cuenta del peso y color del sol; otros de la cantidad de hierro y manganeso que existe en el planeta Palas; quién contaba los ojos de una mosca, quién, con más intención, averiguaba si después de la muerte va el espíritu de astro en astro purificándose, y quien lo embutía en el cuerpo de un conejo ó de una grulla. La ciencia del Yo era la que contaba aquí maestros consumados, casi tantos y tan buenos como la política ó el gobierno; ciencia española por excelencia, ya que no había en el país quien no la poseyera desde la pubertad, por inspiración sobrenatural, ajena á todo estudio, perfeccionándola los periódicos, que así llamaban á unas hojas grandes de papel que se imprimían cada día con muchas palabras. Los encargados de escribirlas se desvelaban por el bien público, ejerciendo, á su entender, un alto ministerio, una misión noble en defensa de los intereses del pueblo, interpretando su opinión y abogando de continuo por la libertad. Mi explicación en el particular no puede ser más lata, por la confusión de la que mi padre me hizo: él no llegó á saber, ni yo tampoco, qué entendían los españoles por pueblo y libertad; tan varias y embrolladas eran las definiciones que empleaban: tampoco he acertado á resolver cómo siendo tantos los periódicos y no concertando ninguno entre sí, eran ecos de una misma y sola opinión. Misterios son estos que la noche de los tiempos envuelve, sin dejar en claro más que la abnegación, el patriotismo y el desinterés con que los periodistas se sacrificaban al bien común, condiciones raras por cierto en la época que vamos considerando.

En gobierno y religión no son más precisas mis noticias: deduzco que al fin llegaron á no admitir creencia religiosa alguna, por lo que las costumbres revelan: esclavos de mil y mil necesidades ficticias, ansiosos de goces, iban por todos medios á buscarlos, quitando obstáculos y rompiendo frenos. Pretendía ser cada individuo Dios y Rey en una pieza, considerando que residía en su mano la facultad de destruir esa doble entidad por remedio de contrariedades, la principal de las

cuales era fracasar en el empeño de sobreponerse á los otros, haciéndolos escalera de grandeza. Llegaban muchos á conseguirlo, consumiendo en perros ó caballos lo que bastara á sustentar una aldea, mientras en cintas ó piedras de relumbrón gastaban sus mujeres el alimento de villas ó ciudades, insultando con el lujo la miseria general, tanto mayor cuanto más era explotada. La envidia y el odio vinieron, por consiguiente, con la ambición, á ser las deidades de más general culto, influyendo no menos que en las ideas religiosas, en la de gobierno. Cuantos sistemas inventó la teoría se ensayaron en España con igual ineficacia; porque todos eran sabios en gobernar, no quedaba quien quisiera ser gobernado, haciendo buena la fama que esta nación, desde sus orígenes tuvo, de ingobernable. Quién sabe, si prolongándose algo más su existencia, hubiera logrado pasar sin gobierno como sin religión, según algunos discurrían.

—Pues qué, ¿no había fuerza armada que mantuviera el orden y la autoridad?

—Fuerza armada numerosa y bien equipada había, que en muchas ocasiones fué el ariete de su institución, y bien examinado, la causa principal y eficiente de cuanto llevo referido.

—No es ejemplar único; he de reconocer que las sediciones militares vienen de lejos y siempre han conducido al mismo resultado. Dime, pues, Lausing qué organización tenía el ejército de España y cómo batallaba.

—De organización no estoy enterado; sé que tenían cuerpos á pie, á caballo y en carros, llevando unos y otros máquinas, mejor que armas, con que hacían estragos entre ellos mismos, pues de muchos años atrás no tuvieron otros enemigos. Entre las invenciones diabólicas de los bárbaros, se contaba la de unos polvos de varias clases, con los cuales, y las máquinas dichas, arrojaban á largas distancias proyectiles mortíferos. Apenas un ejército distinguía al contrario en el horizonte, empezaba el disparo con ruido espantoso, y aunque de cada mil de aquella especie de bellotas y melones que se enviaban recíprocamente, acertaba uno, tantos eran los millares, que sin ver cómo ni por quién, caían heridos ó

muerdos los guerreros, quedando la victoria por el que mantenía el campo.

—¿Qué composición tenían los polvos?

—Se ha perdido el secreto.

—En verdad no se ha perdido cosa que de sentir sea. Con razón llamamos bárbaros á todas esas gentes tan preciadas de sus invenciones perjudiciales. Réstame saber cómo concluyó el pueblo cuyos miserables restos hollamos ahora.

—Tendré que llevar la relación algo más lejos compendiando la crónica de tu dinastía.

—Me place oirla siempre.

—Sentémonos entonces sobre estos sillares desquiciados, porque lo haga con más reflexión en el tiempo que falta para que el sol se oculte.

Llegó un día en que los hijos del Celeste Imperio no tenían tierra que pisar. Los ríos, las bahías, los puertos sostenían innumerables viviendas flotantes; los riscos más altos y las quebradas al parecer inaccesibles estaban ocupados; no consentían los bárbaros de Occidente que á sus naciones fueran ya los trabajadores que les causaban admiración con su industriosa superioridad, y creciendo, creciendo la población, no encontró en el suelo con que mantenerse. La más terrible de las calamidades, el hambre, asomó su faz asquerosa en aquel país de delicias; andaban los hombres afligidos y las mujeres llorosas buscando un troncho que alargar á las escuálidas criaturas. En los supremos momentos, un hombre oscuro salido de Tartaria para salvación de su pueblo y gloria de la civilización, circulando entre las masas y haciendo oír su persuasiva palabra, pronunció aquella sentencia sublime, que jamás se borrará de la memoria de las gentes.

«El hombre, dijo, señalando al Oeste, puede servir de alimento al hombre.»

Como el torrente que desde la montaña se desprende destrozando á su paso cuanto encuentra, salió entonces de los convencionales límites de China masa innumerable é irresistible siguiendo á Chu-fú, el victorioso, que este sobrenombre le dieron, cuando rusos, persas, ingleses, indios, turcomanos y árabes pasaron por el filo de la espada. Desde los

extensos hielos del mar polar á las aguas tibias del índico; desde el Pacífico al Negro, no se habló otra lengua que la china, ni quedó ejemplar de hombre de otra raza. ¡Ah! ¿cuándo pudieron soñar esos bárbaros, en su orgullo insano, con un monumento semejante al que guarda los restos mortales y la memoria veneranda de Chu-fú I.? La extensa llanura que nombramos Chin-cha-ró vió alzarse espuerta á espuerta sobre el ataúd, una montaña de tierra que no menos de diez horas se tarda ahora en subir.

Chu-fú II y III continuaron la obra regeneradora emprendida; crecía siempre el pueblo chino, colmaba el Asia; era sonada la hora de llevar á los insoportables bárbaros la humillación y el castigo, aprovechando la ocasión en que unos á otros se destruían en guerra general y la torpeza de solicitar nuestra ayuda en la contienda. Así, con política sagaz traspasamos la barrera natural que guarece la Europa; así, á favor de un camino hecho bajo la mar llegamos á las islas ocupadas por aquellos insolentes que tanta saña como á nosotros habían inspirado á sus vecinos, satisfaciéndola con no dejar á vida criatura, ni rumiante, ni piente, lo que hizo abrir algo los ojos á los otros bárbaros; sin embargo, como franceses y alemanes, rusos y turcos andaban á la greña, no halló Chu-fú III la resistencia que unidos le hubieran opuesto cuando debilitados todos y dejando el disimulo, con el rigor de su genio acabó de exterminarlos. Todavía no lo hizo sin enorme mortandad de celestiales, repuestos sin cesar con las masas que pasaban de Asia.

Tocó el turno á los españoles, tan entretenidos con sus eternas querellas, que bajaba Chu-fú el Pirineo antes que pensaran en averiguar sus hechos, no faltando tampoco quien le enviara mensajeros y le ofrecieran dones por que ayudara á una fracción ó á otra. No hay memoria de cuántas eran las que alzaban bandera distinta por los extremos de la Península; se distinguían entre ellas la de un partido muy numeroso que por convencimiento de no alcanzar la propiedad dividida á enriquecer á todos, procuraba que todos fueran pobres, si no interpreto mal el lema *de guerra á los ricos* que enarbolaba. Ello es que por medio de los consabidos polvos

volaba puentes, catedrales, caminos, como cualquiera otra obra de importancia, coste ó utilidad; lo cual hacían igualmente los opuestos, por contrarrestarlos, y mientras tanto en Madrid discutían con elocuencia sin igual una Constitución.

—Una Inquisición querrás decir.

—Te confundes, señor; Inquisición no hubo más que una en España, al paso que de las Constituciones se ha perdido la cuenta.

—¿Para qué les servían?

—Una vez hechas no servían para nada: mientras se hacía andaba revuelto el país dos ó tres años, que era lo que se buscaba.

—Prosigue.

—Digo, que en la importante tarea de la Constitución innúmera les sorprendió la nueva del avance asiático, causándoles justificado pavor. Tenían que leer los diarios de aquel entonces, arbitrando medios, evocando el patriotismo, hasta burlándose de los asaltantes con ojos de almendra que llegaban á sus puertas. No te cansaré más con pormenores; los míseros españoles fueron devorados como postre del grandioso festín europeo, que coronaba la obra de los Chu-fú.

Al quinto y sexto, apellidados por el pueblo el Prudente y el Legislador, tocó consolidarla, extirpando todo lo que pudiera contribuir á la reproducción de la barbarie. Así, antes de repasar los Urales, y dejar á Europa convertida en desierto, dando tiempo al tiempo para trasformarla en selva, á la tierra ocasión de criar animales, á las aguas peces, á las contingencias futuras una heredad de reserva, con pena de horribles tormentos mandaron que no hubiera piedra sobre piedra, que la moneda se fundiera, y sobre todo, que no quedara señal de libro ni papel alguno.

En China se hallanaron á la vuelta pagodas, murallas y viviendas; la nueva ley, exactamente observada, prohibió las construcciones, desterró el mobiliario, limitó el vestido á un saco de lana, el abrigo á una tienda, la propiedad á un arco; reservando el aprendizaje de la lectura y escritura á los sabios del imperio, pocos en número y de familia real todos.

¿Quién diría que fueran más costosos estos trabajos que los de la exterminación de los bárbaros?

Pasadas tres generaciones, á punto de acabar la gloriosa carrera tu padre Chu-fú VII, el Testarudo, se supo que, emulando á su dinastía, se había alzado en África un negro que asimilaba y ponía bajo su mano el Continente, alardeando poder con el anuncio de invadir á Europa desocupada. En el momento puso en marcha al bravo General La-la-chó con tres millones de guerreros; cegaron el canal que los bárbaros hicieron; llegaron triunfantes á la extremidad de la tierra austral, volvieron la cara hacia la estrella del Norte; lo demás, bien lo sabes tú, Chu-fú VIII, continuador de la persistente idea del primero.

—Así es, Lausing, amigo mío: la muerte de mi padre ha puesto sobre mis hombros el peso de tan grande empresa, cuando llega á su término y espero rematarla con felicidad. El negro Abu-Casín, barrido por La-la-chó, más bien que impulsado de espontáneo deseo, atravesó el Mediterráneo por lo más estrecho, entrando en España con mucha gente. Yo lo presumía, he venido á su encuentro y va á jugarse aquí la suerte del mundo. Mira, á la vaga luz del crepúsculo, empieza á señalarse una línea de puntos brillantes en lontananza: es la vanguardia de Abu-Casín. Lo veo como se ve el deseo realizado; voy á encontrar el fin de nuestros ideales, cuando empiece á alumbrar el nuevo sol, sin recelo alguno, con la certeza del resultado. Mañana á estas horas, miles de asadores embalsamarán el aire con el efluvio de la carne de nuestros enemigos, y la matanza seguirá uno y otro día hasta que la cabeza del negro, como plato preferente de mi tabla, anuncie que esa raza oscura acaba consumida como las anteriores, no quedando en el mundo más que chinos.

—Se me antoja, señor, que olvidas dos cosas principales: una, que mirando desde aquí al Poniente, muy lejos por el mar, hay otro mundo; y dos, la diferencia esencial de tártaros y chinos, tus súbditos, por más que vengan del mismo tronco y hablen la propia lengua. Aceite y agua se mezclan, y así que reposan se separan, viniendo á sobreponerse una á otra.

—Nada de eso dejo de tener en mientes. Sé que á esas tierras oceánicas han ido á refugiarse los bárbaros que escaparon del degüello general; que allá van sus ideas é invenciones á inaugurar una era nueva; mas tú lo has dicho, aquello es otro mundo, independiente de la misión mía. Los Chu-fús quisieron regenerar el mundo viejo, cuna del genio humano, volviendo al hombre á la primitiva sencillez ó alcanzando, si mejor te parece, la civilización perfecta. ¿No se ha simbolizado siempre al tiempo por una serpiente mor-diendo la cola? ¿Dónde crees tú que esté el origen?

—Natural me parece que sea en la cabeza.

—Luego los bárbaros llegaron al extremo de la cola, y será mía la gloria de volver al punto de partida. Sí; aquí empezará también nueva era, cuando los negros hayan sido devorados; tártaros y chinos con el reposo despertarán su antagonismo; acaso esto es conveniente, acaso es necesario. De todos modos no ha de ocurrir en mis días y el último de los Chu-fú podrá decirles con orgullo: «Celestiales; solos estáis sobre la haz de la tierra: ahora, comeos los unos á los otros.»

LIMAHON.





LAS CARTAS DE MIS AMIGOS DE ESPAÑA

(TRADUCCION DEL ORIGINAL ALEMAN
DE MR. JUAN FASTENRATH, ENTUSIASTA HISPANÓFILO.)

SONETO

Más feliz soy que Creso: su riqueza,
Sus goces nada valen comparados
Con los de mí jamás harto preciados
Por su celeste influjo y su grandeza.

Ni excédenles de Lasso, en la terneza,
Á Flérída los cantos celebrados,
Ni del Tasso á Leonor los inspirados
Versos logran vencerles en alteza.

Y lo que dicha tanta me procura,
Y es más grato á mi pecho que á Abelardo
De Elöisa las Cartas, y en sí entraña

Del Petrarca la llama excelsa y pura,
Las Cartas son, ¿por qué en decirlo tardo?
De mis Amigos de la noble España.

FERNANDO DE GABRIEL.



LA ODA

ESBOZO HISTORICO CRÍTICO.

CONTINUACIÓN (1)

XVI.

HIMNOS LÍRICOS.



POCOS himnos se encuentran completa y exclusivamente líricos. Los hay señalados con los caracteres del lirismo, pero con algunas señales propias de la musa épica. Breves ejemplos lo demostrarán.

Acaso los tipos de esta clase se encuentran en los salmos de David. Libro de las alabanzas se llama en la Biblia el Salterio davídico, porque este nombre y el de salmo dado á cada una de sus poesías, viene de que solían acompañarse de instrumentos músicos, que es la significación del verbo griego *psalein*, de donde aquellas palabras se derivan. Son los salmos en número de 150, todos ó casi todos del profeta-rey.

Que se canten: esta es una de las condiciones exigidas por San Agustín para la constitución del himno. Glaire, Jahn y

(1) Véase la pág 51 del tomo anterior.

Gesenio han estudiado la música de los hebreos. Usaron estos el *órgano*, compuesto de muchas flautas, así llamado porque produce el sonido principalmente por medio del aire; el *sistro*, de metal y forma bella, de arco y con cuerdas metálicas, tocado con un simple movimiento; el *adufe* ó pandera; la trompeta metálica y recta (*tuba*) de sonido agudo; el *arpa* de David, instrumento de diez cuerdas y forma triangular; los *címbalos*, probablemente platillos, y algunos instrumentos más como el *dedacordo*, que si no es igual es parecido al arpa del rey-artista, el cual arregló la manera de cantar los himnos religiosos, según su índole ó la del coro que había de cantarlos. No había suceso próspero de la nación que no se celebrase en estas canciones: el paso del mar Rojo, la victoria de David y Saúl contra los filisteos y la de Jefé contra los ammonitas. También se cantaban los hechos particulares, bailándose también, aunque más como danza religiosa y en honor de grandes acontecimientos, que no como diversión lasciva y privada.

En los salmos de David hay, además de cantatas, sentidas elegías, bellos idilios, graciosos epitalamios y otras variedades líricas; pero los mejores y más numerosos son odas magníficas, que no ceden en pompa y hermosura á las de Píndaro.

Admirando las imágenes brillantes (lenguaje especial de la poesía) que esmaltan la *Cántiga de Moisés*—traducida por Rabí Mosé Arragel, con toda la Biblia, en 1430—añade textualmente Floralbo Corintio:—«Los Salmos de David están sembrados de imágenes en nada inferiores á las de los poetas antiguos y modernos. Léanse principalmente el uno, ocho, nueve, diez y ocho, diez y nueve, veintinueve, treinta y tres, treinta y seis, cuarenta y cinco, cincuenta y cinco, sesenta y seis, sesenta y ocho, setenta y cuatro, setenta y ocho, ochenta y cinco, noventa y dos, noventa y siete, ciento cuatro, ciento siete, ciento catorce, ciento veintiuno, ciento treinta y cinco, ciento treinta y seis, ciento cuarenta y cuatro, ciento cuarenta y siete y ciento cuarenta y ocho. Las imágenes y sentimientos de David están expresados con todo el prestigio de la poesía por Arturo Jonston en su obra titulada *Psalmi Davidici*.»

Que se cantaban y cantan, engalanándose con todos los primores de la lira, no hay necesidad de demostrarlo: es evidente. Comparaciones atrevidas, metáforas deslumbrantes, impetuosa rapidez, verdadera sublimidad se encuentra en las odas de David, que todavía repiten los ecos de nuestros templos. No reina en los salmos la sencillez griega, serena y azul como el mar del archipiélago heleno, sino la pomposa grandeza de los asiáticos, enamorados de la luz de un cielo espléndido, que hace soñar con el dios luminoso del sabeismo. Por eso, la magnificencia y arrebató poético de estos cantos, exaltados como la fe y ardientes como la luz, recuerdan y superan muchas veces al gran lírico tebano.

Si son líricos, dígalos el indiscutible subjetivismo que los inspira. En ellos se retrata, como en azogado espejo, la vida, las pasiones, las virtudes, las caídas, las exaltaciones, los altibajos diversos é interesantes del Monarca de Israel. ¿Le persigue Saúl y consigue librarse de sus asechanzas y de las iras de otros enemigos? David bendice al Señor, «su fortaleza, su refugio, su libertador,» que le amparó cuando le cercaban «dolores de muerte y le conturbaban torrentes de iniquidad;» porque alzó su voz desde el templo santo y «el clamor que hizo en su presencia llegó á su oídos; y la tierra se conmovió... los fundamentos de los montes se estremecieron, porque se indignó contra ellos. Subió humo en la ira de Él y salió fuego ardiendo de su rostro; por Él fueron encendidos carbones. Inclínó los cielos y descendió y había oscuridad bajo sus pies. Y subió sobre querubines y voló sobre alas de viento... Y tronó desde el cielo el Señor... Y envió sus saetas y los desbarató; multiplicó relámpagos y los aterró...»—¿Quién como David pinta las bellezas de la creación?—Jehová es su Dios y lo engrandeció poderosamente. De gloria y de hermosura se viste, cubierto de luz como de un manto. Dios extiende los cielos como un pabellón y cubre con el agua las cimas más altas. Las nubes son su carro; marcha sobre las alas del huracán. Cimentó la tierra sobre su propia estabilidad; los siglos no la ladearán. El abismo la envuelve como un vestido... Hace salir las fuentes en los valles: á través de las colinas pasan las aguas... los onagros

apagan en ellas su sed... Produce heno para las bestias, mieses para el hombre... Riega los árboles... y los cedros del Líbano, que plantó. Allí anidan las aves, allí los abetos ofrecen un asilo á las cigüeñas; las cimas de los montes son la ruta de los ciervos... Hizo la luna para marcar los tiempos y el sol conoció la hora de su ocaso... ¡Cuán grandes son las obras de Jehová! ¡Hizo todas las cosas con sabiduría!—Con estos colores, pálido reflejo de las odas de David, las bellezas naturales son descritas por el gran poeta de Israel. Si se indigna contra Doeg, vil cortesano que calumnió y degolló á los Ministros del Señor, prorrumpe en un cántico de imprecaciones. Y exclama enérgicamente: «¿Por qué te glorías en la malicia, tú que eres poderoso en iniquidad? Todo el día estuvo pensando injusticias tu lengua; hiciste engaño como navaja aguda... Amaste todas las palabras de derrumbamiento... Por eso Dios te destruirá para siempre; te arrancará y te trasladará de tu morada y á tu raíz de la tierra de los vivos...»—En celebración de la gran fiesta de la traslación del arca santa, hace David á Asaph y á sus hermanos entonar un canto triunfal, rebotante de júbilo y entusiasmo. «Está rodeado de gloria y de majestad; la fuerza y la alegría residen en él. Conmuévase delante de su rostro toda la tierra... regocíjense los campos... alégrense los cielos... Cantad su gloria entre las gentes y sus maravillas entre todos los pueblos, porque Jehová es grande, digno de infinitas alabanzas.»—David, como Rey, se dirige á los Reyes, inculcándoles el santo temor al Omnipotente, Rey de los que reinan y de los que son regidos. «Dios ha tomado asiento en la asamblea de los dioses, y sentado en medio de ellos, los juzga. ¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente y tendréis miramiento á los malvados? Haced justicia al necesitado y al huérfano; justificad al humilde y al pobre... Vosotras moriréis como el último de los hombres y caeréis como el último de los Príncipes.»—David, como hombre, se entrega á pérfidos amores y peca. El arrepentimiento de su pecado, las lágrimas que vierte, los ayes que exhala, se condensan, para no evaporarse jamás, en las estrofas del *Miserere*, la oda elegiaca más sublime de los siglos, el canto más sentido del alma creyente, el

grito de dolor más agudo que han escuchado los pueblos.— David llora y canta en sus salmos sus penas y sus alegrías, penas y alegrías muchas veces de todo Israel, y alegrías y penas más de una vez de todos los corazones que esperan y aman. No hay poeta más subjetivo, más nacional y más universal juntamente. ¿Cómo no incluir sus odas imperecederas entre los himnos más bellos?

Un poeta moderno ha escrito himnos que, siendo exteriormente épicos, retratan líricamente los sentimientos personales de su autor. Tal es lord Byrón, cantado con adecuada entonación por Núñez de Arce en *La Última Lamentación...*, joya del arte contemporáneo.

Este escritor inglés, hombre de pasiones exaltadas, fué en su vida tan poeta como en sus libros. Satirizó á muchos hombres ilustres, sedujo más de una mujer, realizó con ellas las aventuras más fantásticas en los sitios más pintorescos, se entregó á los ímpetus de su imaginación y acarició en su mente febril la esperanza de resucitar la Grecia de Pericles y Anacreonte, señora de sus últimos pensamientos. No contento con ver á Helena enlazada con Fausto, corrió á verter su dinero y su sangre en la tierra helénica, para evocar las Helenas y los Aquiles, los Homeros y las Corinas, ya con las cadencias de su laúd, ya con la punta de su espada. Allí, peleando bizarramente por emancipar á Grecia de la tiranía turca, con la fe de la liga Haetaria y con el valor del batallón sagrado de Ipsilanti, murió el insigne poeta el mes de abril de 1824. Los bellos fantasmas de los guerreros espartanos y de los artistas atenienses poblaron, sin duda, su sepulcro.

Una de sus obras es el poema *Don Juan* (especie de Tenorio británico), y en el canto 3.º se encuentra el himno á Grecia, imitado por M. Pelayo en sáficos elegantes y correctos. Este himno es la aspiración última que convirtió en héroe griego al gran poeta inglés. Comienza invocando las

Cícladas islas, islas de la Grecia
que el mar Egeo con sus ondas baña,
donde naciera la materna Delos,
cuna de Apolo.

Recuerda las glorias y bellezas inmortales de aquella nación famosa.

Todo se eclipsa menos vuestra gloria;
el bronce muere y se deshace el mármol;
mas queda el nombre del varón guerrero,
prole de Marte.

Queda de Lesbos la armoniosa lira,
la voz sublime del Esmírneo ciego,
y la del Teyo donairoso anciano
cítara blanda.

Con energía y rapidez cuenta el gran triunfo de los griegos sobre los persas.

Contólos Jerjes al nacer la aurora,
contólos luego al espirar la tarde:
millones eran al rayar el día,
ni uno á la noche.

Lamenta el poeta la ruinosa situación de Grecia, deseando se levante de sus ruinas.

Yace en el polvo la olvidada lira,
y ya no late el corazón robusto;
¿cuándo de gloria y libertad el himno
libre resuena?

.....

¡Ah, ni vergüenza en vuestra faz, ni lloro!
Descubre ¡oh tierra! tu profundo seno,
y tres siquiera de los trescientos brota...
tres Espartanos...

Como el fragor de los torrentes zumba
el de las sombras vigoroso grito:
«Alzad vosotros la dormida frente...
Uno tan solo.

Todos calláis.—Nuevos cantares suenan;
llenad las copas de espumante vino;
bélicos himnos el feroz entone
tártaro errante.»

El poeta, alzando la copa, brinda por la salvación de Grecia. Su amor á las mujeres, su amor á la tierra de las artes, todos los amores de su corazón, ébrio de entusiasmo, se desbordan y resuenan en estas rotundas estancias:

Llenad las copas de espumante vino;
vírgenes dancen en la selva umbría;
yo admiro el brillo de sus negros ojos,
nidos de amores.

Mas ¡ay! ¿Será que tan hermosos pechos
deban un día amamantar cautivos?
¿Será que ciña tan hermosos brazos
férrea cadena?

Aunque su esperanza desmaya por algunos momentos, vuelve á recobrarla y á sentirla más vigorosa que nunca. Y, para concluir, exclama con energía:

Nunca esta tierra habitarán esclavos;
arme las diestras el fulmíneo acero;
caiga en pedazos, de espumante vino
rota la copa.

En los mismos sentimientos que el himno lírico, parte de un poema épico de Lord Byrón, se inspira un himno español, digno por su entonación y su ritmo de ser cantado por los entusiastas amadores de la Grecia. Tal es el canto de Martínez de la Rosa, que empieza así:

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,
de la patria la voz escuchad,
y rompiendo las viles cadenas
del combate las armas forjad.

De acero el pecho fuerte
de acero el brazo armad:
independencia ó muerte
ó muerte ó libertad,
ó libertad.

Al tratar de otras composiciones líricas, será ocasión oportuna de exhibir muestras de diferentes himnos.

XVII.

HIMNOS SAGRADOS.

¿Qué pueblo no tiene himnos y cantos á la divinidad? ¿Qué religión no ha inspirado á sus ministros y poetas algunas odas llenas de fe y entusiasmo? La lira ha exhalado armonías lo mismo entre los árboles frondosos de los bosques que bajo las sublimes arcadas de los templos catedrales.

Horacio enseñaba que

«*Musa dedit fidibus Divos, puerosque Deorum*»

y multitud de composiciones poéticas de carácter profano fueron en sus orígenes odas sagradas. Así aconteció en Grecia con el pean y el ditirambo:

«el ditirambo que á los cielos sube»

según el restaurador novísimo de las letras clásicas en el parnaso de Castilla.

Que la poesía es hija de los númenes y el poeta un inspirado de los cielos. Aunque largo es hermoso, y confirma esta creencia el siguiente pasaje de la *Poética* de G. Vida, traducción de G. Bono Serrano:

Es un celeste don la poesía;
huid, profanos, de su augusto templo,
que el saber á vosotros es negado
tan altos y recónditos misterios.
Desde el Olimpo á las hermanas nueve
condujo hasta la tierra Prometeo,
cuando escaladas las etéreas cumbres,
robó en favor del hombre el sacro fuego.
Nutrido allí con ambrosía y néctar,
á sus pies contemplando los luceros,

lo arrullaban los orbes luminosos,
 y el almo coro en celestial concierto.
 Cantad al bienhechor de los humanos,
 que el ritmo dió cual eficaz remedio,
 para atajar la estúpida ignorancia,
 madre de los desórdenes funestos.

.....

Tan sólo de los dioses inmortales
 hablaban los oráculos en verso,
 al anunciar fatídicos los hados,
 en misteriosa oscuridad envueltos.
 De Júpiter Amón la augusta boca
 enseñó á las deidades con su ejemplo,
 en las aras de Dódona sagradas,
 y de la ardiente Libia en los desiertos.
 Siguen su huella la severa Temis
 de Fócida en la gruta, Apolo en Delfos,
 y el mismo semidiós del rudo Lacio
 respondía en poético dialecto.
 El sacerdote antiguo de Solimos
 y las Sibilas en furor ardiendo,
 de la divinidad el santo nombre
 repetían en métricos acentos.
 A faunos y poetas imitando,
 desde entonces los hombres no temieron
 tras los festines celebrar con himnos
 la gloria de los ínclitos guerreros.

Resumen: primero floreció el himno sagrado, después el himno profano y guerrero.

El mismo poeta italo-latino, en el canto I de su poética dice que

Si objeto de la antigua poesía
 la religión y las deidades fueron,
 sus límites bien pronto se ensancharon,
 toda especie de asuntos admitiendo.

Ya se ha indicado en otro lugar cuán rica y variada es la

colección himnódica de los indios. La cosmogonía, la theodicea y la filosofía de aquel pueblo están condensadas en himnos de asiática grandilocuencia. Mal conocidos en España, donde los estudios del Oriente apenas existen, prestaría un buen servicio á las letras el que los diese á conocer en una versión ó en una monografía crítico-histórica. Acaso el autor de estos renglones, si la salud y el tiempo no le faltan, se atreverá á verter en rimas castellanas los tesoros orientales, más ricos que las perlas y los diamantes.

El verdadero himno, digno de las sonrisas de Dios, es el nacido en las cítaras hebreas, y repetido en los órganos cristianos. Salmos se apellidan en nuestra liturgia. Ya se ha celebrado, aunque no tanto como se merece el lirismo religioso de David. Profeta y poeta, Rey por sus grandezas y hombre por sus pasiones, creyente y apasionado, unió en sus cantos admirables el calor de la fe, el fuego del corazón, las imágenes de espléndida fantasía y los matices de armoniosísimas palabras. ¡Lástima que haya influido tan poco en los vates clásicos de la España católica! El renacimiento desenterrando las bellezas literarias de Roma y Grecia, dejó en la penumbra las bellezas de Israel, no obstante la fe en el Dios de Israel y de Sión que inspiraba á los grandes literatos de la época. Herrera, el divino imitador del lenguaje bíblico, tiene dos aspectos: el de la oda á D. Juan de Austria, vencedor de los moriscos, y el de la oda á la victoria de Lepanto sobre los turcos. En aquélla invoca á Marte y Apolo, y en ésta al Señor Dios de los ejércitos. Indudablemente la segunda es poesía más bella. Ya veremos en otros capítulos el centelleo de estas dos joyas del arte.

Esta musa anunciadora de la cristiana, como el Antiguo Testamento es anuncio y prefacio del Nuevo, no tiene, repetimos, muchos ni claros representantes en las letras españolas. Pocos nombres pueden añadirse al de D. Tomás González Carvajal, estimable traductor de los salmos. Alguna imitación de David y de Moisés, algunas brillantes imitaciones del cantar de los cantares, hechas por los místicos, es todo lo que de la Judea poética ha venido á la poética España.

¿Quién no cita á Jáuregui? D. Juan de Jáuregui, que tenía

grandes facultades de traductor, como lo acredita su excelente versión de *Aminta*, fábula pastoral de Torcuato Tasso, parafraseó en hermosas liras el salmo célebre *Super flumina Babilonis*, traducido también, pero sin tantos primores, por B. Leonardo de Argensola y recordado sustancialmente por D. Agustín de Salazar y Torres en el soneto

Sobre los ríos, sobre las arenas
de Babilonia, el oprimido hebreo
lloraba triste, lamentaba reo
tus memorias, Sión, no sus cadenas...

La traducción parafrástica de Jáuregui merece copiarse íntegra:

En la ribera undosa
del babilonio río
los fatigados miembros reclinamos,
y allí con faz llorosa
junto á su margen frío
con lágrimas sus ondas aumentamos.
Entonces de los ramos
de los silvestres sauces suspendimos
las cítaras y armas do solía
alentar sus enojos algún día
alegre el corazón, cuando vivimos
en ti, Jerusalén; mas la memoria
de tu asolado imperio,
y el duro cautiverio
en que trocamos hoy la antigua gloria,
nos despojó del regocijo y canto
para entregarnos al afán y al llanto.

Allí, por más tristeza,
la escuadra victoriosa
que nos condujo en míseras prisiones,
templada su fiereza,
nos preguntó piadosa
por nuestras dulces rimas y canciones,

y con blandas razones
nos animaba á repetir alguna;
mas respondimos con ajeno intento:
¿Cómo dará señal de algún contento
quien se ve reducido á tal fortuna?
¿Cómo cantar podremos himnos santos
en región extranjera,
do la deidad primera
es ofendida? ¿Entre enemigos tantos
de aquel señor, á cuya gloria aspira
nuestro piadoso canto y nuestra lira?

Sacra ciudad, que adoro,
si acaso yo olvidare
este dolor que tu memoria pide;
si al cántico sonoro
y al plectro me aplicare,
antes mi diestra el movimiento olvide;
la lengua, que divide
de la voz el acento y la cadencia,
se pame y hiele á mi garganta asida,
si á todo canto alegre preferida
no fuere mi tristeza por tu ausencia,
sólo fijando en la memoria mía
tus muros encumbrados,
que yacen hoy postrados,
y las felices horas de alegría
que en ti perdí, que en ti gocé primero,
y alguna vez recuperar espero.

Pues fuiste el ofendido,
acuérdate, indignado,
Señor, del impío y bárbaro idumeo,
cuando cayó rendido
tu pueblo, y el osado
contrario obtuvo su marcial trofeo;
que en odio del hebreo
instigaba sus huestes y decía:
«Asolad, asolad desde el cimiento
sus homenajes.» ¡Oh rencor sangriento!

Dichoso el que á tus ojos algún día,
 fierá Babel, con semejante estrago
 y merecida pena
 ha de vengar la ajena,
 el que ha de dar á tu soberbia pago,
 y quebrantar con furias semejantes
 en las peñas tus míseros infantes.

Este himno religioso y patriótico de los hebreos desterrados á orillas del río de Babilonia, sin duda por su vivo sentimiento y por los sentidos que admite, según el aspecto literal ó simbólico que descubra el lector, ha sido objeto de imitaciones y versiones en la literatura castellana. Además de la citada de Salazar y Torres, puede mencionarse un romance de San Juan de la Cruz:

Encima de las corrientes
 que en Babilonia hallaba,
 allí me senté llorando,
 allí la tierra regaba...

El *encima*, convertido en orilla ó *margin* es más propio y verosímil: sentarse encima del río no es tan hacedero y natural como reclinarse

en la ribera undosa
 del babilonio río.

El romance usa de un consonante repetido, lo cual revela mucha antigüedad: la desaparición de las consonancias y su reemplazo por las asonancias, es un fenómeno que acontece mediado ya el siglo XVI.

No se debe llamar traducción ni siquiera imitación del salmo hebreo, sino aplicación mística de su idea fundamental.

Narración imitativa, y por cierto en consonantes, merece llamarse, en verdad, un romance de Ubeda (cancionero de), que principia de esta suerte:

Allá en la gran Babilonia,
que confusión se decía,
cuando el pueblo de Israel
cautivo en ella yacía...

Siempre es melancólico, tierno y salido del corazón el himno de la nostalgia.

XVIII.

HYMNODIAS.

El jesuita Burriel, en el siglo último pasado, halló en la librería de la Santa Iglesia de Toledo un códice poético en caracteres góticos, probablemente de la centuria undécima, ó de la décima tal vez.

Se guarda en la Biblioteca Nacional con el rótulo de *Codex muzarabicus*.

Consta de 185 himnos religiosos, que insertó Lorenzana en su breviario gótico. Un tal Maurico, á instancias de Veriano (personajes sólo de nombre conocidos), hizo la colección del Códice muzárabe, según reza la inscripción acróstica del prólogo. El Codex se compone de salmos, cánticos é himnos.

Comienza por un prólogo, en el que Maurico reproduce cuanto expone San Isidoro en el capítulo VI del libro I *De officiis*. Esto es, que en lo de cantar himnos, tenemos ejemplos tanto del Señor como de los Apóstoles; que son divinos los himnos, aunque producto del ingenio humano; que *carmina autem quæcumque in laudem Dei dicuntur, hymni vocantur*; que Hilario, Obispo de la Galia, fué el primero que se dedicó á hacer versos propios de himnos; que San Ambrosio, esclarecido doctor de la Iglesia, compuso numerosos himnos, llamados de su nombre, *Ambrosianos*, etc., etc., doctrina que hizo suya el concilio IV de Toledo, docil á la ilustrada dirección de San Isidoro.

Los himnos se cantaban en coro por los fieles. La Iglesia Católica los puso en boca de los cristianos como un medio eficaz de combatir las doctrinas heréticas, adoptando los cantos sagrados de San Hilario, San Ambrosio ó Prudencio, de Arátor, Fortunato ó Sedulio.

Se cuentan, entre los autores de los himnos, los Obispos Máximo y Conancio, que secundaron los generosos esfuerzos de Leandro y de Isidoro; Braulio, Eugenio, Ildefonso y Julián pulsaron también las cuerdas de la sagrada lira; Eugenio III corrigió los himnos y cánticos religiosos adulterados en sus días, y la música *eugeniaca* duró muchísimo tiempo en la catedral de Toledo.

San Martín, Obispo de Dumio, que florece bajo el cetro suevo del Rey Teodomiro; Recescinto, abad de Braga, de la cual fué igualmente metropolitano el citado San Martín; y Verecundo, el mejor de estos tres autores, compusieron varios himnos; pero su influencia no alcanzó en modo alguno á los himnos populares del *Codex muzarabicus*.

Los contenidos en éste, compuestos en muy variados metros, son posteriores casi sin excepción al concilio toledano IV.

Sólo dos himnos de la colección muzárabe se encuentran en la colección de Arévalo. El diligente ilustrador de nuestros poetas sagrados de los siglos primeros de la Iglesia, tales como Yuvenco, Prudencio y Draconcio, conoció sin duda el *Codex*; pero se limitó á recoger y estudiar los cantos de la Iglesia en determinados siglos.

En Roma, año 1786, se publicó la mencionada *Hymnodia hispanica ad cantus, latinitalis, metrique leges revocata et aucta*.
Autore, Faustino Arévalo.

Empieza este libro por un interesante estudio de los himnos, el cual, si ocupaciones más urgentes no lo impiden, verá la luz traducido por el autor de estos apuntes.

Entramos, por fortuna, en un período de actividad literaria. No nos contentamos con generalidades doctamente infieles ó referencias vagas, y ambicionamos apagar la sed en las primeras fuentes. Así mueren desdeñadas las oraciones académicas que, por su ilustración monótona y universal, son

variaciones musicales sobre el mismo tema, y se codician las investigaciones críticas, las indicaciones bibliográficas, que acrecen ó pueden acrecer el mermado tesoro de las bellas letras. Por esta razón tomamos de Arévalo las notas siguientes que, bien aprovechadas, son capaces de abrir el camino de la literatura hymnológica, ramo florido de la literatura eclesiástica.

1.º Joannes Baptista Bonifacius=Miscellanea Hymnorum=Dantisci, 1690. In 4.º

2.º Thomas Smith=De Hymnis Graecorum Diatriba in Miscellaneis Londinensibus=tomo I, anno 1680 et 1710. In 8.º

3.º Joannes Georgius Walchius=Disertatio de Hymnis Ecclesiae Apostolicae=Jenae, 1737.

4.º Matthías Gesnerus=De Hymnis veterum maxime Graecorum=Gottingae, 1742.

5.º Joannes Zacharías Hilligerus=De Psalmorum, Hymnorum, atque Odarum Sacrarum discrimine=Witemb, 1720.

6.º Georgius Ostius=Dissertatio de hymnis Martyrum in primitiva Ecclesia=Jenae, 1700.

7.º Benedictus Pictetus=Disertatio de hymnis et canticis, quorum usus fuit in Ecclesia vetera Chistiana (Gallice)=Genevae, 1706. In 12.º

Según Amador de los Ríos, la hymnodia hispánica pertenece en su mayor parte á época muy posterior á la invasión sarracena, que derribó el trono de Rodrigo en las aguas de Lete. Así se deduce del asunto de varios hymnos. Uno está dedicado á Santiago

*Vindex iberi nominis,
Iacobe, terror hostium...*

y otro es posterior al debatido tributo de las cien doncellas (negado hoy por la crítica histórica),

*Per te redemptae virgines,
laude rependunt cantica,
et nos tributo liberi
hymni tributum pendimus.*

En la fiesta de la Concepción de la Virgen María hay un himno escrito en versos sáficos:

Qualis aurorae facies, rubente...

Impropiamente clasificado de canto guerrero, el dedicado al apóstol Santiago es como sigue:

«Vengador del nombre ibero, Santiago, terror de las huestes enemigas, el hijo de Dios te apellidó Hijo del Trueno.

»Desde las celestes alturas, vuelve á nosotros tu diestra luminosa, y oye benévolo los votos de gracias que te rendimos.

»Agradecida España, se cree feliz con la posesión de tus santos huesos y la invocación de tu nombre.

»Tú pediste y alcanzaste las primeras luces divinas para nuestras playas, dominadas por la noche ciega y la vanidad impía.

»Cuando nos oprimía la guerra, tú apareciste en medio de los ejércitos, blandiendo tu espada y triunfando de los moros.

»Escudados con tu protección, suplicámoste que no nos arranques la confianza en tu auxilio generoso.

»Por ti sea gloria á Jesús nacido de la Virgen María y al Padre y al Espíritu Santo, por siglos eternos.»

El himno íntegro también á San Felipe de Jesús, patrono de Méjico, se puede traducir de esta manera:

«Salve, púgil triunfador, máxima lumbrera del nuevo mundo, que hiciste con tu muerte bienaventurada á tu patria.

»Atleta el más bizarro de Méjico, espléndido trofeo de los mártires, cuyos laureles ganaron por primera vez para tu tierra la gloria del cielo.

»Los pecados de la ardiente juventud licenciosa expiaste con tu sangre, corriendo espontáneamente á morir.

»Haz tú que émulos de tus virtudes, borremos nuestros crímenes con los dolores del corazón y las angustias de la penitencia.

»Honor, virtud, alabanza y gloria á Dios, Padre, al Hijo y juntamente al Paráclito por toda la eternidad.»

Para no abusar de las citas, trasladamos solo el himno á San Leandro, Obispo:

«La redimida Iberia, mientras corren las anuales fiestas, canta con alegres voces el himno que se debe á Leandro.

»Sevilla, llena de agradecimiento, eleve cánticos dulces, regocijándose con los grandes honores de su mejor Obispo.

»Brilló luz espléndida, difundiéndose por todos los ámbitos de España, cuyas tinieblas se desvanecieron.

»Vencida en famosas batallas, cayó mal herida la heregía tumultuosa, y huyó desatinada.

»Brilló más pura la fe, ardió más y más la caridad, floreció el culto de los santos y se multiplicaron las virtudes.

»Todo se debe á los dones piadosos del insigne Obispo, que con ayuda de los cielos, dió cima á tan ardua empresa.

»Todo el mundo, oh Trinidad, se arrodille y te adore; y tú, propicia á nuestros ruegos, haz que pidamos siempre lo que debemos pedir.»

Hay fidelidad, pero no elegancia en estas traducciones. Hechas en prosa, aguardan un momento de vagar para acomodarse á la medida del verso.

De estas himnodias y de otras lecciones se pueden sacar los nombres de los poetas compositores de himnos.

Numeremos, añadiendo algunas circunstancias:

1.º El Obispo galo Hilario.

2.º Juvenco ó Juvencio.

Florece en tiempo de los Emperadores Constancio y Constante. Fué un presbítero español, que puso en exámetros, dotados de más verdad que belleza, los cuatro Santos Evangelios. San Jerónimo recomienda los himnos de Juvencio, que considera poeta erudito y elegante.

3.º Aurelio Prudencio Clemente.

Aragonés. Vive bajo el imperio de Teodosio. Fué docto en letras griegas y latinas. Dedicóse á la jurisprudencia.

Excelente poeta, para él

nihil est dulcius, ac magis saporum

que celebrar y cantar las virtudes de los santos, el heroísmo de los mártires, los descalabros de la heregía y las maravillas del Evangelio.

Poesía la suya de hierro, horaciana según Apolinar, se

encierra en metros irregulares y en frases y dicciones apartadas alguna vez de la pura latinidad. Antonio de Nebrija (Logroño, 1512) puso al frente de su edición de Prudencio un catálogo de las voces que usa nuestro poeta desviadas de la pureza del siglo de oro. Apesar de estas sombras, afirma Luis Vives que tanto Prudencio como Próspero, Yuvenco y Paulino, compiten muchas veces con los poetas antiguos (*certant cum antiquis*) y algunas los vencen (*nonnulla... vincant*). M. M. Pelayo ha traducido en sáficos robustos y cadenciosos el himno de los mártires de Zaragoza y prepara una versión íntegra del *Cathemerinon*, *Enchiridion*, *Psicomachía*, etc.

4.º San Ambrosio.

Nace en Roma en 340 y muere en Milán en 397.

Resistió heroicamente á la Emperatriz Justina, que exigía del intrépido Obispo entregase la catedral de Milán á los arrianos. El defensor de la fe, despreciando amenazas y persecuciones, venció á los sectarios, componiendo con tal motivo el bello canto de acción de gracias *Tedéum laudamus*.

Fué autor de otros himnos, en su mayor parte extraviados. Aún se canta á la primer hora del día en los coros de los templos:

*Fam lucis orto sidere
Deum precemur supplices...*

5.º Sedulio.

Presbítero, autor de la *Obra pascual*, poema de los milagros del Señor. Se tiene noticia de un himno jámico, fruto de su inspiración.

6.º Arátor.

Oriundo de Liguria florece en el siglo VI. Escribe un poema en dos cantos sobre los *Actos de los apóstoles*. Compuso himnos.

7.º Venancio Fortunato.

Hijo de Italia y Obispo de Poitiers. Más ingenioso que elocuente, escribió, entre otros poemas, uno sobre la vida de San Martín, epitafios é himnos. Las reglas métricas no se guardan con fidelidad y el estilo carece de elevación. Sin embargo, era verdadero poeta y la Iglesia repite todavía en la Semana Santa:

*Vexilla regis prodeunt,
fulget crucis misterium...*

himno traducido por Cristóbal de Castillejo, el enemigo de los petrarquistas, en esta clase de versos:

Las banderas de la luz
del Rey que por nos padece
salen fuera, y resplandece
el misterio de la cruz.

Por lo cual, el Hacedor
de la carne, en carne humana
fué puesto de propia gana
en el palo del dolor.

Y encima desto, llagado,
con hierro de cruda lanza
abrió fuente de esperanza
en su divino costado;
de do, para nos salvar
del pecado que reinó,
agua con sangre manó
por remedio singular.

Cumplióse lo que cantó
David, el profeta santo,
en versos de dulce canto
que en testimonio dejó;
pregonando á boca llena
por el mundo en general
que Dios reina sin igual
desde el madero de pena.

.....

Versión es esta, en parte desleída, y no correcta en la rima, pues en otras coplas que por brevedad se omiten, las consonancias son á la vez asonancias inoportunas.

Indicados quedan los autores antiguos de cantos sagrados. Los modernos exigen capítulo aparte.

XIX.

AUTORES DE HIMNOS.

Importa la continuación de los poetas que cantaron asuntos de piedad ó religión.

Estos cantos fueron, en sus orígenes, escritos en la lengua del Lacio, idioma de la Iglesia universal. Andando los siglos y trastornado el lenguaje, se escribieron himnos en lenguas diversas, y durante el Renacimiento, que fué una magnífica renovación de la antigüedad, el latín se usó por los literatos y poetas hasta en odas no sagradas.

Conviene numerar y enumerar algunos autores antiguos y modernos de himnos, para mayor orden y claridad.

1.º Los mencionados Máximo, Conancio, Leandro, Isidoro, Braulio, Eugenio, Ildefonso y Julián (que son ocho).

2.º Martín, Recesvinto y Verecundo (tres escritores, mencionados también).

3.º Los heresiarcas Arrio, Valentino, etc., se valieron de himnos para propagar sus doctrinas. Dos obras nos enteran de esta asociación de la religión y del arte musical. Tales son: *De propagatione haresum per cantinelas-Fabricius*, y *De propagatione religionis per carmina*,—Jean André Schmid.

4.º El Rey Chilperico compuso varios himnos, que destinó al culto.

5.º Dando lata significación al himno, caben en este sumario los cantos de los guerreros cristianos, que marchaban, en alas de su fe y de su valor, á la reconquista del Santo Sepulcro.

Existen muchos himnos de las cruzadas.

Cual lamentó Jeremías,
lloran de Sión las vías...

Justa threnos Jeremiae,
vere Syon lugent viae...

En amplio sentido definió los himnos Walafriid Strabo (*De rebus ecclesiasticis*) al decir:—«Notandum autem hymnos... Debe advertirse que se llaman himnos no sólo los que corren en forma rítmica ó métrica, como los compuestos por Ambrosio, Hilario y Veda—*pater anglorum*,—y por Prudencio—*hispaniarum scholasticus*,—y por otros muchos autores, sino que son himnos también las demás alabanzas que se contienen en palabras oportunas y dulces armonías.»

Entendido como Walafriid, el himno no es solamente cántico de loores á Dios y á los espíritus celestiales: comprende el encomio entusiasta de los grandes y de los héroes, envuelto en frases medidas artísticamente.

6.º Los autores de los cantos sagrados más populares. Dispútase sin éxito sobre sus orígenes. El *Stabat mater* se atribuye á cuatro: los Papas Gregorio XI y Juan XXII, Santiago de Benedictis y San Bernardo. La *Salve Regina*, que fué compuesta por Hermán Contractus, según Tritemio; por Pedro de Monsoro, según Durando; por Adhemar, Obispo de Puy, según la «Historia literaria de Francia,» y por San Bernardo, según cree M. Daniel; se remonta y no pasa más allá del siglo décimo, según conjetura Du Cange. El *Tedéum* es obra de seis: San Agustín, San Abundio, San Ambrosio, San Niceto, San Hilario de Poitiers y San Hilario de Arlés. Con razón dice Pagio, en sus comentarios á los Anales Eclesiásticos de Baronio, que con tantos y tan diversos autores no tenemos el verdadero del *Tedéum*.

Difícil es averiguar, entre el montón anónimo del pueblo-poeta, cuál fué la fantasía individual en que brotaron los gérmenes primeros de esos cánticos.

Manifiesta está en ellos la colaboración del pueblo cristiano.

San Pablo escribe á los de Efeso: «*Implemini Spiritu Sancto, loquentes vobismetipsis in hymnis et psalmis.*» Y á los corintios: «*¿Quid ergo est, fratres? Cum convenitis, unusquisque vestrum psalmum habet, apocalypsim habet, linguam habet, interpretationem habet.*» Este hecho confírmase por Tertuliano en su famosa Apología. Eusebio dice: «*Hymnos canunt...* Cantan himnos en alabanza de Dios, ya de invención reciente,

ya tomados de poetas antiguos, que dejaron muchos versos y canciones del mismo género...»

7.º Poetas latinos del Renacimiento.

De éstos es Marco Gerónimo Vida (n. Cremona, 1480, y m. Alba, 1566). El autor de *La cristiada*, *El juego del ajedrez*, *El gusano de seda*, *La poética* y otros poemas y cantos admirables, compuso odas sagradas, bellísimos himnos, «escritos —dice Bono y Serrano— con la ternura y unción que distinguen á los de Sedulio y Aurelio Prudencio, autorizados por la Iglesia para elevar el corazón á Dios, ó para celebrar el triunfo de sus mártires y la pureza de las vírgenes cristianas que se consagran al Señor. Aunque Vida no hubiera publicado más que su libro de cánticos sagrados, disfrutaría de inmortal renombre entre los vates religiosos. Cada metro es un rasgo de piedad, un despertador de la fe, una centella de amor divino que se insinúa y prende tan dulce como irresistiblemente en el corazón. Algunos especialmente, como el de la Eucaristía, y el de la Pasión del Redentor, y el de la Reina de los Angeles son tan elevados, y al mismo tiempo tan tiernos y afectuosos, que es imposible leerlos sin conmoverse, sin levantar la consideración al cielo, sin reconocer la inspiración con que escribía el virtuoso Obispo. Dios, la cruz, el Príncipe de los Apóstoles, el protomártir Esteban, el ínclito español Lorenzo, el gran prelado de Hipona, el doctor Angélico y otros héroes del cristianismo, he aquí los objetos de su entrañable predilección, de su religioso entusiasmo.

» El primero, dirigido al Altísimo como principal objeto del cristiano, es un himno sublime. Solo la fe católica podía sostener el atrevido vuelo que toma el numen del poeta desde un principio, al celebrar el inefable nombre del Supremo Hacedor. El mismo Homero no canta con tal grandilocuencia y solemnidad los dioses del paganismo. La religión de Jesucristo, enseñando al hombre su alteza y dignidad, inspira á sus labios un lenguaje sobrehumano, desconocido de los vates de Grecia y Roma, aunque éstos á veces fueron monstruos de talento, como el cantor de Aquiles.

» Vida, usando de un apóstrofe admirable, dirigió la pala-

bra al mar, á la tierra y á los vientos, preguntándoles por su Dios; y todos de consuno le responden que son obra de la Omnipotente diestra. Se eleva en alas del genio á la mansión de la luz, y asombrado y lleno de profundo respeto, encontrándose frente á frente con los coros de espíritus alados, va á doblar la rodilla para adorar al más bello y radiante de los ángeles, que le detiene con su voz, entonando un cántico de amor y alabanza á Jehová, repetido por las sagradas legiones, que con santo júbilo y dulcísima armonía se apellidan obedientes y sumisas criaturas de su Dios y su Señor. Arolas hizo de este precioso himno una bella imitación, que el conocido literato D. Antonio Ribot y Fonseré llama «piedra magníficamente labrada para el edificio de Chateaubriand.»

»El mar á la tierra pregunta tu nombre,
la tierra á las aves que tienden su vuelo;
las aves lo ignoran, preguntan al hombre,
y el hombre lo ignora, pregúntalo al cielo.

»Llama la atención la majestad y pompa del lenguaje, verdaderamente virgiliano, con que se anuncia ya en su primer exámetro el himno al Espíritu Santo. Después se ve al escritor dibujar con hábil pincel una serie de cuadros, en que la tercera persona de la Trinidad Beatísima, ya asiste á la creación, cuando en medio del caos suena la voz del Eterno y aparece la luz; ya anunciando el porvenir de las futuras generaciones, ó bien descendiendo sobre el Colegio Apostólico para iluminar á unos pescadores que, inflamados con el fuego del amor divino, han de moralizar al mundo y hacer merecedora de la patria celestial á la delincuente raza humana, purificada con la sangre del Hombre-Dios. Termina con un ardiente y humilde ruego, implorando la asistencia del Espíritu Divino á favor de los pastores de la grey cristiana, reunidos entonces en Trento, á fin de que puedan extinguir felizmente la discordia y el cisma que afligían á la Iglesia.

»Muy diferente de los anteriores el que dedica á la Virgen, sobresale por la ternura más afectuosa, por el amor filial con

que se desahoga el corazón del poeta al cantar los loores de la mejor de las madres, que después de haber abrigado en su seno virginal al Salvador de los hombres, no se desdeña de dar á éstos el dulce nombre de hijos. Los principales rasgos de su vida están admirablemente dibujados, especialmente la tierna y sublime escena de Belén, en que el poeta manifiesta su santa envidia á los pastores que asistieron á ella. Ruega por conclusión al Omnipotente, que en unos tiempos de guerra y desolación como aquéllos, caiga humillado y vencido á las plantas de María el implacable adversario de los hombres. Este cántico es reputado por los críticos como una de las producciones más bellas del vate.

»El himno que recuerda la pasión del Redentor parece un canto plañidero del Profeta, que abrevado con la hiel de la amargura, lamenta en melancólicos gemidos la destrucción de Jerusalem. El autor del famoso poema *De Partu Virginis*, cuya versión castellana debemos á la laboriosidad del presbítero Gregorio Hernández de Velasco, escribió igualmente una elegía á la Pasión. Cuando se cotejan las dos poesías sobre un mismo tema, se advierte diferencia notable entre los dos vates más esclarecidos del pontificado de León X. Si Sannázaro compite con Gerónimo Vida por su lenguaje castizo y puro, y le excede alguna vez en elegancia y estro poético, queda siempre muy inferior en ternura y sentimiento, cualidad la más esencial en esta clase de composiciones. No sucede lo mismo comparando los dos himnos de Aurelio Prudencio y del Obispo de Alba á la gloriosa muerte de San Lorenzo, por los afectos que respiran constantemente los metros del primero, no siempre recomendables por su incorrección y dureza. Un docto protestante, que comentó algunos escritos de Vida, decía sobre este cántico sagrado, que «admiraba tanto el heroísmo del Santo Diácono español, como el talento del poeta que lo había cantado dignamente.» Andrés Vilquio, que hizo un erudito análisis del himno en loor de San Juan Evangelista, hablaba de todos los demás en estos términos: «*Pleni illi sunt bonis et veris sententiis; nec raro poeta tum argumenti praestantia, tum ingenii viribus excitatus, altius assurgit, quam alias solet, grandiusque aliquid ordi mortali canit;*»

Mr. Brunel tradujo algunos de ellos en francés, así como también otras poesías sueltas de Vida.»

8.º Autores de himnos piadosos son muchos poetas modernos, que han cantado en idiomas vivos sus creencias ó sentimientos religiosos.

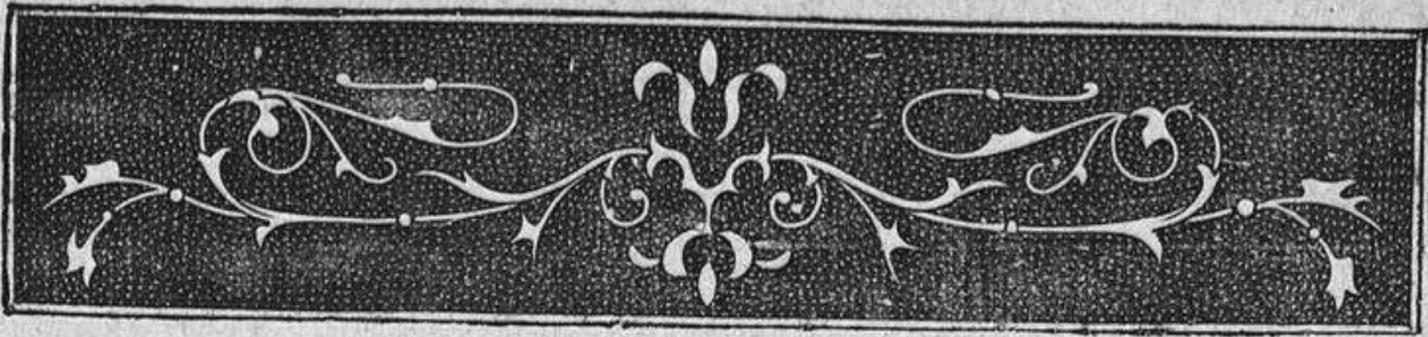
Tales son los italianos Petrarca, en su canción *Vergine bella che di sol vestita*; Chiabriera, Ercolani, Guidi, Arici, Muzarelli, Sterbini, Mauri, Mamiani, Bertolotti, Cantú, Pellico, Borgi y Manzoni. De algunos de estos catorce poetas religiosos se hará mención en otro capítulo.

No merece olvidarse entre los españoles de nuestro siglo el fogoso poeta, religioso oriental y caballeresco, D. Juan Arolas, flor lozana de la selva del romanticismo.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Continuará.)





DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1).

XII.

GL relato de Pandalewski había impresionado grandemente á Daría, despertando todo su orgullo. ¡Roudine, el pobre Roudine, un hombre desconocido y sin posición social, haber osado dar citas á su hija, á la hija de Daría Michaëlowna Lasconnska!

—Supongamos que sea un hombre de talento, un genio, —había exclamado,—¿qué prueba esto? Por esta cuenta, un cualquiera sin nombre ni fortuna podría aspirar al honor de ser mi yerno.

—Por mucho tiempo no quería creer á mis ojos—respondió Pandalewski.—Estoy admirado de que tan pronto olvidase tu posición y la suya hasta ese punto.

Daríase había dejado llevar por su mal humor y Natalia tuvo mucho que sufrir con el despecho de su madre.

Roudine por su parte había vuelto á su casa después de

(1) Véase la pág. 357 de este tomo.

encontrar á Lejnieff, y encerrándose en su cuarto, escribió dos cartas.

La primera, de la que tiene ya conocimiento el lector, estaba dirigida á Volinzoff y la otra á Natalia. En componer esta segunda carta había empleado más de una hora; después de hacer en ella muchos borrones y cambios, la copió cuidadosamente en un papel muy fino, la dobló, dándole la forma más pequeña que le fué posible, y se la guardó en el bolsillo. Terminado este trabajo, se paseó por el cuarto en todos sentidos. Su rostro tenía impresa la tristeza. Después se sentó al fin en un sillón al lado de la ventana, apoyando la mejilla en la mano. Una lágrima brilló en el borde de sus párpados. De repente, y como si hubiera tomado una resolución suprema, se levantó, y abrochándose la levita hasta la barba, llamó á un criado é hizo que preguntaran á Daría si le podía recibir. Volvió el criado diciendo que le esperaba su ama, y siguió inmediatamente al mensajero.

Daríá recibió á su huésped en su gabinete particular, como el día de su primera entrevista hacía dos meses, solamente con la diferencia de que no estaba sola, sino que estaba á su lado Pandalewski, siempre tan modesto, tan limpio y tan fresco.

El ama de la casa le recibió amablemente, y él por su parte la saludó con una aparente franqueza, pero á primera vista cualquier hombre que hubiese conocido algo el mundo habría descubierto que á través de aquellas maneras finas y amistosas había una verdadera frialdad y algún recelo. Roudine sabía que Daríá tenía contra él serios motivos de queja, y ésta no dudaba que éste sabía las nuevas disposiciones en que estaba.

Así que devolvió á Roudine el saludo, le hizo que se sentase. Este se sentó, pero no como lo hacía otras veces, cuando era casi dueño de la casa, ni aun siquiera como se sienta una persona cualquiera á quien se recibe con placer. Parecía más bien un extraño haciendo con temor una visita de ceremonia.

Un instante había bastado para que un agua limpia y pura se transformase en un bloc de hielo grueso.

Roudine habló el primero.

—He venido—dijo—á daros gracias por vuestra hospitalidad; he tenido noticias importantes, y tengo que irme hoy á mi pequeña propiedad.

Daríá fijó la vista en él.

—Se adelanta á la situación—pensó;—no duda, probablemente, de lo que le amenaza, y quiere evitar una explicación penosa. ¡Tanto mejor! ¡Vivan las personas de talento!

—¿Es posible?—le respondió en alta voz.—Esto es verdaderamente muy desagradable; pero, en fin, puesto que es preciso... Espero veros este invierno en Moscou, pues nosotras volveremos ya pronto:

—No sé aún cuándo podré yo volver á Moscou, pero si hallo medio, me creo en el deber de presentarme en vuestra casa.

—¡Ay! ¡Ay!—pensaba Pandalewski en su fuero interno;—hace poco tiempo que tú procedías aquí como señor y dueño, y ahora mira cómo tienes que expresarte.—¿Las noticias que habéis recibido tan de repente de vuestra hacienda, son, sin duda, poco satisfactorias?—preguntó con su afectación acostumbrada.

—Sí—contestó secamente Roudine.

—¿Una mala cosecha, tal vez?

—No... otra cosa... Creed, señora mía, que nunca olvidaré el tiempo que he pasado en vuestra casa.

—Y yo—añadió Daríá—recordaré siempre con placer el día en que os conocí... ¿Cuándo os vais?

—Hoy, después de comer.

—¡Tan pronto!... Pues bien, os deseo un feliz viaje. Además, si vuestros negocios no os detienen mucho, tal vez nos halléis aún aquí.

—Apenas me atrevo á esperarlo—respondió Roudine, y se levantó.—Dispensadme—continuó—si no puedo en este momento pagar la deuda que he contraído con vos; pero tan luego como llegue á mi casa...

—¡Dejemos eso!—interrumpió Daríá,—me afligiríais si insistieseis...—¿Qué hora es?—preguntó.

Pandalewski sacó del bolsillo del chaleco un reloj peque-

ñito, esmaltado, é inclinando levemente su rosada mejilla sobre el cuello blanco y recto, dijo:

—Son las dos y media.

—Ya es tiempo de irse á vestir—respondió Daría.—Hasta la vista, Dimitri Nicolaitch.

Toda esta conversación entre Daría y Roudine había tenido un sello particular. Así debe de ser cuando los actores repiten sus papeles y cuando los diplomáticos pronuncian entre sí frases combinadas por adelantado.

Roudine había salido, y ya sabía por experiencia que las personas de mundo no rechazan á aquel que se les ha hecho inútil ó que les molesta, pero que le dejan sencillamente caer por sí mismo como caen los guantes después de un baile cuando no se les sostiene, ó los billetes de la lotería que no tienen premio. Pronto tuvo hecha la maleta; sentía una especie de impaciencia esperando el momento de la marcha. Todas las personas de la casa se admiraban al saber su repentina resolución; los criados le miraban sorprendidos, y el inocente Bassistoff no trataba de ocultar su dolor. Natalia, por su parte, se ocultaba lo más posible, evitando hasta la vista de Roudine; pero apesar de eso, él había logrado entregarla su carta con sigilo.

Durante la comida, Daría repitió varias veces á su huésped que esperaba verle antes de su marcha á Moscou. Pero éste no la respondió, pues esa aparente amabilidad no le engañaba.

Pandalewski fué el que habló con Roudine, y éste experimentó muchas veces deseos de coger por el cuello á tan desagradable personaje y de abofetear su rostro fresco y sonrosado. Mlle. Boncourt fijaba á menudo sus ojos en Roudine con esa expresión extraña y sagaz que se observa algunas veces en las miradas de los perros viejos y astutos.

Parecía decir en su interior:

—¡Eh! ¡Eh! Mira cómo te tratan hoy.

Al fin dieron las seis y se vió venir la *tarantass* de Roudine. Se levantó con viveza, se despidió de todo el mundo, estaba en su interior muy disgustado, pues no esperaba salir de la casa de esa manera; en realidad, ¿no le echaban? Por

lo demás todo debe de tener fin, pensó, inclinándose á derecha é izquierda, con una sonrisa forzada. Miró, por último, á Natalia y sintió oprimírsele el corazón; los ojos de la joven estaban fijos en él, y sus últimas miradas contenían su último reproche.

Bajó rápidamente la escalera y se precipitó en el carruaje. Bassistoff se había ofrecido á acompañarle hasta la primera estación y tomó asiento á su lado.

—¿Os acordáis?—exclamó Roudine, en cuanto el carruaje salió del patio para rodar por una ancha carretera con pinos á los lados.—¿Os acordáis de lo que dijo D. Quijote á su escudero en el momento de abandonar la casa de la Duquesa? «Amigo mío, Sancho, la libertad es uno de los dones más preciosos del hombre. ¡Dichoso aquel á quien le da el cielo el pan cotidiano, á fin de que no tenga que agradecerlo á nadie!»—Ahora experimento yo lo que D. Quijote experimentó entonces... Dios haya querido, Bassistoff, que no conozcáis nunca el sentimiento de que yo os hablo.—Bassistoff estrechó la mano de Roudine, y el corazón del honrado joven latió fuertemente en su generoso pecho. Roudine habló, hasta que llegaron á la estación, de la dignidad del hombre, de las condiciones de la verdadera libertad, lleno de calor, de nobleza y de verdad; y, cuando en el momento de la separación Bassistoff no pudo menos de echársele al cuello llorando, Roudine vertió algunas lágrimas; pero no lloraba por separarse de éste, sino lágrimas de amor propio.

Natalia había vuelto á su cuarto para leer la carta de Roudine.

«Querida Natalia—escribía:—Me he decidido á partir, porque no quedaba otro recurso en nuestra situación.

»Me voy antes de que vengan á decirme claramente que es preciso marchar... Mi ausencia hará que cesen todos los chismes, y nadie lo sentirá. ¿Para qué he de dudar aún? Todo esto es verdad, pensaréis; ¿pero entonces para que escribiros?

»Es probable que me separe de vos para siempre, y os escribo porque me es muy amargo el pensar que os dejaré un recuerdo peor del que mi conducta merece. Yo no quiero ni

justificarme ni acusar á nadie; quiero solamente explicarme cuanto sea posible... Los acontecimientos de los últimos días han sido tan inesperados, tan repentinos...

»La entrevista de hoy quedará para mí como una lección memorable. Sí, tenéis razón, yo creía conoceros y no os conocía. En el trascurso de mi existencia no he hallado en la intimidad de muchas mujeres jóvenes lo que en vos solamente he hallado, por la primera vez, un alma completamente honrada y recta. No he conocido almas como la vuestra y no he sabido apreciaros. Desde el primer día en que nos conocimos, me sentí atraído hacia vos, como habréis podido notar. He pasado muchas horas á vuestro lado, pero no he aprendido á conoceros, apesar de que he podido imaginar que os amaba. Ahora es cuando siento el peso de mi falta y de mi ignorancia.

»Alguna otra vez me ha sucedido amar á una mujer y ser por ella correspondido... Mi sentimiento para con ella era *complexo*, como lo era el suyo para mí. ¿Podía acaso ser de otro modo, no siendo tampoco ella de naturaleza sencilla? Entonces no se me manifestó aún la verdad, y el día que se presentó ante mis ojos no he sabido conocerla... Al fin la he conocido, pero ya demasiado tarde... No se puede volver al pasado... Nuestras existencias hubieran podido confundirse, y se han separado ahora para siempre. ¿Cómo podré yo persuadiros de que pude amaros con un amor verdadero, con un amor de corazón y no imaginario, cuando ni sé yo mismo si soy ó no capaz de un amor así?

»La naturaleza me concedió mucho, lo sé, y no quiero que una falsa vergüenza me lleve á hacerme el modesto con vos, sobre todo en este instante, uno de los más amargos y humillantes de mi vida... Sí, la naturaleza me concedió mucho, pero muero sin hacer nada que sea digno de mi talento, sin dejar la menor señal de mi paso bienhechor.

»Toda la riqueza de mi talento había sido prodigada en vano; no veré el resultado de mis esfuerzos sin faltar algo... no sé lo que me falta... Estoy privado probablemente de ese don, sin el cual es imposible conmover los corazones de los hombres y apoderarse de los de las mujeres; y la domina-

ción sobre las inteligencias solas es tan poco duradera como inútil. Mi destino es extraño, casi risible; quisiera darme absolutamente entero y sin reserva, y apesar de eso, no puedo hacerlo. Acabaré por sacrificarme á cualquier locura en la que no creeré siquiera... Nunca me he descubierto así á los ojos de nadie, pero esta es mi confesión.

»Basta ya de hablar de mí, quiero ahora hablar de vos y daros algunos consejos, pues no sirvo para otra cosa... sois muy joven, pero aunque vivieseis mucho tiempo no dejéis nunca de seguir los impulsos de vuestro corazón; guardaos, sobre todo, de avasallar vuestro espíritu al de los demás. Creedme; cuanto menor sea el círculo en que vivimos y más monótono, mejor ¡basta á nuestra felicidad; no se trata de buscar nuevos caminos en la existencia, sino de hacer de manera que todas las fases de la vida se cumplan en un momento dado. ¡Feliz aquél que es joven en el tiempo de su juventud!... Pero noto que estos consejos se dirigen más bien á mí que á vos... Os confieso, Natalia, que tengo el corazón muy oprimido. Nunca me he engañado sobre el sentimiento que inspiraba á Daría; pero al menos había esperado hallar un refugio momentáneo en su casa;—ahora me voy otra vez á errar á la ventura á través del mundo. ¿Qué es lo que vendrá á reemplazar para mí vuestra dulce voz, vuestra presencia y vuestra inteligente mirada?... La falta es mía; pero convenid también que la suerte parece quererse burlar de nosotros. Hace una semana apenas sospechaba que os amaba. El otro día, por la noche, en el jardín, me dijisteis por primera vez... Pero, ¿á qué viene recordar lo que me dijisteis entonces?—¡Otro día! y ya me voy.. parto avergonzado, humillado, después de una explicación cruel, sin llevar la más débil esperanza... ¿No sabéis, apesar de eso, aún, hasta qué punto soy culpable para con vos?... Hace un mes, una franqueza tan tonta, tal afán de charlar... ¿Pero á qué hemos de volver á eso? Me voy para siempre.»

Roudine quiso cortar aquí su visita á Volinzoff; pero después de un instante de reflexión borró todo ese párrafo y entonces añadió la segunda postdata á la carta de Volinzoff.

«Me quedo sobre la tierra únicamente para entregarme á

otras ocupaciones más dignas de mí, como me dijísteis esta mañana con una sonrisa cruel. ¡Ay de mí! ¿Podré realmente entregarme á estas ocupaciones, podré dominar mi pereza?... ¡Pero no! Seré toda mi vida ese sér incompleto que he sido hasta ahora... Ante el primer obstáculo caeré convertido en polvo. Lo que ha pasado entre nosotros lo prueba. Si al menos hubiese sacrificado mi amor á mi actividad futura, á mi vocación; pero no he retrocedido más que ante la responsabilidad que me amenazaba y ante la certeza de no ser digno de vos. No valgo yo la pena de que salieseis de vuestra esfera por mí, en donde más ó menos pronto os espera la felicidad... Además, todo lo que ha pasado será, sin duda, lo mejor. Esta prueba me dejará más puro y más fuerte, tal vez.

»Os deseo la felicidad más constante. ¡Adiós! Acordaos algunas veces de mí. Espero que oireis hablar aún de mí.

»ROUDINE.»

Natalia dejó caer la carta de Roudine sobre sus rodillas, y quedó inmóvil mucho tiempo con los ojos fijos en el suelo. Aquella carta la probaba más claramente que todos los testimonios posibles, la razón que había tenido aquella mañana cuando al separarse de Roudine había exclamado involuntariamente que no la amaba. Pero esta convicción no tranquilizaba su alma. Quedó sin movimiento; la parecía que vagas sombras se habían juntado sin ruido sobre su cabeza, y que ella desaparecía. Para todo el mundo es mala de soportar la primera desilusión, pero para ella era casi matar su alma, tan sincera, exenta de toda ligereza, de toda exageración, y poco deseosa de engañarse á sí misma.

(Se continuará.)



REVISTA DE TEATROS



POCA histórico-clásica es la presente de obsequios, aguinaldos y felicitaciones; cada cual cumple con esta de antiguo establecida costumbre, según la medida de sus fuerzas, y no pecaríamos de indiscretos ni de intransigentes al hacer costar con verdadero sentimiento que los teatros, al cumplir tan ineludible misión, si bien no se han desviado de los precedentes seguidos desde tiempo inmemorial, presentando obras (con honrosas excepciones) de escaso mérito, algunas de ellas no han conseguido su marcado objeto de excitar la hilaridad propia de estos días, por lo que, y para no descomponer el cuadro, las omitiremos, reseñando sólo las que viven en la escena, y algunas que, aunque suprimidas, debieran permanecer en ellas, según nuestra pobre opinión y decidido empeño de aparecer siempre imparciales en el juicio crítico que vamos á emitir.

Lara puso en escena *Sanguijuelas del Estado*, sainete de Ricardo Vega, el que nos parece el peor de los que ha producido la fecunda pluma del émulo contemporáneo de don Ramón de la Cruz; ni los chistes, ni la acción, ni los tipos acusan la procedencia, y parece que son falsificados y extraños á la fama del reputado autor de *Los baños de Manzanares*, *La función de mi pueblo* y *La familia del tío Maroma*.

Pertenece, sin disputa, á ese género de obras que se escriben en esta época, y que más bien que producciones dramáticas, son billetes al portador para cobrar las entradas de pascuas, siempre numerosas en estos días, en que el público acude al teatro más por costumbre que por admirar grandes creaciones del ingenio.

Esto es un paréntesis que pronto abrirá el siempre aplaudido y genérico pintor de nuestras costumbres populares.

La interpretación, aunque no fué mala por estar á cargo de Valverde, Abril, Rodríguez, Zamacoís, Riquelme y Rubio, estuvo en armonía con el sainete.

Eslava ha dado como aguinaldo á sus *parroquianos* *Contratos al vuelo*, *¡Cómo está la sociedad!* y *De Cádiz al Puerto*; las dos primeras, de los Sres. Burgos, la letra, Rubio y Espino, la música; cumplen perfectamente su cometido, hacen reír, y Juana Pastor y Julio Ruiz las delicias de los constantes concurrentes á ese teatro, que, á semejanza de una tertulia íntima, no logra ver ninguna noche una localidad desocupada.

De la otra nada decimos; no estamos conformes con las *Máquinas de escribir*, y mucho menos con refundiciones de obras que aún figuran en la escena bajo otro aspecto y que dan á conocer más afición á la taquilla del despacho que á la literatura y al arte.

La reproducción de *Los novios de Brunete* y *Un león casero*, han aparecido en el escenario del teatro Martín; de la primera nada hay que añadir de lo que la crítica expresó cuando se verificó su estreno; en la segunda, se conoce en seguida la pluma y el chispeante ingenio de Eduardo Palacios, que es lástima malgaste el tiempo en estos meteoros de su fecunda imaginación, que ni le dan gloria ni provecho.

La interpretación buena, atendida la compañía que actúa en ese coliseo, adecuada á *El Nacimiento del Mesías* y *La Pasión*, que constituyen las obras salientes de su repertorio.

En los demás del mismo orden, y en Price, siguen las mismas representaciones de las obras, de las que ya nos hemos ocupado, y que nos hacen dar por terminada su reseña.

*
* *

Pasando á los teatros de primer orden, sólo en Apolo, la Comedia y la Zarzuela se han puesto obras que den tarea á nuestra pluma.

En el primero presenciarnos el estreno de la zarzuela *El Capitán Centellas*, libro del Sr. Herranz, con música del maestro Caballero. En el libro resalta á primera vista el sello que caracteriza las obras del autor de *El cuarto mandamiento* y *La Virgen de la Lorena*.

Versificación castiza, fácil, fluída y armónica, caracteres perfectamente trazados; situaciones nada violentas y en armonía con la acción constituyen las condiciones literarias y dramáticas del drama lírico que nos ocupa.

No es, sin embargo, una de las mejores obras del Sr. Herranz; pero esto no desvirtúa en nada su mérito, al que reúne el no pequeño, y digno de tenerse en cuenta, de no haberse doblegado á las exigencias de la escuela moderna, que, dentro del amplio círculo de las elucubraciones y delirios de la imaginación, se desbordan por el terreno de la fantasía, creando un género nuevo, al que no se atreven á dar nombre, apropiándole el de drama, comedia y zarzuela, del que disiente de una manera notable y palmaria.

El Sr. Herranz ha puesto en escena un héroe legendario y ha desarrollado una acción dentro del género lírico-dramático; pero no ha tenido en cuenta que en las obras sometidas á un plan fijo, en cuyo desenvolvimiento intervienen caracteres bien delineados, la exposición debe ser sucinta y clara, y la falta de esta condición hace que el público no *entre* en la obra hasta el segundo acto; resultando las situaciones del primer acto como colgadas y extrañas al asunto; culpa, no sólo del autor, sino también la falta de costumbre que el público tiene de fijarse en las primeras escenas, acostumbrado como está á que la mal llamada acción de las producciones modernas se inicie en seguida, y que los personajes que la desenvuelven hagan su presentación manifestándonos sus tendencias, sin ambajes y rodeos, sorprendiendo y ofuscando al espectador, de tal modo, que, no pudiendo observar las reglas de una buena percepción, no se da cuenta de lo que sucede, dictando su fallo por las impresiones del momento,

no dominadas por el juicio de la razón y el recto criterio.

Si se añade á esto que la partitura del maestro Caballero no está en armonía con la fábula, y que siendo ésta puramente española, el carácter de la música es alemán, abusando de las notas tenidas al finalizar los cantables, la da cierta monotonía, que contribuye, en unión de lo dicho anteriormente, á que languidezca la obra en ciertos momentos, apesar de la animación en ciertos pasajes, como en las primeras escenas, la en que se presenta la gitana) los finales del primero y segundo acto y la situación final del tercero, que tienen vida y movimiento, produciendo numerosos y espontáneos aplausos, así como la canción de la Pasionaria en un coro bellísimo del segundo y un dúo de bajo y tenor del mismo. Ambas piezas musicales fueron perfectamente interpretadas por la Sra. Cortés, Soler y Constantí. Pero lo que resalta y matiza la obra es la castiza y sonora versificación que seduce y se hace notar desde las primeras escenas, y de las que hemos de copiar algunos trozos como modelo de lenguaje y clasicismo poco comunes en esta época literario-dramática, en la que se lleva el tan decantado realismo ó naturalismo hasta el diálogo, despojándole las más veces de las galas de la imaginación y de las licencias de la fantasía.

Como dignas de especial mención son las siguientes quintillas con que da comienzo la obra:

CENTELLAS. Dar de-beber al sediento
y dar silla al fatigado
siembran agradecimiento.

TELLO. Pues podéis beber sentado.

CENTELLAS. Doy gracias, bebo y me siento.

TELLO. ¿Traéis muy larga jornada?

CENTELLAS. Una jornada tal cual,
quince leguas.

TELLO. Casi nada.

CENTELLAS. Y por si me tratáis mal
tengo mi jaca ensillada.

.....
.....

TELLO. ¿Y venís á pleitear
 ó venís á pretender?
LAPA. Las dos cosas á la par.
CENTELLAS. Ni una ni otra; vengo á ver,
 y sobre todo á callar.

.....
.....
.....

CENTELLAS. Hay casos, aunque contados,
 de muertos resucitados;
 pues á veces los irritan,
 y sin querer resucitan
 los muertos más enterrados.

Digna es también de mencionarse la escena del segundo acto entre D.^a Luz y Centellas.

LUZ. No; tu seducción no alcanza
 á contemplarme vencida.

CENTELLAS. Si está toda mi esperanza
 en este instante de vida.

.....
.....

CENTELLAS. Yo solo llorarme quiero
 el bien que en el mundo adoro;
 como es mi robo primero
 guardo mucho lo que robo.

Prolijo sería enumerar los bellísimos trozos de versificación que resaltan en el tercer acto y en otros muchos parajes de la obra; otras con menos condiciones y sin prodigar á ésta inmerecidos elogios, han vivido en la escena más tiempo.

Nosotros cumplimos con manifestar nuestra opinión sin guiarnos de las inconsecuencias del público, cullo fallo merece respeto, pero también apelación en muchos casos.

La interpretación fué inmejorable, en especial por los ya mencionados, la Sra. Di Franco y los Sres. Ferrer y Subirá.

*
* *

Entre el estruendo de los aplausos y los ecos de una ovación inusitada y sólo repetida en los dramas de Echegaray, vamos á ocuparnos de la obra del Sr. Cano y Masas, que, con el título de *La Pasionaria*, se estrenó con grande aplauso en el Teatro de la Zarzuela; producción en extremo notable por muchos conceptos, entre los cuales descuella el talento de su autor, universalmente reconocido, y el pertenecer al género moderno, tan en boga en la época presente, y con el que, respetando las contrarias opiniones, no estamos del todo conformes.

Copiar la naturaleza, retratando cuanto en la sociedad se exterioriza y pasa al dominio público, es empeño fácil y difícil á la par; fácil, cuando el ingenio no se advierte en el traslado; difícil, cuando éste para presentarse en la escena, donde la verdad, por más que digan, no puede ser absoluta, toma una parte principal y activa, resultando una de esas creaciones donde sin desfigurar el original, se trasparenta de una manera que admira la superioridad del genio, que respetando los fueros de las conveniencias sociales, de la moralidad siempre acatada, y de la sana razón guiada por un imparcial criterio, crean una de esas maravillas que asombran, conmueven y admiran, pasando á los tiempos venideros envueltas en la aureola de la inmortalidad, envidiable privilegio que no alcanzarán del repertorio modernísimo, ó por mejor decir, novísimo á que nos referimos.

El pintor, el literato y el artista, en las diferentes esferas del arte y de la literatura, tienen ¡quién lo niega! la libérrima facultad de escoger el asunto; pero las obras del ingenio humano lo mismo que las palabras del orador y del tribuno, coartan esa libertad inmoderada con las no abolidas leyes de la moral, del buen gusto, tino, tacto y acierto que se merece el público que las ha de juzgar, leyes por cuyo respeto estamos obligados todos, tanto en la vida privada como en la pública, por la mutua consideración que nos debemos y la que establece ese equilibrio natural y necesario para vivir en un mundo donde existen caracteres heterogéneos, seres de distintos temperamentos y costumbres contradictorias.

Con vigor rechazamos siempre la oración parlamentaria,

la conversación familiar poco culta que nos echa en cara nuestros defectos sin mostrarnos la necesidad del correctivo, y sin venir á cuento ni haber motivo fundado para eludir los deberes de la cortesía y el respeto.

Con energía tomaríamos venganza del artista que al trasladar nuestro rostro al lienzo agrandara un defecto físico, procurando ridiculizarlo en vez de atenuarle; en el primer caso, rechazaríamos el insulto; en el segundo, admiraríamos el genio.

Mejores resultados ha dado siempre una represión oportuna y á tiempo que un sermón descompuesto y nervioso, en el que los apóstrofes inconvenientes é irascibles ocupan el lugar de las razones templadas y evangélicos ejemplos.

La Naturaleza, la sociedad, el hombre, el mundo, en fin, nos presentan puntos, accidentes, momentos y situaciones buenas y malas; ¿por qué hemos de preferir copiar las segundas dejando en olvido las primeras? y si aspiramos á que resalten estas, manifestando con desenfado y desnudez las segundas, ¿por qué no realizamos nuestro bello ideal armonizando unas y otras y que resulte del conjunto de ambas la lección práctica, que corrija y enseñe al mismo tiempo?

Para un público ilustrado y escogido basta patentizar la virtud para que comprenda el vicio; para el que no lo es, presentar éste sin antifaz y sin que ahoguen sus pasiones le rinde culto y le diviniza, y esta es la historia de las sectas religiosas de los crímenes y de todas las trasgresiones de las leyes divinas y humanas.

Los que creen y no opinan que el teatro es la escuela ni aun el reflejo de las costumbres, no tratarán de convencer-nos que sea la manifestación del vicio, y si además le quitan la calificación de templo del arte, redúzcanle á mansión de la risa y llanto, ríen y lloran, según su temperamento y gusto, y no exijan condiciones literarias á los que produzcan las obras que exijan las exigencias de su gusto y tendencias, borrando del epitafio de nuestros ilustres dramáticos el sobrenombre de genios con que los honra la historia de nuestra literatura.

Los partidarios de esta escuela realista ó naturalista tam-

poco dan una preferencia grande á la moral, inconsecuencia palmaria, y en contradicción á sus doctrinas, porque si reconocen, como no pueden menos de reconocer, que el hombre, cualquiera que sea la religión que profese, la secta que patrocine, la doctrina que practique, se resiste por condición innata, á su ser, á prescindir de la existencia del orden moral, y en cualquier momento ó acto de la vida, el más indiferente, el filósofo más descreído, el ateo más empedernido se sublevará ante una lesión de la buena fe, ante una sublevación pagada, un crimen premiado, un acto ilícito aplaudido, porque si así lo reconocen y aspiran á reflejar la verdad en sus obras, ¿prescinden de esta idea ingénita en nuestra naturaleza?

Tal error no se concibe sino en los que, convencidos de su poco valer, tratan de hacer efecto y elevarse al pináculo de la gloria, ensalzando las heces de lo más corrompido y sucio de la sociedad, halagando las pasiones más inmundas y revolviendo el lodo del crimen y del cinismo; pero los que como el Sr. Cano tienen genio y talento suficiente para huir de esa senda oscura y tortuosa, y pueden crear sin herir, y corregir sin ulcerar los sentimientos más nobles del alma, deben huir de ese camino y seguir aquél en el que Tamayo, Ayala y otros dejaron impresas sus gloriosas huellas.

Y sin que por un momento imagine que nosotros desconocemos sus envidiables dotes de autor dramático; sin que tampoco suponga en nosotros las ridículas pretensiones de Licurgos y Aristarcos, fíjese en las consideraciones que de buena fe y sin propósito de lastimarle en lo más mínimo vamos exponiendo, y se convencerá de que no van tan descaminadas como á primera vista parecen.

Negar que su última producción abunda en sublimes rasgos de ingenio, sublimes pensamientos y admirables ideas, y que tanto ésta como *La mariposa* son las mejores que ha producido su inspirada pluma, sería negar la evidencia.

Pero de esto á que sea un drama perfecto, como pudiera haberlo sido, si el autor, en vez de darlo todo al diálogo lo hubiera dado á la acción, va alguna distancia y hace notar la diferencia que media entre salir el espectador impresiona-

do á salir convencido, y el convencimiento no puede existir en una obra en la que los caracteres de Justo, D. Perfecto y D.^a Lucrecia son de hierro, sin flexibilidad ninguna, sin más condición que decir lo que el autor quiere que digan, y sin que cambien las situaciones del drama, que así lo exigen variaciones que sirven para acentuar más el carácter, y volviendo á él con más fuerza, pasada la primera impresión, lo que hace de estos personajes, que carecen de desarrollo natural, máquinas que se mueven, no seres que razonan y cambian, tanto más cuanto su tendencia se dirige á un fin marcado y cuando además el hipócrita lucha siempre con su conciencia, que le habla y á la que resiste, de donde nace su carácter tétrico é insidioso, hijo tanto del estudio como de la lucha, como de la circunstancia antecedente.

El de Angelina está muy bien delineado, y le retrata á maravilla en los siguientes versos de la primera escena:

Un clavel; tú fuiste el nido
donde un beso aleteaba,
y otro beso le besaba
para que no hiciese ruido.

.....
Flores que ornasteis mi sien,
pelos rubios y canciones...
Necesito dos millones,
Requiescat in pace amen.

También el de Petra está bien dibujado y sostenido admirablemente, y se refleja cuando en la escena once del segundo acto dice á Angelina:

...¿Tú por ella qué has hecho?
¿Ahogaste un ¡ay! dolorido
cuando ese sér mal nutrido
mordió con hambre tu pecho?

.....
.....
¿El alma partiste en dos

para animar ese sér?
 ¿Rasgó tu cuerpo al nacer
 y aún diste gracias á Dios?

.....

El mismo mérito encontramos en el de Margarita, quizás el mejor de la obra, salva su incomprensible precocidad; así lo expresan los versos que pone en sus labios el autor de las escenas primera y trece de la obra.

ANGELINA. ¿No te tratan todos bien?

MARGARITA. Sí, muy bien.

ANGELINA. ¿Pues qué te pasa?

¿No te gusta nuestra casa?

MARGARITA. Sí.

ANGELINA. ¿No nos quieres?

MARGARITA. También.

ANGELINA. ¿No te compra tu papá
 todo lo que pides?

MARGARITA. Sí.

ANGELINA. ¿Y yo?

MARGARITA. También... pero di,

¿cuándo viene mi mamá?

.....

.....

.....

MARGARITA. ¿Ha venido?

ANGELINA. Espera.

MARGARITA. No.

PETRA. ¡Margarita!

MARGARITA. ¡Madre!

PETRA. ¡Hija de mi alma!

MARGARITA. Quita
 que me arrugas el vestido.

Versos que marcan el claro-oscuro y flexibilidad que exige el carácter de los personajes, según antes dijimos, para que resulte cierto.

En cambio el del juez, no sólo es por completo falso, porque los jueces no expresan de una manera tan desembozada sus defectos ó aficiones, mucho más delante de quien no conocen, sino que prueba que el autor ha querido atacar duramente á una clase con el diálogo, que se olvida, no con la acción que queda, y recursos no le hubieran faltado para acentuar más por medio de la acción los lunares que por desgracia se observan en la administración de justicia; lo primero puede degenerar en una diatriva; lo segundo, pudiera haber sido una lección inolvidable y práctica.

Respecto á Marcial, no sólo nos parece el carácter peor trazado, sino el lunar de la obra; este personaje es un loco, que si bien prueba de una manera irrevocable y absoluta lo que dijimos antes, respecto á la idea moral, prueba también que su conducta es hija de su natural modo de ser, y en ningún modo nacida de una creencia fija, alta y sublime; y cuando el hombre no tiene un freno religioso ó social que coarte sus actos, procederá siempre sin rumbo fijo, según las impresiones del momento, y lo mismo podrá ser bueno que malo, convirtiéndole en autómata de sus apetitos, deseos ó aspiraciones, y dando ocasión á que se pueda conjeturar que en el drama del Sr. Cano procede por despecho de verse rechazado por Angelina y odio á Justo, tanto como por aversión á la hipocresía de éste y á la compasión que Petra y su hija le inspiran.

Fuerza es decir que el plan de la obra está bien trazado, y que marcha á su desarrollo natural y lógico, á excepción de la presencia del juez, necesaria para el autor, pero no para la acción del drama; y á pesar de lo escabroso del problema social que plantea no se puede negar que tiene innegables condiciones dramáticas, y nosotros no dudamos en consignar que la obra es un aborto de inspiración y genio y un drama á la moderna, pero no de la talla y empuje de *El tanto por ciento*, *Lo positivo* y *El drama nuevo*.

Que se le puede comparar por sus doctrinas á una preciosa corona de purísimas flores que sirven de marco á cubrir porción de hierbas de mal gusto, repulsivo aspecto y nauseabundo aroma.

No pretendemos ofender con esto al Sr. Cano; muy lejos de nosotros esa idea, le hemos aplaudido con fe y con cariño; pero es sensible que presente en la escena ejemplos tan tristes, y á *La Pasionaria* no deben ir niños, que doloroso sería para un padre amante de sus hijos que éstos guardaran en su alma el ejemplo de Margarita.

La interpretación, admirable por el Sr. Vico y la señorita Tenorio, actriz de mérito y conciencia: tanto á ésta como á aquel les felicitamos sinceramente, felicitación que con entusiasmo prodigamos á la niña Rovira.

Los demás... bien.

En la Comedia se estrenó la del Sr. D. Miguel Echegaray titulada *¿Pérez ó López?* Como del repertorio de Noche-Buena hizo reir, y nada más.

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



DIÓS, año de desgracia de 1883. La puerta de la eternidad gira ya sobre sus goznes para dar entrada en los abismos del pasado á esa cifra de infeliz memoria que en los fastos de España representa un nuevo vergonzoso desbordamiento de las pasiones más odiosas en pugna con los sacratísimos fueros del deber, el orden, la disciplina y el brillo de nuestras armas. Recuerdo funesto que deja tras de sí sangrienta huella y ha de suscitar la compasión ó el desdén de nuestros sucesores cuando con tales datos acierten á formar exacta idea del estado de las costumbres político-militares en esta España del último tercio del siglo XIX.

No es de extrañar, por cierto, siendo tal la nota saliente de la historia del presente año en nuestra Patria, que, al abrir las Cortes el Jefe del Estado, dirigiese las primeras palabras de su discurso á lamentar la aparición de un pronunciamiento que, apesar de su efímera existencia, ha sido bastante para sembrar la alarma, quebrantar la confianza y escandalizar á las demás naciones.

Por figura retórica, y como recurso de habilidad ministerial, alégase á la vez en dicho documento «que ha bastado

que el País goce las venturas de la paz y de la libertad que la Monarquía constitucional le garantiza, para que por sí sola y con decisión incontrastable detenga á los que quieren arrancárselas, y sofoque las tentativas de perturbaciones civiles, imposibles de atribuir á móviles levantados, cuando dadas al olvido las discordias pasadas, esté abierto el campo legal á todas las opiniones.»

El País ha presenciado con indignación los sucesos de agosto último, pero ni para promoverlos, ni para atajarlos ha tomado en ellos parte alguna. Testigo pasivo y juez severo de las bochornosas escenas de Badajoz, La Seo y Santo Domingo, lo que ha demostrado con su actitud es que aquí las clases civiles de todas las jerarquías sociales han aprendido, á costa de su bienestar y su sosiego, que las alteraciones del orden son sólo fecundas en desastrosas consecuencias para todo lo que representa la riqueza, el trabajo, el crédito y el decoro de la nación. Y en este concepto, ni puede haber nunca móviles levantados á que atribuir las algarradas del populacho ó de la soldadesca, ni se demuestra tampoco que éstas sean irrealizables cuando rigen los destinos del País los apóstoles más autorizados de las ideas avanzadas. La rebelión de este verano se consumó precisamente cuando ocupaban el Gobierno los hombres del partido liberal.

Por lo demás, el discurso de la Corona, harto deplorable desde el punto de vista literario, deja también mucho que desear á los monárquicos sinceros, en punto al sentido político que lo inspira.

Al Rey se le hace decir «que la voluntad del pueblo le llamó al trono de sus mayores.» El Gobierno presenta á D. Alfonso XII como un Monarca electivo ó aclamado por la nación; siendo la verdad histórica y legal que, además de esa aclamación espontánea é indudable, ocupa el trono por derecho de sucesión, consignado en las leyes fundamentales de la Monarquía, desde las Partidas hasta la Constitución vigente.

Tampoco brillan por su claridad ni exactitud los párrafos relativos á la crisis de octubre y al advenimiento del actual Gabinete. De ellos resulta que el último representa á la ma-

yoría y viene á ser continuación del anterior: ¿para qué entonces la crisis? ¿para qué una política constituyente que la mayoría había con decisión combatido y rechazado?

Esa misma mayoría se está encargando de demostrar con toda evidencia que no comparte el programa del Ministerio y que se halla resuelta á tomar pronta y cumplida revancha.

El Sr. Sagasta, al tomar posesión de la presidencia del Congreso, se apresuró á poner dique á las aspiraciones del Gobierno, aconsejando á los representantes de la nación que no se dejen arrastrar por la impaciencia de las reformas, muchas veces aventuradas, y con frecuencia contraproducentes.

Por su parte, los proyectos que el Gobierno anuncia como desarrollo de su política son los siguientes:

Ministerio de Estado: Protocolo firmado con Inglaterra para mejorar las relaciones comerciales entre ambas naciones.—Tratados de comercio con Portugal, Italia, Dinamarca y Países Bajos.—Otro que se anuncia como próximo á iniciarse con los Estados Unidos.

De la Guerra: Nueva división territorial.—Mejora de las clases desde soldado á coronel.—Regularización de pensiones militares en lo referente á orfandades y viudedades, así como la de ascensos y recompensas.—Reforma de la ley de reemplazos, estableciendo el servicio militar obligatorio.—Reforma de la escala de reserva del Estado Mayor.—Organización de la requisa del ganado que exija la movilización del ejército.

De Gracia y Justicia: Reforma del Código penal y de la ley de Enjuiciamiento, reservando los verdaderos delitos para el Jurado.—Modificación de la ley de casación criminal.—Reforma de la ley de Enjuiciamiento civil.—Reforma de la ley hipotecaria.—Impulso de la discusión del Código de comercio.

De Ultramar: Un proyecto de ley relativo á la manera de hacer constar los actos del estado civil y la reforma de la ley hipotecaria, con aplicación en Cuba y Puerto Rico.

De Fomento: Proyectos de modificación de la primera y segunda enseñanza.—Idem varios que no se especifican,

acerca de obras públicas, minerías y aprovechamiento de aguas.

De Gobernación: Reforma de las leyes provincial y municipal.—Proyecto de organización de la policía.—Otro de construcción de penitenciarías.—Por último, el proyecto de ley electoral sobre la base de la universalización del sufragio.

Si esta última se acordase, sobrevendría, según el Gobierno, la disolución del actual Parlamento y la presentación ante el que le sucediera de un proyecto de revisión constitucional, encaminada á terminar las diferencias políticas que hoy existen entre los partidos, «porque sin abrir período constituyente ni poner á discusión nada de cuanto á las instituciones se refiere, llevaría al Código fundamental principios sobre los cuales se ha disputado bastante tiempo, para que todos los que se interesan por la tranquilidad de la Patria aspiren á verlos definitivamente reconocidos en el Código fundamental.»

Ni la universalización del sufragio ni la revisión constitucional han seducido á nadie. No ha satisfecho á la mayoría, porque recuerda sus compromisos y sus votos á favor de una política en un todo opuesta á la reformista, y porque la suena á amenaza el anuncio de la disolución de las Cortes, aun cuando sea para dentro de un plazo determinado; no ha satisfecho á la izquierda, porque no es el sufragio universal y directo lo que se ofrece, y porque se relega á un porvenir remoto la revisión constitucional; y no puede satisfacer á los conservadores, porque consideran la política constituyente innecesaria, peligrosa y opuesta á los intereses y aspiraciones del País.

En realidad, la disolución de unas Cortes legalmente convocadas es asunto exclusivo de la regia prerrogativa. El Gobierno, al pronunciar anticipadamente aquella resolución, siquiera sea bajo el pretexto de que variada la ley electoral la continuación del actual Parlamento no tendría razón de ser, ha atentado, pues, á la prerrogativa regia y ha lanzado una amenaza, propia para cohibir la libertad de que las Cortes deben disfrutar constantemente. Conforme á la ley fundamental, la duración legal del Parlamento es de cinco años, cualesquiera que sean las leyes que vote.

Dados estos precedentes, no es de extrañar, por lo tanto, que el criterio sea vario y la conciliación difícil entre los elementos llamados á apoyar al Gabinete.

Derrotado éste en la elección de cargos para las mesas y en la comisión de mensaje, á la cual pertenece el Sr. Romero Robledo, que obtuvo un ruidoso y significativo triunfo sobre el candidato ministerial, esta es la hora, cuando escribimos las presentes líneas, en que los encargados de redactar el mensaje aun no han podido ponerse de acuerdo para lograr que la obra del Congreso no sea la condenación más explícita y terminante de la que el Gobierno ha puesto en los augustos labios. Parece que toda transacción es ya imposible, á tal extremo, que *La Iberia*, órgano del Sr. Sagasta, ha publicado un artículo tremendo contra la izquierda acusándola de intransigente, «como constituída, dice, por demócratas que nunca han sentido bien la monarquía y por monárquicos que nunca han sentido bien la democracia.»

Rota la conciliación, ¿qué significa el Sr. Posada Herrera al frente del Consejo de Ministros? Para realizarla se le designó aquel puesto, en el que no representa ni puede representar distinta idea. El problema es, por lo tanto, de bien sencilla solución en el terreno constitucional y parlamentario. El Ministerio está muerto. Se le encomendó una empresa que no acierta á llevar á feliz término, y su misión, en consecuencia, ha terminado.

Porque importa muy especialmente tener en cuenta que no se trata ahora de un Gobierno genuina y determinada-mente izquierdista, por más que esta procedencia tenga la mayoría de los individuos que componen el actual, y siquiera escribiesen en su programa algunas de las aspiraciones de aquel partido. Podría abrigarse dudas sobre el particular si no lo presidiera el exministro de la Gobernación del General O'Donnell. Pero ¿á qué título habría de entregarse á éste el decreto de disolución de Cortes, supuesta su impotencia para gobernar con las existentes, si él no es jefe de la izquierda exaltada, ni de la izquierda espantadiza, ni de la derecha, de donde desertó, ni aun del antiguo centro, que ha visto en él su adversario más decidido y enconado?

Disuelven los Parlamentos los jefes de los partidos, no los disuelven desahuciados intermediarios, árbitros componedores que pierden todo título cuando no componen nada y á quienes sólo puede sonreírles la vanidosa complacencia de haber desempeñado papel de primer galán... en tanto la comedia hubo de convertirse en entremés.

Ahora bien; ¿ha llegado el caso de la disolución? ¿Á quién le corresponde presidir las nuevas elecciones? He aquí los términos concretos de la cuestión en perspectiva. La opinión la tiene juzgada y la opinión comparte el dominio de las naciones.

*
* *

Ha fallecido en esta última quincena un hombre político, cuyo nombre figura en la lista de los numerosos exministros españoles: D. Francisco de Paula Candau, uno de los más ricos propietarios de Andalucía, procedente del partido progresista, del cual se separó cuando acordó el retraimiento, con ocasión de la reforma electoral hecha por la unión liberal.

Candau vino á las Cortes como diputado en 1868, siguió al General Prim, y al surgir luego la división entre los radicales y los constitucionales, figuró entre éstos.

Nombrado Ministro de la Gobernación del Gabinete Malmcampo, se agitaba por aquel tiempo una cuestión importante, la de si debía considerarse ó no como legal y dentro de la Constitución la *Asociación Internacional de trabajadores*, que había adquirido muchos prosélitos y se había organizado en España. Candau combatió la propaganda socialista, negándole toda condición de vida dentro de la legalidad y persiguiéndola por cuantos medios pudo.

A la caída de aquel Ministerio y después, en los sucesos políticos que se sucedieron, permaneció apartado de la vida pública, dedicándose exclusivamente al cuidado de sus haciendas, cuyo cultivo dirigía por sí mismo.

Al llegar la restauración, él fué de los primeros individuos del partido constitucional que acataron la monarquía de don

Alfonso, contribuyendo á formar el grupo centralista, en cuyas filas militó hasta la formación del fusionismo.

A la venida de éste al poder, se mantuvo Candau en cierto alejamiento; tomando parte, sin embargo, en los últimos debates con motivo de los sucesos de *La Mano negra*.

La enfermedad de que ha muerto le tenía postrado ya hace tiempo é imposibilitado para toda clase de trabajo. Descanse en paz.

*
* *

El manifiesto del Sr. Ruiz Zorrilla no merece los honores de una discusión detenida. Es, por su forma y por su fondo, un desahogo de emigrado, que recuerda con cariño á su patria; pero que cree hacerla feliz prometiéndole la reproducción de aquellos días de luto y de tristeza en que se vió presa de todos los desaciertos y todas las exageraciones. No en vano se ha dicho que hay cariños que matan.

Por fortuna, el enamorado trovador lanza estérilmente sus endechas á los vientos.

Una frase hay, no obstante, en el aludido escrito, que merece ser leída con atención y meditada con imparcialidad. Se dirige á los actuales gobernantes y les dice:

«¡Ingratos! ¡Olvidar tan pronto que *sin los valientes de agosto* no hubieran sido llamados al poder!»

Hay andamios que, en vez de elevar, derrumban.

U.





REVISTA EXTRANJERA



A toma de Son-Tay por las tropas mandadas por el almirante Courbet, llena de entusiasmo á nuestros vecinos los franceses. El éxito de esta empresa no era dudoso desde el momento en que fué confirmada por los corresponsales de los periódicos de Londres la retirada de las tropas regulares que guarnecían la plaza. Resulta, sin embargo, que Son-Tay ha sido ocupado sin verdadero combate.

La opinión generalmente dominante en Europa, es que la entrega de Son-Tay á los franceses pudiera favorecer la conclusión de un compromiso de éstos con China. La prensa inglesa es la que más suspicacias demuestra, recelando que no quieran llevarse demasiado lejos las consecuencias de tal victoria de las armas republicanas en el extremo Oriente, y preconiza abierta y calurosamente una mediación entre Francia y China, no precisamente de Europa ó de los Estados Unidos, sino de la Gran Bretaña. La prensa alemana y austriaca se manifiesta en cambio muy reservada en lo que concierne á las eventualidades diplomáticas, como si los Gobiernos y la opinión, en Viena y en Berlín, estuviesen resueltos á permanecer ajenos al conflicto suscitado en el Annam por el espíritu aventurero de los hombres de la tercera República. Pero en Francia se rechaza desde luego y con energía la

intervención inglesa. Hasta los periódicos ministeriales de allende repudian altamente los buenos oficios que el Gabinete de Londres ofrecía para facilitar el arreglo de los asuntos del Tong-King. «El Gobierno, exclama con orgullo la *Republique française*, puede y quiere obtener por sí solo el resultado que persigue; no tiene necesidad del concurso de ninguna potencia amiga.» Ya no se oculta que lo que allí se desea es imponer un protectorado, ó cuando menos una influyente supremacía, y que este resultado quiere conseguirse sin intermediarios que pudieran invertir los papeles.

Aspire ó no Francia á la constitución de un verdadero Imperio colonial en la Indo-China, Imperio rival del de las Indias Británicas, no es ciertamente verosímil que Inglaterra se prestase con desinterés al desarrollo de una situación preponderante en el valle del Song Koi. Los ingleses han de verse siempre inclinados á limitar más bien que á ensanchar la esfera de cualquiera expansión mercantil ó industrial, y no es con ellos con quienes podrán contar los franceses para hacerse dueños del Río Rojo, que permitiría más tarde trabar con la Birmania relaciones íntimas y levantar una especie de barrera entre el Indostán y la China.

Pero no se haga tampoco demasiadas ilusiones la República francesa. El fácil triunfo de Son-Tay puede dar á los franceses ventajas positivas para sus negociaciones de una paz equitativa con China, y deben aprovecharse estas ventajas, porque creemos, como el primer día, que la hostilidad manifiesta del Celeste Imperio impondría cargas enormes y suscitaría dificultades interminables.

Se funda esta opinión nuestra en el dictamen de hombres competentísimos. En un artículo publicado por la *Nouvelle Revue*, el Sr. Le Myre de Vilers, antiguo Gobernador que fué de Cochinchina, previendo la eventualidad de una ruptura de su país con el Gobierno de Pekín, calculaba que los sacrificios que habría de imponerse Francia resultarían en tal caso inmensos, siendo necesarios cuando menos para sostenerse en el Tong-King cincuenta mil hombres y cien millones durante diez años.

Por esto creemos que Francia no olvidará que Son-Tay

no es el Tong-King entero, ni mucho menos el Imperio chino, y que la ocasión es propicia para convenir los artículos de un tratado de paz honrosa. Si se empeña en continuar la guerra, será á costa suya, como dijo el *Times*, llegando al fin á comprender que es demasiado pesado é insostenible el fardo que sobre sus hombros tiene.

* * *

Un suceso imprevisto acaba de verificarse en una de las últimas sesiones de la Cámara francesa. Se discutían los créditos que pide el Gobierno para la expedición del Tong-King, y monseñor Freppel se separó resueltamente de los grupos opositoristas de la derecha para apoyar con energía el proyecto del Gobierno.

El célebre Obispo de Angers tomó la cuestión bajo el punto de vista religioso, diciendo que el verdadero protectorado que debe establecerse y fortificarse en el extremo Oriente es el cristiano, el que ponga bajo la salvaguardia de la bandera francesa la obra de las misiones católicas y la población indígena que se convierte á la fe de Cristo. Manifestó que, siendo Francia la tradicional protectora de los cristianos de Oriente, había conquistado en la Siria, en la Palestina y en todo el Imperio otomano, una situación preponderante, y que lo mismo podría realizar en el Annam, en el Tong-King y hasta en China, donde también el catolicismo hace conquistas selladas con la sangre de sus mártires.

Este discurso fué naturalmente tan aplaudido de la mayoría parlamentaria como censurado por los amigos del Prelado, que no trataron de disimular su descontento ante un acto que en realidad sorprendía y daba gran fundamento á la sorpresa. Porque es un hecho que, si la mayoría republicana se siente en el fondo conmovida por el lenguaje del Sr. Obispo de Angers, Arzobispo electo ya, según se dice; si la mayoría parlamentaria cree que la religión puede ser un auxiliar poderoso para el éxito de la política colonial que á tan dis-

pendiosos gastos obliga en los países más lejanos del globo; si piensa que el protectorado cristiano puede dar, por medio de la propaganda y del celo de los misioneros, poderosos medios de acción y de influencia; si prevé que han de ser suyas todas las conquistas del proselitismo de la Iglesia, no se comprende cómo no tiene también sabiduría bastante para proteger en Francia esa gran potencia moral, que se llama religión y que tan útil considera.

Lo cierto es que los franceses y sus partidos políticos se encuentran ahora en momentos de grandes evoluciones, preparándose, al parecer, para las eventualidades de un porvenir más ó menos inmediato.

Las divisiones que afectaban al partido del Imperio se ahondan, manifestándose en dos cartas que el hijo del Príncipe Napoleón ha escrito.

En la primera, el Príncipe Víctor se niega á asistir á un banquete con el que muchos de su partido querían afirmar sus simpatías en favor suyo y su antagonismo contra su padre. En la segunda, para disipar las falsas interpretaciones que se habían dado á sus palabras, se dirige á su mismo padre, protestando de su sumisión y deferencia filiales. En ambas declara que no tiene ningún papel político que cumplir; y, sin embargo, esas declaraciones tan firmes y correctas sólo han servido para alentar á sus partidarios y estrecharlos aún más alrededor suyo.

Hay, en efecto, en la carta del Príncipe Víctor á su padre una frase que lo explica todo. «Sois el jefe de mi familia, dice, y yo sigo siendo el fiel campeón de las tradiciones napoleónicas.» Fácil es comprender el alcance de estas palabras: ellas revelan que entre el padre y el hijo hay divergencia de principios, que ambos no entienden de la misma manera la teoría del Imperio, y que las ideas políticas y religiosas del Príncipe Víctor no son las mismas que las de su padre. Tal es el punto capital de la evolución característica que pone en oposición visible los dos elementos de que se compone la causa del Imperio.

Entre los diversos medios que se agitan y ponen en juego por los bonapartistas para mover la opinión, hay cierta tác-

tica de que se preocupa también el partido fiel á la monarquía que el Conde de París representa. Comprende el partido monárquico que ha conquistado su unidad, teniendo por lo mismo una fuerza de cohesión que no existe en otra parte, y sus más ardientes afiliados claman por llegar á una actividad que dé claras muestras de su vida. ¿De qué manera? Esta es la pregunta que muchos hacen y á la que nadie responde, porque son efectivamente muchos los que están cansados y no saben todavía lo que quieren.

Cierta reacción producida por ese indefinible cansancio se manifiesta en todos los campos en que está llamado á juzgar el público; hasta en las esferas de la literatura aparece. Hoy, por singular contraste, se aplaude la poesía muy cristiana y hasta cierto punto austera de *Severo Torelli* y se silba la desdichada prosa de *Los Reyes en el destierro*; se aclama como una vindicación del buen sentido y de la moralidad pública el *Manual del demagogo* de Mr. Raoul Frary; se agotan 10.000 ejemplares en un mes de las melancólicas sentencias sobre las costumbres revolucionarias del libro *Tristezas y sonrisas* de Mr. Gustavo Droz, y el *zolismo* se presenta en absoluta decadencia.

El fenómeno no es nuevo. En 1883, como en 1795, Francia se hastía de una política violenta y estéril; en 1883, como en 1795, hay una sociedad que, después de haberse precipitado ciegamente en toda clase de aventuras, después de haberlo puesto todo en duda, hasta su propia existencia, quiere calma, paz y orden, sabiduría práctica y honra también, como en los pasados tiempos de su grande historia.

*
* *

Dicen muchos periódicos que la visita del Príncipe Imperial de Alemania á la corte de Italia y al Vaticano no ha tenido ningún objeto político, siendo un simple acto de cortesía que facilitará de aquí en adelante los viajes á Italia de los demás Soberanos. Así es que se habla ya de la próxima visi-

ta del Rey de España y del Emperador de Austria, quienes, según se asegura, irán á Roma y serán recibidos en el Quirinal, en la Palazzina, visitando al Papa al ellos salir de su habitación en su respectiva Embajada.

Estas explicaciones no son, sin embargo, bastante satisfactorias. Sabido es que el Canciller Bismarck tiene por costumbre presentar á Europa problemas oscuros y difíciles que revelan luego algún misterioso trabajo de estrategia diplomática. Algo de esta singular estrategia debe existir sin duda en la visita del Príncipe Imperial á Su Santidad León XIII.

Los órganos más autorizados del Vaticano dan al hecho una significación y alcance que atestiguan la gravedad de las cuestiones planteadas, y hasta la *Gaceta de la Alemania del Norte* coincide en esta parte en opiniones con el *Osservatore Romano*. El heredero del Emperador Guillermo ha sido cordialmente recibido por el Papa, y los dos ilustres interlocutores han permanecido más de una hora en conversación íntima y afectuosa. Nadie puede persuadirse que en este tiempo no se haya tratado más que de vagas banalidades, limitándose todo á simples palabras de cortesía.

Algo indica la *Gaceta de Colonia* afirmando que el Príncipe Imperial sometió á León XIII los puntos acerca de los que el Embajador alemán, Sr. de Schlœzer, acababa de recibir instrucciones para tratar con la Santa Sede para restablecer la paz religiosa. Los periódicos afectos á la curia romana no ocultan tampoco que la visita tendrá en el porvenir consecuencias considerables, y todo induce á sospechar que la reconciliación entre Alemania y el Papado no tardará en ser un hecho complicado.

Pero hay algo más todavía. El lenguaje de los periódicos alemanes se presta á interpretaciones más latas, dando lugar á cálculos sobre una poderosa coalición monárquica de que Berlín es el alma.

Hay certeza—dicen—de que el Emperador de Austria devolverá al Rey de Italia la visita que le hizo este Soberano, y en Roma se encontrarán los monarcas de los dos Estados que se hallaban respectivamente hace poco tiempo en una

actitud preñada de desconfianzas. Se han vencido grandes obstáculos para allanar el camino que de Viena conduce á Roma, y para ello ha sido necesaria la mano poderosa de la diplomacia alemana, la mano de hierro del Príncipe de Bismarck. Un Hohenzollern ha tenido arranque para ir visitar al Papa, á fin de que el Emperador de Austria no tenga ya reparo alguno en ir á Roma; la triple alianza que dicta la paz á Europa quedará, pues, formalmente sellada con la visita del Emperador del Austria, y esa paz tendrá aún más probabilidades de firmeza con la actitud de Rusia, que también parece decidida á no turbarla.

De ser un hecho la alianza que se supone, constituiría el más formidable de los poderes, hallándose á su supremo arbitrio la paz ó la guerra. Sería la última palabra del problema que el viaje del Príncipe Federico Guillermo ha presentado á los políticos de Europa.

* * *

Las noticias del Sudán siguen siendo desconsoladoras, y ya parece á todas luces improbable que la expedición que acaba de ponerse en campaña bajo las órdenes de Baker consiga reparar el sangriento y terrible descalabro que sufrió el desgraciado general Hicks.

La tentativa hecha por Mahmud-Alí, jefe indígena aliado, de introducir víveres en Sinkat y Tokar, no ha tenido éxito alguno. El número de enemigos en aquellos alrededores ha aumentado, y es imposible atravesar el país sin exponerse á una nueva derrota. Osmán Digma, uno de los tenientes del Madhí, vaga por las inmediaciones de las dos ciudades, teniendo á sus órdenes 20.000 hombres, de los cuales 12.000 van perfectamente armados con carabinas Remington y están bien provistos de municiones. Dícese también que Sinkat y Tokar no podrán sostenerse mucho más de quince días, hecho tanto más deplorable cuanto en Sinkat se encuentran con la guarnición más de 1.000 mujeres y niños, que serán

indudablemente pasados á cuchillo, si caen en poder del Madhí, como ya ha sucedido en otras poblaciones.

Todas las negociaciones con las tribus inmediatas han cesado; pues las que estaban dispuestas á declararse contra el falso Profeta, en el caso de que Egipto hubiese podido enviar auxilios, se han visto obligadas á reunirse á los rebeldes.

Lo que aumenta sobre todo la gravedad de la situación es el inesperado concurso que el Rey Juan de Abisinia presta actualmente al Madhí. Aprovechándose de las últimas victorias, de la retirada y desmoralización de las tropas egipcias, el Négus de Abisinia ha puesto en armas un ejército con el cual ha sorprendido y asesinado en Sahata una columna de 500 hombres, amenazando ahora el puerto de Masuah en el mar Rojo.

Ese Rey Juan reivindica sus derechos á todo el Sudán oriental, y á consecuencia de haber él entrado en campaña, ha de ser muchísimo más difícil á los ingleses sustraerse á la obligación de sostener al Kediye contra un enemigo casi tan terrible como el Madhí mismo.

*
*
*

El mensaje del Presidente de los Estados Unidos con motivo de la apertura del Congreso, á primeros de diciembre, consagra largos párrafos á los asuntos extranjeros, principalmente á la Corea, á la China y al Japón, pero no contiene alusiones relativas á las graves empresas de Francia en el Tong-King. El Gobierno de Wáshington guarda la mayor reserva acerca de este particular, no dejando traslucir nada de las instrucciones secretas que se telegrafiaron, según se asegura, al almirante que manda la escuadra americana en los mares de China.

Habla, sí, de la debatida expedición de Stanley en el Congo y dice: «Pudiera tal vez sernos útil cooperar con otras potencias comerciales al fin de favorecer el derecho de tráfico y de residencia en el valle del Congo, libremente y sin

obstáculos que resulten de la intervención política de nación alguna.» Es una intencionada alusión á Francia, en cuyo nombre se propone Brazza, el rival de Stanley, establecer allí un protectorado, y otra prueba igualmente de que todo el mundo mira hoy con prevención marcada los colonizadores propósitos de los franceses.

A últimos del pasado mes se celebró con gran entusiasmo en New York el centenario de la evacuación de aquella ciudad por las tropas inglesas, á consecuencia de los tratados de paz firmados en París el 3 de setiembre de 1783. Hay detalles de la fiesta verdaderamente americanos. En el momento en que desfiló por la rada el cortejo del que, apesar de una continuada lluvia y una gran niebla, formaban parte el Presidente de la República y los Gobernadores de los trece Estados primitivos, la escuadra hizo salvas, y una flota de vapores mercantes, compuesta de unos quinientos steamers puestos en fila, hizo coro á la salva silbando durante cinco minutos. A tan infernal ruido por el lado del agua, se unieron también los silbidos de todas las máquinas y locomotoras de tierra, produciendo el más espantoso y discordante de los estruendos que hayan podido destrozar el tímpano de oídos humanos. Razón tienen para decir algunos que todo en América es muy grande.

Por la noche del centenario se inauguró una estatua de Wáshington en el mismo sitio donde aquel venerable *Pater patriæ* prestó juramento como primer Presidente de la República. En el banquete de la Cámara de comercio, que es la corporación que ha ofrecido la estatua al Gobierno, hubo un galante brindis en honor de la Reina Victoria, no faltando tampoco lisonjas á la habilidad y astucia de los ingleses. Bien es verdad que el Ministro de la Gran Bretaña había juzgado á propósito excusar su ausencia de los festejos celebrados en memoria de unos acontecimientos que es indudable agradarán siempre muy poco á Inglaterra.

Imposibles parecen esos odios que los años no extinguen, entre individuos de un mismo carácter, de un mismo idioma y originarios de una misma raza, por más que esta raza tenga todo el nativo orgullo de la anglo-sajona. Pero

mal hacen también algunos en no ver el dedo de Dios en todas las grandes manifestaciones que en el mundo evolucionan y á la humanidad afectan. Si no existiesen hoy esas divisiones, esos odios profundos de que antes hablamos; si los Estados Unidos fuesen aún, como en el siglo pasado, unas colonias inglesas y hubiesen crecido de entonces acá en la misma proporción que realmente han prosperado, Inglaterra habría realizado sus más ambiciosos ensueños y sería ya dueña y explotadora de todo el mundo.

No sin razón decimos, pues, que fueron siempre providenciales las eternas leyes de la historia.

S.



ÍNDICE DEL TOMO XLVIII

15 DE NOVIEMBRE DE 1883.

	Págs.
Alfabetos de España en la Edad Antigua, por D. Bernardino Martín Mínguez.....	5
Cosas de Madrid (continuación), por D. Dionisio Chaulié.....	25
# Las bibliotecas en España (continuación), por D. Nicolás Díaz Pérez.	52
Causas de la ascensión de la savia, por D. Rafael Alvarez Sereix.....	67
Necrología del Excmo. Sr. Teniente general D. Fernando Fernández de Córdoba.....	82
Dimitri Roudine (novela, continuación), por Ivan Tourgueneff.....	87
Revista de teatros, por Ramiro.....	97
Crónica política, por U.....	105
Revista extranjera, por S.....	117
Boletín bibliográfico, por X.....	127

30 DE NOVIEMBRE DE 1883.

El paso de los Balkanes (recuerdos de un corresponsal), por D. Saturnino Jiménez.....	129
Cosas de Madrid (continuación), por D. Dionisio Chaulié.....	161
# Las bibliotecas en España (continuación), por D. Nicolás Díaz Pérez.	183
«El Solitario» y su tiempo, por H.....	195
Apertura de la real Academia de Jurisprudencia, por D. Javier Ugarte.	208
Dimitri Roudine (novela, continuación), por Ivan Tourgueneff.....	219
Revista de teatros, por Ramiro.....	230
Crónica política, por U.....	237
Revista extranjera, por S.....	247

15 DE DICIEMBRE DE 1883.

# Reseña crítica del teatro en algunos pueblos antiguos y modernos, por D. Mariano Amador.....	257
Cosas de Madrid (continuación), por D. Dionisio Chaulié.....	281
España como nación colonizadora, por D. José del Perojo.....	316
El juego de pelota, por D. Víctor Suárez Capalleja.....	344
Dimitri Roudine (novela, continuación), por Ivan Tourgueneff.....	352
Revista de teatros, por Ramiro.....	358
Crónica política, por U.....	366
Revista extranjera, por S.....	369
Boletín bibliográfico, por H.....	379

30 DE DICIEMBRE DE 1883.

Los tchinghianés de Turquía, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.....	385
Cosas de Madrid (continuación), por D. Dionisio Chaulié.....	404
La civilización perfecta, por Limahon.....	437
Las cartas de mis amigos de España, por D. Fernando de Gabriel....	348
La oda (continuación), por Miguel Gutiérrez.....	349
Dimitri Roudine (novela continuación), por Ivan Tourgueneff.....	475
Revista de teatros, por Ramiro.....	483
Crónica política, por U.....	495
Revista extranjera, por S.....	502